

¿Qué queda cuando se apaga el estruendo de la guerra? En *Más allá del caos. La vida después de Srebrenica* la autora nos invita a realizar un viaje con ella recorriendo sus sueños, su proceso de madurez y los obstáculos que ha tenido que salvar para aprender a vivir con el peso de su pasado. Es una novela en la que nos habla de responsabilidad, de culpa y de dolor, pero es también un canto a la esperanza y a su propia salvación. Es un homenaje a sus seres queridos, a su país, a sus orígenes en un encuentro con estos que no puede dejar impasible al lector. Es, además, una acusación abierta a los responsables de una masacre como la de Srebrenica y un intento de que se haga justicia ante la impunidad de algunos.



Autora: Elvira Mujčić, de origen bosnio, nació en 1980 en la localidad serbia de Loznica pero vivió toda su infancia en Srebrenica. En 1992 se trasladó con su madre y sus hermanos a un campo de refugiados en Croacia para protegerse de la guerra. De ahí se mudaron a Italia donde sigue viviendo en la actualidad desarrollando su labor de escritora y traductora. Hasta la fecha ha publicado otras cuatro novelas: *E se Fuad avesse avuto la dinamite?* (2009), *La lingua di Ana. Chi sei, quando perdi radici e parole?* (2012), *Sarajevo. La storia di un piccolo tradimento* (2012) y *Dieci prugne ai fascisti* (2016).



Traductora: Sara Velázquez García es profesora de italiano en la Universidad de Salamanca. Licenciada en Periodismo por la Universidad Pontificia de Salamanca y en Filología Italiana por la Universidad de Salamanca obtuvo su Doctorado en 2016 con una Tesis sobre la literatura de la inmigración en Italia. Pertenece al Grupo de investigación de la Universidad de Salamanca “Escritoras y personajes femeninos en la literatura” y sus principales líneas de investigación son la literatura italiana de la inmigración, la literatura escrita por mujeres y la recepción y traducción de obras italianas y su influencia en España. Sobre estos temas ha publicado diversos artículos en revistas y publicaciones especializadas.

Más allá del caos. La vida después de Srebrenica

Elvira Mujčić

Más allá del caos. La vida después de Srebrenica





Este libro se ha realizado en el marco del Proyecto de investigación “Las inéditas” financiado por el Vicerrectorado de Investigación y Transferencia de la Universidad de Salamanca.

© Elvira Mujčić *Al di là del caos. Cosa rimane dopo Srebrenica*

© Elvira Mujčić *Más allá del caos. La vida después de Srebrenica*

Traductora: Sara Velázquez García

© Imagen de la portada: *Memorial de Srebrenica* de Alejandra Hernández Velázquez

(Este libro reproduce fielmente el archivo proporcionado por el autor)

© 2019, ArCiBel Editores, S. L.

www.arcibel.es

Imprime: Quares

Printed in Spain

I.S.B.N.:

Depósito Legal: SE - 2019

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Elvira Mujčić

*Más allá del caos.
La vida después de Srebrenica*

Traductora
Sara Velázquez García

ArCiBel Editores



Índice

Introducción	7
1. Contexto histórico	7
2. Elvira Mujčić y el contexto de su obra	13
<i>E se Fuad avesse avuto la dinamite?</i>	20
<i>Dieci prugne ai fascisti</i>	22
<i>Al di là del caos. Cosa rimane dopo Srebrenica</i>	25
3. Conclusiones	29
Apéndice bibliográfico.....	30
Más allá del caos. La vida después de Srebrenica	
La libertà	33
Venesa	35
De la guerra y otros demonios	39
De la naturaleza.....	85
Gabriel (I can fly but I need his wings)	95
Curarse en Srebrenica	107
Epílogo	145



Introducción

Más allá del caos. La vida después de Srebrenica es la primera novela de Elvira Mujčić, escritora de origen bosnio que llegó a Italia a los doce años huyendo de la guerra de Yugoslavia junto a su familia. Esta novela es la historia de una guerra y de los efectos de esta sobre la población, pero es sobre todo la historia de una víctima de esa guerra que ha visto cómo sus consecuencias laceraban su vida, impidiéndole en muchos casos comportarse como una persona normal, y marcaban su destino de modo inexorable.

No obstante, el libro ante el que nos encontramos no es sólo un libro sobre las atrocidades de la guerra, las cuales se intuyen a través de su lectura, sino que es más bien el relato de las consecuencias que una guerra puede tener sobre todos los aspectos de la vida de una persona. Es el caso de Elvira Mujčić quien, en esta novela, de corte autobiográfico, deja constancia de su sufrimiento y de las heridas que la guerra ha dejado en su alma.

En la obra, Elvira nos invita a viajar con ella de Italia a Bosnia y de Bosnia a Italia, pasando por Croacia, como reflejo de lo que ha sido su propia vida y de su propia identidad, siempre a caballo entre su pasado y su presente. Con ella asistimos además a la evolución de un personaje real, la autora misma, que nos invita a descubrir su propio proceso de curación y aceptación de una terrible realidad.

Para entender la novela y las situaciones concretas del contexto es necesario conocer la coyuntura histórica que se vivió en los Balcanes en los últimos años del siglo XX, así como las particulares circunstancias de la autora.

1. Contexto histórico

Predrag Matvejevic¹ ha afirmado en varias ocasiones que es

¹ “È raro perdere un paese, però a me è capitato”. Esta afirmación define a la perfección el sentir de la mayoría de los inmigrantes pertenecientes a los países que durante años formaron la antigua Yugoslavia. Predrag Matvejevic fue un intelectual bosnio-croata naturalizado italiano. Con el comienzo de la guerra en su país se exilia primero a Francia y después a Italia donde residirá desde 1994 hasta 2007, allí trabajó como profesor en la

extraño perder un país, pero fue lo que a él, y a otros muchos conacionales suyos, le sucedió a consecuencia de la desmembración de la antigua Yugoslavia.

Ya en el siglo XIX, con el auge de los nacionalismos en Europa, los eslavos del sur comenzaron a madurar la idea de crear un estado que los uniera a todos. Así, al terminar la Primera Guerra Mundial surge el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos gobernado en un primer momento por Alejandro I de Yugoslavia. Desde su formación, esta unión no dejó de ser polémica y en la primera década de vida conoció veinticinco gobiernos diferentes. Las continuas disputas llevaron en 1929 a declarar un sistema dictatorial que cambió el nombre por el de Reino de Yugoslavia. Esta situación no acabó con la inestabilidad y durante años el país se vio sometido a numerosos cambios, invasiones y guerras que no culminarían hasta la llegada al poder de Josip Broz Tito. En 1943 recibió el nombre provisional de República Democrática Federal de Yugoslavia y en 1945 pasó a llamarse República Federal Popular de Yugoslavia. En 1963 adoptó el nombre de República Federativa Socialista de Yugoslavia, el estado yugoslavo de mayor duración.

El mariscal Tito consiguió imponer una convivencia aparentemente pacífica entre seis repúblicas socialistas (República Socialista de Bosnia y Herzegovina, República Socialista de Croacia, República Socialista de Eslovenia, República Socialista de Macedonia, República Socialista de Montenegro y República Socialista de Serbia) y dos provincias autónomas (Provincia Socialista Autónoma de Voivodina y Provincia Autónoma de Kosovo y Metohija) durante cuarenta años. Los movimientos políticos y económicos que el gobernante llevó a cabo durante estas cuatro décadas forjaron la figura de una personalidad considerada un héroe para millones

Universidad La Sapienza de Roma. Volverá a su país de origen en 2008, muere en Zagreb en 2017. Sus escritos suponen una dura crítica a la guerra y a la limpieza étnica que se produjo en la antigua Yugoslavia. Su obra literario le valió la concesión de diferentes premios literarios y un importante reconocimiento en todo el mundo como literato, ensayista y pensador. Destaca entre otras su obra *Breviario mediterráneo* de 1987 en la que recorre la historia de las culturas y civilizaciones ligadas a este mar.

de yugoslavos de aquellas generaciones ya que convirtió al estado en un ejemplo de convivencia multiétnica y multicultural. De esto modo lo refleja Mujčić en diferentes pasajes de la novela:

Mamá asegura que aquí, donde vivimos nosotros, todo es más seguro y limpio gracias a Tito y a mí me da pena que se muriera cuando yo apenas tenía tres meses y no haberlo conocido; aunque tenemos fotos suyas en casa y es un poco como un abuelo².

A lo largo de mi vida había aprendido dos cosas: que si siguiera estando Tito seríamos todos felices y que no quería vivir fuera de Yugoslavia³.

Sin embargo, las continuas concesiones a las diferentes comunidades no hicieron otra cosa que contener los reclamos independentistas y después de la muerte de Tito se acentuaron las tensiones nacionalistas que desembocaron en una terrible guerra civil. El conflicto estalla finalmente y, tras una década de contención, en 1991 Eslovenia hace pública la declaración de independencia, declaración que será aprobada por la comunidad internacional. El ejército federal yugoslavo interviene para evitarlo, pero después de un breve conflicto conocido como la Guerra de los diez días, Serbia acabará viéndose obligada a aceptar la nueva situación. El 19 de mayo del mismo año, las autoridades croatas celebran un referéndum para la autodeterminación de Croacia. Con el noventa y cuatro por ciento de los votos, se declara la independencia y desmembración de Yugoslavia. Dicha declaración, que se produce de modo unilateral, se enfrenta a la oposición de un sector de la población de origen serbio, lo que complicará el proceso y lo alargará durante cuatro años de luchas intermitentes. Finalmente, el gobierno croata logra desalojar a gran parte de las fuerzas serbias estacionadas en un territorio croata que la minoría serbia había declarado República

2 La mamma assicura che qui da noi tutto è più sicuro e pulito grazie a Tito e a me dispiace che sia morto quando avevo solo tre mesi e non ho potuto conoscerlo. Però abbiamo le sue foto in casa ed è un po' come un nonno (Mujčić, 2007: 21).

3 Nel corso della mia vita avevo imparato due cose, ossia che se ci fosse stato Tito noi saremmo stati tutti felici e che io non volevo vivere fuori dalla Jugoslavia (Mujčić, 2007: 40).

Serbia de Krajina durante una operación militar llevada a cabo en agosto de 1995 y que provocó el éxodo forzoso de casi cuatrocientos mil serbios.

La declaración de independencia de Eslovenia y Croacia provoca una espiral de pugnas y desavenencias que llevará a la absoluta disolución de Yugoslavia. En 1992 el conflicto se extiende a Bosnia Herzegovina, de donde es originaria la autora de esta novela y que es, de hecho, la república más multiétnica de la Federación Yugoslava. El 1 de marzo de este año se aprueba en referéndum la independencia de la república respaldada por la mayoría de bosnios musulmanes y bosniocroatas; no obstante, el treinta por ciento de la población, que era de origen serbio bosnio, con el apoyo del resto de la población serbia de la antigua Yugoslavia rechazaron la declaración y en pocos días consiguieron ocupar el setenta por ciento del territorio.

Se da inicio en este momento a un proceso conocido como *limpieza étnica* que obliga a las comunidades no serbias a abandonar los territorios controlados. Entre 1993 y 1994 el conflicto se extiende. Del mismo modo se recrudece el enfrentamiento entre bosnios de origen musulmán o bosniacos y bosniocroatas.

El conflicto, que ha tomado un cariz internacional, culminará con un cese del fuego en 1995 a raíz de los acuerdos de paz alcanzados en el marco de una conferencia que tuvo lugar entre el 1 y el 21 de noviembre de ese año en la base norteamericana de Dayton.

La desmembración completa de la antigua República Federal Socialista de Yugoslavia tendrá lugar en 1999 cuando la OTAN decide intervenir en defensa del pueblo kosovar. Ya en la década de los ochenta todos los intentos por parte de la población albanesa de este territorio exigiendo la categoría de república federada yugoslava habían sido fuertemente contenidos y violentamente castigados por parte del ejército serbio. Por su parte, parte de la población serbia de Kosovo denunció también maltratos a cargo de la comunidad albanesa. Durante años se sucedieron los ataques mutuos hasta que, en 1997, ante la creciente presión de la policía serbia en territorio kosovar, la comunidad internacional decide intervenir para parar un proceso que empezaba a asemejarse a la limpieza étnica llevada

a cabo en Bosnia. En 1999 comenzó una ofensiva de la OTAN que autorizó ataques aéreos sobre objetivos serbios y que culminaron once semanas después con la aceptación del gobierno serbio de las condiciones impuestas por la OTAN.

En definitiva, la Guerra de los Balcanes, también conocida como guerras yugoslavas, tuvo lugar entre 1991 y 2001 y fue una sucesión de conflictos bélicos de tipo religioso, político y económico que acabó con la unidad territorial y se saldó con un número de víctimas superior incluso al habido durante la Segunda Guerra Mundial: se habla de unas 130.000 víctimas mortales y millones de desplazados que, como la familia de nuestra autora, abandonaron sus hogares huyendo del horror.

Además, con la Guerra de Yugoslavia la civilización europea fue nuevamente testigo de un episodio negro de su historia volviéndose a vivir auténticos ataques contra la integridad del ser humano; en aquel momento volvieron los campos de concentración, las fosas comunes, las masacres, la limpieza étnica, las deportaciones, etc. Cuarenta años después de la Segunda Guerra Mundial un conflicto armado obligaba una vez más a millones de personas a abandonar sus pertenencias, sus familiares y amigos, sus hogares, a dejar toda una vida atrás huyendo del horror sanginario y cruel que no entendía de edad, de religión, de condición social o de sexo.

Una guerra cruel, como lo son todas, que acabó convirtiéndose en una lucha de todos contra todos. Una guerra batida por hombres, pero sufrida de igual manera por sus mujeres (en el sentido amplio de la palabra) y sus hijos. Mujeres que, en la mayoría de los casos, no participaron activamente en la guerra, pero que llegaron incluso a sufrir la violencia y la crueldad de ésta en sus propios cuerpos.

En las situaciones de guerra y de conflicto interno las mujeres están expuestas, igual y más que otras categorías de personas a violaciones sistemáticas de sus derechos. La violencia contra las mujeres no es un hecho accidental de la guerra, sino un arma bélica usada con múltiples propósitos: diseminar el terror, desestabilizar a la sociedad y vencer a la resistencia, premiar a los soldados, conseguir información. Además, las mujeres sufren particular-

mente a causa de los ataques indiscriminados operados por las fuerzas armadas, de militares y paramilitares, por lo que respecta a la población civil⁴.

En los últimos tiempos se ha venido verificando que el número de víctimas civiles es superior al de víctimas militares. Asimismo, a lo largo de la historia y en los diferentes conflictos armados en el mundo se ha observado que las mujeres y los niños sufren de manera sistemática abusos y violaciones de sus derechos. Probablemente porque en esos contextos se genera un espacio de vulnerabilidad y de indefensión que aprovechan los grupos armados (y en algunos casos los soldados de las propias fuerzas gubernamentales). Este espacio de debilidad afirma en algunos aspectos los estereotipos masculinos y machistas: “El clima de militarización refuerza los estereotipos masculinos y alienta a las agresiones contras las mujeres garantizando impunidad a los culpables”⁵.

La entidad de las Naciones Unidas para la Igualdad de Género y el Empoderamiento de las Mujeres calculó que, durante el conflicto, solo en Bosnia fueron violadas más de veinte mil mujeres. Fue durante la Guerra de los Balcanes cuando los medios de comunicación comenzaron a difundir por primera vez de manera más generalizada noticias sobre torturas y violaciones a mujeres y niños en los diferentes territorios en conflicto. Además, fue también la primera vez que aparece explícitamente la figura de estupro tipificado por el Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia como crimen contra la humanidad.

Uno de los episodios más negros de esta sucesión de guerras, si es que es posible establecer una gradación de tonalidades en tre-

4 Nelle situazioni di guerra e di conflitto interno le donne sono esposte, come e più di altre categorie di persone a sistematiche violazioni dei loro diritti. La violenza sulle donne non è un evento accidentale della guerra, ma un'arma bellica usata per molteplici propositi: spargere terrore, destabilizzare la società e annientarne la resistenza, premiare i soldati, estorcere informazioni. Inoltre, le donne soffrono in modo particolare a causa degli attacchi indiscriminati a opera delle forze armate, di militari e paramilitari, nei confronti della popolazione civile (Flores, 2010: 242)

5 Il clima di militarizzazione rafforza gli stereotipi maschili e incoraggia le aggressioni contro le donne e le ragazze, garantendo l'impunità ai colpevoli (Flores, 2010: 246).

mendas acciones bárbaras, fue el crimen cometido contra Srebrenica, ciudad que da título a esta novela y en la que vivió nuestra autora hasta que abandonó Bosnia.

El 11 de julio de 1995 el Ejército de la República de Srpska (también conocido entonces como Ejército de los serbios de Bosnia) tomó la ciudad y, bajo las órdenes del general Mladić, asesinó a ocho mil personas (hombres bosnios musulmanes de todas las edades incluyendo niños y ancianos) como fruto de la limpieza étnica que se acometía en el país, lo que supuso el exterminio de un quinto de la población de la ciudad que fue enterrada en fosas comunes. Este crimen, declarado genocidio por el Tribunal Internacional de Justicia de La Haya, fue especialmente escandaloso no sólo por la crueldad de los acontecimientos, sino también porque había sido declarado como un enclave seguro protegido por la ONU y acogía a miles de refugiados.

Fue precisamente ese día cuando desaparecieron el padre y el tío de Elvira Mujčić y no se les volvió a ver nunca más. A día de hoy el cuerpo del padre aún no ha sido recuperado.

2. Elvira Mujčić y el contexto de su obra

La obra de Elvira Mujčić se enmarca en lo que en los últimos años se ha denominado en Italia “Literatura italiana de la inmigración” y que recoge obras de cualquier género y estilo cuyo denominador común es haber sido escritas en italiano por inmigrantes de primera y segunda generación cuya lengua materna es extranjera.

Las temáticas dominantes en este tipo de literatura están ligadas a la condición de inmigrantes de sus autores, al concepto de identidad e identidades fragmentadas o híbridas, al motivo del viaje y a la narración autobiográfica o de marcado carácter testimonial. Y precisamente todos estos elementos están presentes en toda la obra de nuestra autora y en esta especialmente por tratarse de su primera novela.

Desde sus inicios en la década de los noventa del siglo pasado, la mayoría de los escritores que forman parte de este género aluden en algún momento de su producción a sus propias experiencias y

acuden al género autobiográfico como recurso para darse a conocer ellos mismos como personas y para informar al país que los acoge de su proceso de integración y de sus problemas y preocupaciones, justificando de algún modo su necesidad de escribir y de hacerlo en una lengua que no es la materna.

Estas autobiografías se narran desde un punto de vista retrospectivo sobre su propio pasado ligado a un país, a una cultura y a una lengua que forman parte de una identidad que ante la perspectiva de la integración se ve mutada, alterada y enriquecida. Las novelas se articulan normalmente a caballo entre esa retrospectiva que ha conformado su vida hasta el momento y la prospectiva de lo que puede suceder a partir de ahora. Por lo tanto, no es sólo el testimonio de una experiencia fundamental en sus vidas, sino que sus autores se erigen como narradores de una nueva Italia en la que su propia historia personal entronca con la historia colectiva del país de acogida.

No obstante, una vez superada esta primera fase de carácter sobre todo testimonial, la literatura de la inmigración sufre un momento crítico. Ante una situación en la que los medios de comunicación y las editoriales prestan cada vez menos atención a los escritores inmigrantes, estos buscan otras maneras de darse a conocer y se centran en temáticas diferentes sin abandonar la esencia migrante. La autobiografía y el testimonio de la experiencia dan paso a otro tipo de temas, ligados, eso sí, en la mayoría de los casos a su condición, pero buscando innovar y alejarse de la etiqueta de escritores migrantes investigando nuevas formas y nuevos contenidos.

[...] los más conscientes entre los escritores abandonan las formas testimoniales, en verso y prosa, del viaje y de la integración, más o menos feliz, para dar paso a obras que naturalmente confluyen en la corriente principal de la producción autóctona. Por eso, se escribe menos autobiografía novelada, menos retazos de vida más o menos dolorosa o traumática, menos tonos de denuncia como si de un documental se tratara, se adoptan ahora formas más populares de reportaje, de *noir* metropolitano o de relato para niños; los modos de la ironía y del humor, de lo grotesco, del suspense. Se trata a menudo, como veremos, de escritos con un alto grado sim-

bólico, en todo caso, de comprobada eficacia para los individuos que buscan la nacionalidad cultural⁶.

Estos nuevos contenidos, como afirma el profesor Serge Vanvolsem⁷, se dedicarán a analizar a Italia y a los italianos y a hablar del país de acogida tal y como ellos lo perciben y, por otro lado, cobra fuerza la temática de la identidad en forma de crisis, sentimiento de duplicidad identitaria, conflictos o rebelión.

Asimismo, la nostalgia formará parte de esta etapa, los autores extrañan su país y así nos lo transmiten. El dolor provocado por la nostalgia los lleva también a describir el país que ellos vivieron y los condicionantes que hicieron que lo abandonaran: una parte importante de esta literatura nos habla de guerras, de conflictos políticos, de fronteras que cambian o países que desaparecen, de marginaciones, humillaciones y censura en sus propios países. Este será el caso de alguna manera de Elvira Mujčić, quien, tras su primera novela, ha publicado otras cuatro en las que, partiendo de experiencias propias y ajenas relata diferentes historias con varios denominadores comunes: su país de origen, la guerra y personajes que han emigrado a Italia.

Podemos afirmar en realidad que, a pesar de las anteriores consideraciones, la literatura autobiográfica sigue muy presente en la literatura de la inmigración más contemporánea, como afirma Chiara Mengozzi (2013: 123) “las narraciones en primera persona sostenidas por un pacto calificable como autobiográfico, independientemente del componente ficticio que puedan tener los conteni-

6 [...] i più consapevoli tra gli scrittori abbandonano le forme della testimonianza, in versi e prosa, del viaggio e dell'integrazione, felice o meno, per dar mani ad opere che naturalmente confluiscono nel *mainstream* della produzione autoctona. Non più la biografia romanzata, perciò, la *tranche de vie* più o meno dolorosa o traumatica, i toni di denuncia da *docu-fiction*, quanto piuttosto le forme maggiormente in voga del *reportage*, del *noir* metropolitano o del racconto per bambini; i modi dell'ironia e dell'umorismo, del grottesco, della *suspense*. Si tratta spesso, come vedremo, di espedienti ad alto gradiente simbolico, in ogni caso, di comprovata efficacia per soggetti in cerca di cittadinanza culturale. (Fracassa 2010: 181)

7 <http://www.eksetra.net/studi-interculturali/relazione-intercultural-edizione-2004/relazione-di-serge-vanvolsem/> [Fecha de consulta: 29/10/17].

dos, atraviesan todo el corpus de la literatura migrante desde sus orígenes a la actualidad”⁸.

La misma autora (2013: 125) afirma que, entre otros, los inmigrantes procedentes de la zona de los Balcanes que se adentran en el mundo de la literatura están “facilmente autorizzati” a hablar y a escribir en Italia si lo hacen en clave autobiográfica para relatar la guerra y sus consecuencias; este es el caso precisamente de Elvira Mujčić. El trauma sufrido por estos autores parece legitimarlos frente al mercado editorial para liberarse, a través de la escritura, de la carga vital que sufren por todo lo vivido.

Los inmigrantes permanecen ligados a sus orígenes a través de los recuerdos; la necesidad de mantener este vínculo es especialmente importante en el caso de los exiliados de la antigua Yugoslavia. Para estos inmigrantes los recuerdos son el único patrimonio que les queda de sus raíces; para ellos supone una lucha por mantener vivo su pasado, conscientes de que el país del que provienen ya sólo existe en su memoria.

Estamos acostumbrados a perder. Todos los días alguien de nuestro entorno se aleja o desaparece, una amistad o un amor palidece o se extingue, la muerte se lleva a uno de los nuestros. Perder forma parte de nuestro destino. Pero es raro perder un país. A mí me ha sucedido. No hablo de un estado o de un régimen, sino exactamente del país en el que nacía y que, hasta ayer mismo, era el mío. Ya no está⁹.

Esta misma imagen aparece reflejada en las palabras de uno de los personajes de otra novela de Elvira Mujčić (2009: 88):

8 Le narrazioni in prima persona rette da un patto qualificabile come autobiografico, indipendentemente dalla componente finzionale che può riguardare i contenuti, attraversano l'intero corpus della «letteratura migrante» dalle origini a oggi.

9 Siamo abituati a perdere. Ogni giorno qualcuno intorno a noi si allontana o sparisce, un'amicizia o un amore impallidisce o si estingue, la morte si porta via uno dei nostri. Perdere fa parte del nostro destino. Però è raro perdere un paese. A me è capitato. Non parlo di uno stato o di un regime, ma proprio del paese dove sono nato, e che, ancora ieri soltanto, era il mio. Non c'è più. (Matvejević, 1996: 95)

«[...] A mí me interesa saber, me gustaría conocer, y estoy leyendo este libro en italiano porque allí no los venden en serbocroata y...»
 «¡Ves! ¿Lo ves? Lo llamas serbocroata, esta lengua, como tu padre sigue diciendo que es yugoslavo. ¡Estáis simplemente locos! ¡Porque esa lengua ya no existe y ese país ya no existe! Vedi! Lo vedi?»¹⁰

Los ejemplos son numerosos en la obra de esta escritora, encontramos multitud de pasajes en los que se habla de esa patria perdida.

¿Dónde había muerto Yugoslavia? Quizás no en un solo lugar. Y con ella, *ellos* habían desaparecido, sin que nunca descubriéramos dónde.

Con ese estado nos habíamos desvanecido también nosotros, ese nosotros compuesto de veintitrés millones de individuos llamados yugoslavos, borrados de los mapas geopolíticos, recolocados dentro de las fronteras más estrechas de nuestras pequeñas Repúblicas independientes, y los otros, ahora enemigos, cada vez eran más. El nosotros se había convertido en otro, de hermanos hemos pasado a ser enemigos íntimos. Incluso la lengua que hablaban, el serbocroata, ya no se llamaba así, han decidido que había que darle otro nombre, para no confundirnos, para distinguarnos. Así que hemos llamado a la misma lengua de tres maneras distintas¹¹.

10 «[...] A me interessa sapere, vorrei conoscere, e sto leggendo questo libro in italiano perché là non li vendono in serbo-croato e...».

«Vedi! Lo vedi? La chiami serbo-croato, questa lingua, come tuo padre continua a dire che è jugoslavo. Ma siete semplicemente matti! Perché quella lingua non esiste più e quel Paese non c'è più!»

11 Dove era morta la Jugoslavia? Forse non in luogo solo. E con lei, *loro* erano scomparsi, senza che scopriissimo mai dove.

Con quello Stato eravamo svaniti anche noi, quel noi composto da ventitré milioni di individui chiamati jugoslavi, cancellati dalle cartine geo-politiche, riallocati all'interno dei confini più stretti delle nostre piccole Repubbliche indipendenti, e gli altri, a quel punto nemici, erano sempre di più. Il noi era diventato altro, da fratelli siamo diventati nemici giurati. Persino la lingua che parlavano, il serbo-croato, non si chiamava più così, hanno deciso che bisognava darle un altro nome, per non confonderci, per distinguerci. Quindi abbiamo chiamato la stessa lingua in tre modi diversi (Mujčić, 2016: 103 – 104).

Como podemos ver, no se trata únicamente de una patria perdida, aparece también el concepto de la lengua que cambia de nombre con el objetivo de tamizar una cultura mestiza para obtener una identidad pura “*proteggendola dalle contaminazioni*” (Mujčić, 2016: 104).

Estos autores no se ciñen exclusivamente a los cánones autobiográficos, si bien es cierto que la experiencia de la guerra y los conflictos nacionalistas están presentes en la mayor parte de esta producción literaria, también lo es que en muchos casos se narran intercalando hechos reales y ficción o haciendo confluir en los personajes ficticios de las obras diferentes experiencias propias con otras imaginadas o ajenas a sus vivencias. En cualquier caso, predomina el narrador homodiegético que en general adopta el papel del protagonista, los hechos narrados pueden haber sucedido al autor o no, pero en todos late un fondo de realidad basada en la propia experiencia de este. Como afirma Elvira Mujčić en varias entrevistas publicadas en diferentes medios de comunicación: “en mis libros no hay nada que no sea autobiográfico”.

Elvira Mujčić es una escritora de origen bosniaco¹², nació en 1980 en una pequeña ciudad de Serbia, Loznica. Poco después de su nacimiento, su familia decidió trasladarse a Srebrenica, ciudad en la que vivió hasta el 16 de abril de 1992. Teniendo en cuenta lo que sucedió después y cómo se desarrollaron los acontecimientos, este fue uno de los últimos días en los que se pudo salir de la ciudad; por ello, su familia decide entonces abandonar por un tiempo su lugar de residencia esperando que los conflictos que empezaban en aquel momento se calmaran y la escritora, que por aquellos tiempos era apenas una adolescente, se aloja junto a su madre y sus dos hermanos en casa de algunos parientes en Bosnia central, su plan inicial era permanecer allí durante dos semanas hasta que el clima de tensión que se vivía en el país se relajara.

Su padre, considerando la decisión algo provisional, decidió quedarse en Srebrenica junto con el resto de varones adultos de la familia. Esa sería la última vez que Elvira viera a su padre, el conflicto se

12 El término bosniaco se utiliza para designar a los bosnios de confesión religiosa islámica, mientras que bosnio se refiere sólo a la nacionalidad.

alargó en el tiempo y la ciudad de Srebrenica fue una de las más masacradas durante las operaciones de exterminio del ejército serbobosnio como hemos visto. La gran mayoría de los familiares de Mujčić que se quedaron en la ciudad desaparecieron durante la masacre, incluyendo a su padre, cuyo cuerpo no ha sido aún encontrado.

En esta novela, completamente autobiográfica como ya hemos mencionado, narra la reconstrucción que han podido hacer del momento en el que supuestamente desaparecen tanto su tío como su padre: ante la inminente entrada del ejército serbio en la ciudad cada uno toma una decisión, el tío decide confiar en sus propias fuerzas, el padre en los cascos azules: el trágico final de ambos desvela que no había escapatoria posible.

Mi tío se fío solo de sus propias fuerzas y decidió adentrarse en el bosque. [...] Un mes después de la caída de Srebrenica un señor nos contó que entre miles de cadáveres había visto también el de mi tío [...] Nunca nos lo creímos. Durante años continuamos esperando que volviera. Creo que mi abuela aún lo espera.

Mi padre tomó otra decisión. Se confió a la ONU [...] se encaminó hacia su base [...] parece que confió hasta el final [...] lo cargan en un camión y él, tímidamente, alza la mano para despedirse. Asegura que sonrió. Debe de haber sido una de esas sonrisas tristes, ese curvar los labios para dar ánimos a quien lo mira.

Nosotros ya estábamos en Italia; veíamos esa muerte en directo, entre desesperación, lágrimas y desmayos¹³.

Y en efecto, la escritora había conseguido llegar al país transalpino. Después de salir de su ciudad y tras una breve estancia en

13 Mio zio si fidò solo delle sue forze e decise di andare per il bosco [...] un mese dopo la caduta di Srebrenica un signore ci raccontò di aver(lo) visto tra migliaia di cadaveri [...]. Non ci abbiamo creduto mai. Abbiamo continuato per anni ad aspettare che tornasse. Mia nonna, credo, aspetti ancora.

Mio padre ha preso un'altra decisione. Lui si è fidato dell'Onu [...] si è incamminato verso la loro base [...] pare fosse fiducioso fino alla fine [...] lo caricano su un camion e lui, timidamente, alza la mano in segno di saluto. Assicura che ha sorriso. Dev'essere uno di quei sorrisi tristi, quell'allargare le labbra per dare forza a chi lo guardava.

Noi eravamo già in Italia; guardavamo quella morte in diretta, tra disperazione, lacrime e svenimenti (Mujčić, 2007: 26).

casa de familiares, consigue llegar con su madre y sus hermanos a un campo de refugiados en Croacia; allí pasarán varios meses antes de trasladarse definitivamente a Italia, país en el que se establecerán definitivamente y donde aún hoy desarrolla su carrera profesional como escritora y traductora en Roma.

La autora ha publicado hasta el momento cinco novelas contadas en clave autobiográfica, no siempre por los hechos que narra pero sí por la temática que trata en todas ellas: la guerra de Bosnia, sus consecuencias y el tema de la inmigración. Queda patente que estas novelas se basan en su propia historia vital y entronca con la de otros individuos anónimos que, al igual que ella, vivieron el drama bélico y siguen conviviendo con sus consecuencias en la actualidad.

Dejaremos para el final el análisis de la obra que presentamos en esta edición crítica para referir antes el resto de su obra hasta el momento.

E se Fuad avesse avuto la dinamite?

Todas sus novelas, como decíamos, no son puramente autobiográficas en cuanto a los hechos narrados, pero sí en cuanto a los temas y los caracteres de los personajes a los que otorga rasgos propios de ella misma y de su forma de pensar. Ejemplo de ello es su segundo libro, *E se Fuad avesse avuto la dinamite?*, en el que la autora divide su personalidad y su perspectiva por lo que respecta a la guerra entre dos personajes diferentes: el personaje principal, Zlatan, y el tío de este.

Zlatan encarna el personaje de un joven que se vio en la necesidad de emigrar a Italia, que rechaza todo tipo de odio y venganza y a quien la experiencia migratoria le ha ayudado a tener una visión más abierta del mundo, pero para quien es aún complicado aceptar que el país que él conoció y vivió ya no existe tal y como pervive en sus recuerdos. Por otra parte, encontramos a su tío, un excombatiente y residente en Visegrad, otro de los escenarios de la tragedia bosnia, que cuando se siente atacado por su sobrino que lo califica de nacionalista responde así:

¡Despierta! Para tu padre nacionalismo es todo lo que intenta que se

oiga la propia voz contra la injusticia. Razona como los europeos y los americanos, que piensan que con el tratado de Dayton se ha resuelto todo y que hay que dejar de recordar, de buscar justicia y que el mejor modo para vivir es hacerse los cosmopolitas y tolerantes. ¡Pero no funciona así! ¡Yo nunca he votado por un partido nacionalista, no me he puesto a estudiar el islam y no me he convertido en un ferviente creyente! Simplemente no me callo, no bajo la cabeza, no finjo multiculturalismo porque antes quiero justicia¹⁴.

Encontramos, por lo tanto, esa doble vertiente por lo que respecta a la personalidad de la autora. Por un lado, la visión de Zlatan que quiere respuestas, pero no quiere aferrarse al dolor ni al odio y, por otro, la del tío Nazid, que se enfrenta a su propia rabia al ver cómo seguir hacia delante implica que se le niegue el dolor natural e inevitable ante la tragedia.

El argumento se centra además en el debate sobre la necesidad de tener memoria histórica y la *obligación* de seguir adelante superando el pasado. Zlatan reflexiona así:

Quería conservar mis ideales, sin los cuales no podría vivir. En esto era como mi padre. Y no sabía si el mío era el modo correcto o si, en cambio, tenía razón mi tío. Que seguía viviendo dentro de la pesadilla. Todos en este pueblo vivían dentro de esa pesadilla. Pero habían pasado casi quince años desde el fin de la guerra y para la gente es como si solo hubieran pasado dos meses. Quizás hay que ser así para conservar la memoria, reviviendo la pesadilla. ¿Es posible que este sea el único modo? ¿No hay otro que no exija morir a cada paso?¹⁵

14 Sveglia! Per tuo padre è nazionalismo tutto ciò che cerca di far sentire la propria voce contro l'ingiustizia. Ragiona come gli europei e gli americani, che pensano che con il trattato di Dayton si sia risolto tutto e che bisogna smettere di ricordare, di cercare giustizia e che il miglior modo per vivere è fare i cosmopoliti e i tolleranti. Ma non funziona così! Io non ho mai votato per un partito nazionalista, non mi sono messo a studiare l'islam e non sono diventato un fervente credente! Semplicemente, non sto zitto, non abbasso la testa, non fingo multiculturalismo perché prima voglio giustizia. (Mujčić, 2009:89)

15 Volevo mantenere i miei ideali, senza i quali non avrei potuto vivere. In questo ero come mio padre. E non sapevo se il mio modo di fare fosse giusto o se invece avesse ragione mio zio. Che continuava a vivere dentro l'inclubo. Tutti in questo paesino ci vivevano dentro. Eppure erano passati quasi 15 anni dalla fine della guerra ma per la gente pare quasi si tratti di due mesi

Cualquiera de los temas presentes en la novela son cuestiones tocantes para la autora y que conciernen a su propia vida: la compleja relación entre los bosnios que viven en el extranjero y aquellos que han permanecido en el país, el vínculo entre padres e hijos una vez pasada la guerra, la extraña sensación de llegar a sentirse en algunas ocasiones *extracomunitario* en el país que los ha acogido y los ha visto crecer durante años, la percepción de encontrarse siempre entre dos lenguas, entre dos tierras, entre dos culturas.

Dieci prugne ai fascisti

Otro de sus libros en el que, contando una historia completamente diferente, toca los mismos temas es precisamente su última novela, *Dieci prugne ai fascisti*. De nuevo un viaje es el protagonista de la novela. Los protagonistas son los integrantes de una familia bosnia con muchos puntos en común con la propia familia de la autora, similitudes que obviamente no son elegidas por casualidad ni por capricho. Estos personajes, afincados en Italia desde la década de los noventa, pero profundamente ligados a las tradiciones de la propia tierra, deben volver a Bosnia para enterrar a la abuela, principal soporte de la memoria y del pasado común, y que dejó todo dispuesto antes de su repentina muerte para recibir las exequias en su país natal.

La narradora será en este caso una de las nietas en la que Mujčić ha querido plasmar su reflejo y a través de cuya voz, con mucha dosis de ironía, delinearé los sentimientos de un pueblo y de su familia. Despedirse de su abuela supondrá para la protagonista-narradora un viaje por los recuerdos y un intento de reconciliarse consigo misma.

El viaje físico que realiza la protagonista hacia Bosnia junto a sus dos hermanos es una suerte de migración inversa, es un volver hacia atrás para encontrarse con un pasado al que la guerra dejó sin futuro, es un modo de intentar cerrar el ciclo y comprenderse a sí mismos.

fa! Forse bisogna fare così per conservare la memoria. Ma a che prezzo! Tutta una vita spesa a conservare la memoria, rivivendo l'incubo. È possibile che sia questo l'unico modo? Non ce n'è un altro che non richieda di morire ad ogni passo? (Mujčić, 2009: 96)

El autobús circulaba veloz, cúmulos de nubes venían a nuestro encuentro como si tuvieran que lanzarse contra el parabrisas. Volábamos por la carretera, mientras ese grupo de nostálgicos comunistas bosniacos cansados y con los brazos doloridos cantaba canciones de otros tiempos y sobre todo de otros mundos.

Por primera vez, después de muchos meses, me parecía que estaba yendo a alguna parte y además en la dirección correcta.

Después de media hora de viaje, el fervor de los cantos comenzó a debilitarse, hasta apagarse y dejarnos en un silencio extraño, desconsolado y melancólico, lleno de discursos sin terminar para los que ya se había pasado el momento. Como cuando te encuentras con un viejo conocido y te quedas boquiabierto, avergonzado, buscando algo que decir, una manera de volver a unir los hilos de una empatía ahora ya anacrónica.

Dos horas y media con el brazo fuera de la ventanilla, ese fue mi último (y único) sacrificio por un país que no existe¹⁶.

Elvira Mujčić introduce a menudo la imagen del viaje en sus obras como una especie de reconciliación consigo misma y con sus raíces. Unas raíces de las que llegó a renegar en el momento en que empezó a amar Italia: odiaba Bosnia porque se sentía expulsada de sus entrañas, amar Italia le parecía una venganza merecida. Sin embargo, volver a su país natal le hace redescubrir el amor por este y la rabia y la melancolía lacerante que la hacen sentirse unida irremediablemente a esta tierra, como si una parte de ella nunca hubiera salido de allí.

16 Il pullman correva, cumuli di nuvole ci venivano incontro come se dovessero scagliarsi sul parabrezza. Volavamo sulla strada, mentre quel gruppo di nostalgici comunisti bosniaci stanchi e con le braccia indolenzite cantava canzoni di altri tempi e soprattutto di altri mondi.

Per la prima volta, dopo molti mesi, mi sembrava di andare da qualche parte e pure nella direzione giusta.

Dopo una mezz'oretta di viaggio, il fervore dei canti prese a indebolirsi, fino a spegnersi e lasciarci in un silenzio strano, sconsolato e malinconico, pieno di discorsi incompiuti il cui tempo è passato. Come quando ti imbatti in una vecchia conoscenza e rimani a bocca aperta, imbarazzato, cercando qualcosa da dire, una maniera per riallacciare i fili di un'empatia ormai anacronistica.

Due ore e mezza di braccio fuori dal finestrino, ecco il mio ultimo (e unico) sacrificio per un paese che non c'è (Mujčić, 2016: 113 – 114).

Si bien es cierto que la autora manifiesta abiertamente la incertidumbre que ha sentido siempre al no sentir que perteneciera a un lugar ni a otro, como ella misma declara el hecho de emigrar de alguna manera te rompe, se produce una fractura entre lo que eras y en lo que te conviertes, Elvira Mujčić lo describe como una especie de doble ausencia ante el sentimiento de no pertenecer, en su caso, ni a Italia ni a Bosnia-Herzegovina. En este sentido relataba un recuerdo en una entrevista¹⁷ publicada a raíz de la publicación de su última novela:

En este sentido, recuerdo una de las primeras veces que volvimos a Bosnia Herzegovina. Era 1997 y hacía tres años que habíamos salido de nuestro país. En Italia me quejaba continuamente, pedía volver a casa. Luego, una vez que estuve en Bosnia Herzegovina, comencé a decir a mi madre que quería irme porque no era en absoluto el país que recordaba. En el *ferry* de regreso, de Split a Ancona, estuve callada, no hablaba, a lo que mamá me dijo: por fin un lugar en el que no te quejas... en efecto, solo estaba bien en el *ferry*¹⁸.

La trama que la autora desarrolla en su última novela no es una historia real – su abuela sigue aún viva – pero es absolutamente real el sufrimiento descrito en la novela, la desolación y el desconsuelo de quien ha perdido a familiares o seres queridos durante la guerra y cuyos cuerpos no han sido nunca encontrados para poder ser enterrados, la propia autora nos lo contaba así en una conversación mantenida con ella:

17 La entrevista completa puede consultarse en <https://www.balcanicaucaso.org/aree/Bosnia-Erzegovina/Dieci-prugne-ai-Fascisti-intervista-a-Elvira-Mujcic-172039> [Fecha de consulta: 15/04/2017]

18 Mi ricordo, in questo senso, una delle prime volte che siamo tornati in Bosnia Erzegovina. Era il 1997 e avevamo lasciato il nostro Paese già da tre anni. In Italia mi lamentavo continuamente, chiedevo di ritornare a casa. Poi, una volta in Bosnia Erzegovina, ho cominciato a dire a mia mamma che volevo andarmene, perché non era affatto il Paese che ricordavo. Sul traghetto del ritorno, da Spalato ad Ancona, io me ne stavo zitta, non parlavo, al che mia mamma mi ha detto: finalmente un posto in cui non ti lamenti... in effetti, stavo bene solo sul traghetto.

Me he preguntado cómo se puede, si es que se puede, elaborar a nivel familiar un peso de ese tipo. He observado mi vida, la de mis hermanos y la de mi madre y he encontrado en ellas rastros de nuestra herencia histórica y familiar. En este libro he contado lo que conozco emocionalmente, pero lo he integrado en una historia que no ha sucedido exactamente así¹⁹.

Justifica de este modo la necesidad de narrar un entierro lleno de vicisitudes, quiere dejar constancia de ello como un símbolo de lo que le gustaría poder hacer algún día con sus seres queridos desaparecidos.

Al di là del caos. Cosa rimane dopo Srebrenica

Su primera obra, *Al di là del caos. Cosa rimane dopo Srebrenica*, publicada en 2007, es una novela esencialmente autobiográfica en la que la autora ha querido dar a conocer la masacre que se vivió en esta ciudad a través de sus propias vivencias, las experiencias que vivió en aquel momento y las que vinieron a la postre a consecuencia de las primeras.

En este libro la autora nos lleva a su infancia, la de una niña nacida en la Yugoslavia de Tito y en la que la religión o la pertenencia a una república u otra era una mera anécdota. Los musulmanes celebraban las fiestas con los católicos y a la inversa, nadie se cuestionaba nada sobre los vecinos y, aparentemente, reinaba un clima de convivencia intercultural ejemplar.

Sin embargo la religión no nos era ajena. Con los vecinos o los amigos que practicaban una fe celebrábamos las fiestas religiosas fueran católicas, ortodoxas o musulmanas. Una familia como la mía no era una rareza en Bosnia. De hecho, la mayor parte de mis amigos, compañeros, vecinos y conocidos era como yo²⁰.

19 Mi sono chiesta come si può, se si può, elaborare a livello familiare un peso del genere. Ho guardato la mia vita, quella dei miei fratelli e di mia madre e vi ho trovato tracce della nostra eredità storica e familiare. In questo libro ho raccontato quello che conosco emotivamente, ma l'ho inserito in una storia che non è esattamente accaduta.

20 Tuttavia la religione non ci era estranea. Con i vicini o gli amici che praticavano una fede celebravamo le feste religiose, sia cattoliche, sia ortodosse, sia musulmane. Una famiglia come la mia non era una rarità in Bosnia. Anzi, la maggior parte dei miei amici,

Efectivamente, un joven nacido en esos años no supo hasta el momento en el que estalló la guerra qué significaba exactamente pertenecer a uno u otro lugar o ser musulmán o de otra religión, hasta ese momento era una característica más que formaba parte de su ser sin más interrogantes.

La novela es además una suerte de denuncia abierta a quienes son responsables de una masacre y salen impunes tal y como sucedió después del genocidio de Srebrenica. Es a la vez un viaje físico y un viaje psicológico que la ha llevado a recorrer la misma senda que un día la trajo a Italia, pero en sentido contrario hacia Srebrenica. Es una novela escrita con el ánimo de aliviar el peso que suponía para ella la tragedia de su país, la experiencia de la guerra y de la migración. La lectura ha sido siempre su fiel compañera de viaje, desde muy pequeña comenzó a leer ávidamente y durante su estancia en el campo de refugiados de Croacia esa costumbre la ayudó a soportar el momento, por eso se decidió a escribir “con la esperanza de que la escritura, las historias me salvaran un poco de la vida y me ayudaran a dar un sentido a la realidad”²¹.

Al di là del caos es un libro sobre la guerra y el proceso de crecimiento de una joven durante esos días. La autora nos cuenta su historia y la de su país a través de episodios significativos de su vida: el duro trance de tener que enfrentarse a una guerra, la experiencia vivida en el campo de refugiados o el hecho de sentirse extraña en Italia, entre otras emociones. El relato salta de un momento a otro sin orden cronológico en una línea temporal por la que se desplaza aleatoriamente trasladando al lector de Bosnia a Italia de modo intencionado con el único fin de que este entienda cómo se siente ella misma, porque así siente su propia identidad, continuamente a caballo entre su pasado y su nueva vida en Roma.

Es la historia de una niña que se hace mujer creciendo con un enorme sentimiento de culpabilidad por seguir viva mientras su padre y su tío están desaparecidos junto con miles de vecinos, amigos y familiares.

collegli, vicini, conoscenti era come me.

²¹ Declaraciones directas realizadas por la propia autora en el transcurso de varias entrevistas personales mantenidas con ella.

Mi gran sentido de culpabilidad me machacaba de nuevo. Mi gran culpa consiste en no estar allí muerta con ellos.

Es estúpido, ilógico, sin sentido, y sin embargo me machaca. Nunca soy completamente feliz y no porque crea que la felicidad es una quimera. Ser feliz es fácil. Yo no lo soy porque en cuanto estoy a punto de serlo me autodestruyo a causa de la culpa.

Me prohíbo sentir todo, probar la vida completamente, porque es como si la hubiera robado, esta vida, como si debiera rendir cuentas a alguien por estar viva porque es como si le hubiera quitado el aliento a alguien²².

Una niña que ve cómo todo su mundo se desmorona ante la sinrazón de la guerra y que necesitará años, mucha ayuda y mucha búsqueda interior para poder volver a reconstruirlo. A parte de ese sentimiento de culpabilidad irracional con el que la autora de este libro tuvo que aprender a vivir y que tuvo que aprender a afrontar, la novela trata un tema fundamental para la literatura de la inmigración: la cuestión de la identidad.

Es muy común entre los escritores inmigrantes – y los inmigrantes en general – sentir miedo a perder su identidad al dejar su país de origen, temen que como resultado se produzca una fragmentación de su *yo*. Tal y como afirma Lucia Quaquarelli (2010: 19) si hay algo que tienen en común la mayoría de los textos de esta producción es el hecho de rechazar de modo categórico la idea de abandonar su identidad de origen, por ello trabajan afanosamente en la reconstrucción identitaria y cultural formando una identidad abierta a la multiplicidad. La asimilación de una nueva identidad pasa por el enriquecimiento ante las nuevas experiencias de la suya propia. Y este concepto de identidad va estrechamente unido al de pertenencia. Mujčić acusa a lo largo de toda la novela precisamente

22 La mia grande colpa mi schiacciava di nuovo. La mia enorme colpa consiste nel non essere morta lì con loro.

È stupido, illogico, senza alcun senso, eppure mi schiaccia. Non sono mai felice del tutto e non perché creda che la felicità sia una chimera. Essere felice è facile. Io non lo sono mai perché nel momento in cui sto per esserlo mi autodistruggo per la colpa.

Io mi vieto di sentire tutto, di provare la vita del tutto, perché è come se l'avessi rubata questa vita, come se dovessi comunque rendere conto a qualcuno del mio essere viva perché è come se avessi sottratto il respiro a qualcuno (Mujčić, 2007: 100 – 101).

el conflicto que sufre con esta idea de pertenecer a alguien o a algún lugar, lo cual marcará su relación con el resto de las personas, especialmente en sus relaciones de pareja, y con las ciudades en las que ha vivido declarando a menudo su necesidad de mudarse al poco tiempo de haberse instalado en un lugar.

Yo cada vez era menos bosnia y más un algo indefinido, un ente sin nacionalidad. No sentía que perteneciera a ningún pueblo, a ninguna comunidad religiosa; en definitiva, una balsa a la deriva o una planta en busca de tierra donde echar raíces, pero sin saber cómo. Volver a Bosnia siempre me causaba un poco de dolor por todo lo que ha significado para mí a lo largo de los años. Pero sobre todo me dolía el hacerme ilusiones durante todo el año en Italia que luego se transformaban en desilusión cuando llegaba a suelo bosnio. Normalmente, hacia finales del mes el sentimiento de extrañeza se acentuaba hasta el punto de ansiar que llegara el momento de irme²³.

A medida que la narración avanza la autora se va liberando poco a poco del peso de la culpa, aunque nunca completamente, y de este miedo a perderse en la sinrazón. Se observa una evolución en su pensamiento con respecto al pasado y una suerte de reconciliación con su futuro.

Es importante destacar antes de cerrar esta introducción la importancia de la música en el relato, reflejo de la importancia de esta en la propia vida de la autora. Acompañan a la historia decenas de referencias a canciones que de alguna manera han formado la banda sonora de su vida y de su camino a la madurez: U2, Pink Floyd, Cranberries, Modena City Remblers, entre otros.

23 Io ero sempre meno bosniaca e sempre più qualcosa di indefinibile, un'entità senza nazionalità. Non sentivo di appartenere a nessun popolo, a nessuna comunità religiosa; insomma una mina vagante o un fiore in cerca di terra dove mettere radici ma senza esserne in grado. Tornare in Bosnia faceva sempre un po' male per tutto ciò che negli anni la Bosnia ha significato per me. Ma soprattutto faceva male l'illusione che mi creavo nel corso dell'anno in Italia e che poi si trasformava in delusione quando arrivavo al suolo natio. Di solito verso la fine del mese la mia inadeguatezza si accentuava a tal punto da non vedere l'ora di andarmene (Mujčić, 2007:52).

3. Conclusiones

En definitiva, la narrativa escrita por Elvira Mujčić se caracteriza esencialmente por ser una literatura de tipo testimonial, especialmente en esta novela *Más allá del caos. La vida después de Srebrenica* que es un testimonio en sí mismo de las vivencias de la autora desde su nacimiento hasta el preciso momento de su publicación y de su búsqueda de identidad.

En cada una de sus obras descubrimos una identidad fragmentada, pero igualmente una identidad formada a partir de su condición de yugoslava, de bosnia y de italiana: “Nuestra identidad se ha ampliado y mezclado, interrumpiendo nuestro proceso de balcanización”²⁴.

A lo largo de toda su obra encontramos diferentes pasajes, ejemplos y elementos que nos sirven para conocer tanto a su autora como a su entorno y su contexto vital. Dichos indicios aparecen bien en el carácter de los propios personajes, bien en los escenarios en los que se mueven, pero sobre todo en las experiencias y en los sentimientos relatados en cada viaje que Mujčić nos invita a hacer con ella. Viajes que, como ya hemos apuntado, no son exclusivamente físicos, son travesías también psicológicas y emocionales en las que la autora, con una gran capacidad narrativa, entrelaza hechos externos y aspectos de introspección personal.

Estos viajes dejan constancia de su esencia como ser continuamente en equilibrio entre su pasado y su futuro, entre dos culturas, entre dos mundos, entre sus recuerdos y su deseo de vivir sin miedos y de superar el ayer. Pero sobre todo es el testimonio de una mujer fuerte que a pesar de las vicisitudes de su vida y de sus conflictos internos ha sabido trabajar para reconstruirse a sí misma y luchar contra sus fantasmas.

24 La nostra identità si è allargata ancora e mescolata, interrompendo il nostro processo di balcanizzazione (Mujčić, 2016: 104)

Apéndice bibliográfico

- Bukvić, E., *Il nostro viaggio. Identità multiculturale in Bosnia Erzegovina*, Roma, Infinito Edizioni, 2008.
- Cardellicchio, P., “Vite sospese: letteratura e identità nell’esperienza del migrante”, *B@belonline.net*, 2 (2001), pp. 1-24
- De Martino, M., *I figli di Atlantide*, Roma, Casini Editore, 2011.
- Dones, E., *Piccola Guerra Perfetta*, Turín, Einaudi, 2011
- Flores, M. (ed.), *Stupri di guerra. La violenza di massa contro le donne nel Novecento*, Milán, FrancoAngeli, 2010
- Fracassa, U., “Strategie di affrancamento: scrivere oltre la migrazione”, *Certi confini. Sulla letteratura italiana dell’immigrazione*, Vignate, Morellini Editore, 2010, pp. 179 – 199.
- Ibrahimi, A., *L’amore e gli stracci del tempo*, Turín, Einaudi, 2011
- Leguineche, M. y Sánchez, G., *Los ojos de la guerra*, Barcelona, Random House Mondadori, 2001
- Matvejević, P., *Mondo “ex”: Confessioni, Identità, ideologie, nazioni dell’una e dell’altra Europa*, Milán, Garzanti, 1996.
- Mengozzi, C., *Narrazioni contese. Vent’anni di scritture italiane della migrazione*, Roma, Carocci Editore, 2013.
- Mujčić, E., *Al di là del caos*, Milán, Infinito Edizioni, 2007
- Mujčić, E., *E se Fuad avesse avuto la dinamite?*, Roma, Infinito Edizioni, 2009
- Mujčić, E., *Dieci prugne ai fascisti*, Roma, Elliot Edizioni, 2016.
- Nuhefendic, A., *Le stelle che stanno giù*, Santa María Capua Vetere, Edizioni Spartaco, 2011
- Quaquarelli, L., *Certi confini. Sulla letteratura italiana dell’immigrazione*, Vignate, Morellini Editore, 2010.
- Tertsch, H., *La Venganza de la Historia*, Madrid, El País Aguilar, 1999²

*Más allá del caos.
La vida después de Srebrenica*



La libertà

de Elvira Mujčić

La tierra hecha de sangre
fluía bajo mis pies.
Mi gente hecha de dolor
desfilaba antes mis ojos.
En el silencio de la desesperación
sentía las risas de los niños
¿o tal vez era mi infancia
que me perseguía riéndose?
La miseria de la ciudad destruida
era tan enorme como la de mi propia vida.
La inmensidad de las tumbas terminaba ahí,
en un punto del horizonte,
donde Dios acaricia el mundo.
Desesperadamente os buscaba
por los edificios quemados;
inútilmente daba vueltas
entre las ruinas de la ciudad,
para salvar vuestras vidas.
¡Ilusa!
Quería veros,
corriendo por las calles heridas.
Este es el precio
de ver libre nuestro cielo.
Pero ¿qué es la libertad
si las tinieblas de la muerte
son más oscuras que las noches invernales?
¿Si todos somos un poco huérfanos,
un poco viudas y un poco muertos?
¿Qué es la libertad
si los prados de nuestros cementerios
se extienden hasta la infinidad del cielo?



Venesa

Vamos vestidas igual: pantalón corto verde y camiseta amarilla. Nos visten siempre iguales y todo el mundo nos toma por hermanas gemelas. Las dos tenemos el pelo corto y rubio. Ella es un poco más morena que yo y tiene los ojos azul grisáceos. Yo tengo el pelo casi blanco y los ojos muy oscuros. Hace un momento estábamos tirándonos de los pelos y arañándonos la cara la una a la otra, la abuela nos ha sacudido de lo lindo y después hemos hecho las paces.

El castigo consiste en quedarnos en el jardín mientras el resto de los niños juegan en la calle.

Vamos al cobertizo que hay en medio del huerto del abuelo y cogemos dos varas altas y finas, de las que usa el abuelo para mantener derechas las plantas. Las varas hacen las veces de chicos imaginarios: las llevamos al jardín y las apoyamos en la verja de modo que puedan mirarnos mientras jugamos.

Venesa y yo vivimos en un mundo paralelo, completamente nuestro, en el que nadie puede entrar. Tenemos secretos que solo nosotras conocemos.

Cogemos la goma y, como somos solo dos, atamos un extremo a una silla mientras, por turnos, una de nosotras sujeta el otro. Es el juego que más me gusta del mundo. Cuando salto a un lado y a otro siento como si volara. A Venesa también le gusta jugar a la goma, pero prefiere las raquetas. A mí las raquetas no me divierten si estamos en el jardín; prefiero jugar con ellas en la calle porque es ancha y se puede correr de un lado al otro, también ahí me siento un poco como si volara.

Por Srebrenica no pasan muchos coches, no es como en las películas americanas que ponen a veces por televisión. Mamá asegura que aquí, donde vivimos nosotros, todo es más seguro y limpio gracias a Tito y a mí me da pena que se muriera cuando yo apenas tenía tres meses y no haberlo conocido; aunque tenemos fotos suyas en casa y es un poco como un abuelo.

A mi prima y a mí nos encanta volar y por eso obligamos al abuelo a hacernos dos columpios, uno junto al otro, así nos sentamos y volamos cogidas de la mano.

Me gusta que nos castiguen juntas porque de ese modo no hay nadie que pueda arrebatarnos de mi lado. Siempre me da miedo que encuentre otras amigas mejores que yo. Siempre me da miedo que me deje sola y no juegue conmigo.

Me gustaría ser como ella porque es mejor en el colegio, es más tranquila que yo y no coge berrinches. Yo soy terrible, lo sé. Grito, lloro, vuelvo locos a todos con mi voz chillona. Ella es silenciosa y serena. Yo también quería ser así, pero es más fuerte que yo el ser un terremoto. Venesa es realmente buena, mientras que yo preparo todo tipo de maldades. Los odio a todos por turnos: a mamá, a papá, al tío, a la abuela. A los únicos que no consigo odiar nunca es a Venesa y al abuelo.

Además, ella es más simpática y puede jugar con otros niños. Yo con los otros me aburro. Me gustaría estar siempre con ella.

Algunas veces cuando mamá me lleva a casa de la abuela y yo corro a casa del tío a buscar a Venesa y no está porque está por ahí con otras niñas me dan ganas de llorar; cuando vuelve no le dirijo la palabra, me hago la ofendida y no quiero jugar. Pero no la odio, la quiero demasiado.

Durante un determinado periodo ella me abandonó para jugar con los otros niños y yo estaba siempre en casa viendo películas en blanco y negro sobre partisanos que tiraban de los aviones para liberar a las ciudades de los nazis. Fue entonces cuando empecé a tener un sueño casi todas las noches. Era siempre el mismo. Yo me despertaba, bajaba por las escaleras en casa de la abuela, fuera hacía sol y escuchaba reírse a Venesa. Entonces abría la puerta y en el jardín Hitler y ella hacían una tarta de cemento. Yo me asustaba un poco porque en las películas sobre Tito siempre era Hitler el que quería matarnos a todos. Llamaba a Venesa para salvarla, pero ella se giraba, me miraba riéndose y me decía con maldad: «No puedes jugar con nosotros». Y yo lloraba; lloraba y me despertaba.

Cuando se lo contaba a Venesa se ofendía porque no se era un buen partisano si se jugaba con Hitler y, además, porque ese año, durante el primer año de primaria, ya habíamos hecho el juramento a la Patria.

Fue un día precioso. Todos vestidos con el uniforme verde, la gorra con la estrella roja y el pañuelo alrededor del cuello. Todos

los padres de los *primerines* estaban presentes en el gimnasio donde tenía lugar la ceremonia. Las maestras nos habían preparado durante mucho tiempo para ese día. Nos habían hecho aprender de memoria todo lo que teníamos que decir, y eso que había palabras difíciles. Yo me las sabía perfectamente, pero no conseguía decirlas al mismo tiempo que los demás. Me confundía siempre porque empezaba muy tarde o muy pronto y mi voz cantaba siempre fuera del coro. No quería quedar mal ese día porque era realmente importante para mamá. Así que durante todo el juramento he abierto y cerrado la boca continuamente sin proferir sonido alguno. Mientras, me sudaban las manos y tenía miedo de que las maestras me pillaran y me juzgaran como si fuera un espía del Estado. Pero eso no pasó y me convertí en una buena ciudadana de nuestra querida tierra yugoslava.

De todas formas, Venesa y yo jugamos hasta las cuatro, cuando nuestros padres vuelven del trabajo. Primero llega el abuelo. Lo esperamos al acecho y en cuanto entra en el jardín nos abalanzamos sobre él y rebuscamos en sus bolsillos para ver lo que nos ha traído de la tienda. Lo que más me gusta encontrar son las *bananice*, chokolatinas rellenas de crema con sabor a plátano.

Después llega el tío, el padre de Venesa. Nos saluda con una palmada en la cabeza. Me llama *amarilla*. Odio que me llame así porque esa palabra me suena mucho como rana²⁵.

Antes de que llegue mi madre voy a casa de la abuela y me tiro en el sofá con la cara tapada con los cojines. Mamá llega y la abuela comienza a quejarse de todas las que hemos liado durante el día. Yo escucho, mamá se enfada, yo me hago la dormida. Total, la conozco bien: sé que se le pasa en poco tiempo, se le olvida. Me despierta para llevarme a casa y yo continúo haciéndome la dormida así que, cuando llegamos a casa, ya se le ha olvidado que debería regañarme. De alguna manera siempre me libro. Quizá mamá no se olvida, simplemente entiende que la abuela exagera, que nos hace parecer más malas de lo que somos.

Todos los días es la misma historia, pero yo soy feliz porque con Venesa hago un montón de cosas; tenemos muchísimos juegos

25 Amarilla en bosnio se dice žuta y rana es žaba, fonéticamente pueden resultar palabras parecidas [N. del T.]

y a veces, cuando nos quedamos a dormir en casa de la abuela, nos dejan salir a jugar a la calle y entonces cogemos los botes vacíos de mermelada y nos pasamos la tarde cazando luciérnagas y encerrándolas dentro. Me gustaría vivir siempre con Venesa, también cuando seamos mayores. Me gustaría que siempre lo hiciéramos todo juntas. Seguro que será así.

De la guerra y otros demonios

Se extiende ante mí como la cola de una serpiente. El terror. El terror de descubrir la maldad de la verdad. Obsesión. Obsesión. Obsesión.

La lista es larga, se suceden infinitas páginas: casi 8 000 nombres. También están ellos. Me detengo. Me gustaría ver salir algo de esos nombres; no sé, alguna información secreta. Algo más. Tengo como la sensación de estar al final de un camino y no sé si después hay un abismo u otra vía.

Miro los nombres y el pensamiento fluye. Las manos tiemblan, sé que llegará; hace ya un año que no está conmigo, pero ahora siento que está a punto de llegar. Clavo las uñas en los muslos para concentrarme en un dolor físico, así se me pasa. Respiro lentamente, ordeno la mesa sin mucha atención. Me calmo, siento que puedo seguir.

Artículos, páginas de periódicos, páginas de libros, actas del tribunal. Lo que nos han dejado saber sobre las muertes de nuestra gente es lo que han sabido antes jueces y periodistas y después lo han hecho público. No hay nada íntimo en nuestras muertes, ningún recuerdo o imagen personal, ninguna historia individual. Los huesos se han mezclado unos con otros en las fosas comunes y en los traslados de una fosa común a otra. Los huesos están numerados, los ataúdes son ligeros, como si se enterraran espíritus.

Ha sido inútil leer todo eso y torturarme con ello. No sé mucho más de lo que ya sabía antes. Puedo reconstruir en parte el último (¿o uno de los últimos?) días de mi padre y de mi tío.

11 de julio de 1995. No sé si pudieron comer algo aquella mañana. Puede que ni siquiera hubieran dormido la noche antes: allí estaban los serbios, en las afueras de la ciudad. En pocas horas entrarían y sería el final. ¿Qué podían hacer? ¿Fiarse de los cascos azules? ¿Aventurarse en el bosque? ¿Quedarse allí y esperar a que el mundo no fuera siempre tan indiferente?

Las tres posibilidades se revelaron erróneas. Si ese día se salvó algún hombre fue solo cuestión de suerte y no porque le hubieran perdonado la vida.

Mi tío se fio solo de sus propias fuerzas y decidió adentrarse en el bosque. Quizá si no hubiera pasado tres años y medio en la guerra, entre hambre y epidemias, las fuerzas lo hubieran sostenido más. Pero había perdido sesenta kilos en pocos meses y la caminata por el bosque no podía terminar bien. Unos ochenta kilómetros hasta *territorio libre*. No sé cuánto habrá resistido; no sé cómo llegó el final ni cuánto miedo pasó mientras este llegaba. Un mes después de la caída de Srebrenica un señor nos contó que entre miles de cadáveres había visto también el de mi tío (Piénsalo, ¿es terrible?). El señor necesitaba zapatos y se los cogió precisamente a él. Nunca nos lo creímos. Durante años continuamos esperando que volviera. Creo que mi abuela aún lo espera.

Mi padre tomó otra decisión. Se confió a la ONU. Por otra parte, trabajaba como traductor para ellos. Así que se encaminó hacia su base con su mochila que estaba nada más salir de Srebrenica. Por lo que me han contado parece que confió hasta el final. *Teta Zaha* dice que aún lo ve, como si fuera ayer; lo cargan en un camión y él, tímidamente, alza la mano para despedirse. Asegura que sonrió. Debe de haber sido una de esas sonrisas tristes, ese curvar los labios para dar ánimos a quien lo mira.

Nosotros ya estábamos en Italia; veíamos esa muerte en directo, entre desesperación, lágrimas y desmayos. Después nos recuperábamos; al final, no podían matarlos: el mundo no lo permitiría. ¡Pero qué coño!, seguíamos estando en Europa. Sí, hasta aquel día lo estábamos. Después Europa se ha convertido en una entidad independiente, un mundo de sol, estómagos saciados, gente que ha crecido con el culo a buen recaudo.

Europa se convirtió en un simple espectro.

Y nosotros, para Europa, fuimos solo un vertedero donde descargar los medicamentos caducados y las conciencias sensibilizadas.

Después de la guerra, Bosnia ha sido una esperanza para muchos. Se ha convertido en una meta para los que no conseguían encontrar un lugar en su país. ¡En Bosnia es fácil! Un montón de fracasados se improvisaron constructores de la paz o cosas similares. Gente modesta de cualquier modo.

Lo horrible de este mundo es nuestra capacidad para aprovecharnos de todo con fines exclusivamente privados. Usamos las

guerras, el hambre, los problemas, ¡todo! Y yo odiaba este maravilloso mundo de colores; lo odiaba porque me daba envidia. Hubiera pagado para que este fuera mi mundo y no el otro.

Hubiera querido una vida normal, pero no fue posible. Sobre todo, después de aquel 11 de julio cuando ya no pudimos volver a ser las mismas personas. No sé si el sufrimiento hace a las personas mejores o peores, si las hace madurar o las rompe. No sé, sólo puedo decir que después ya no se puede volver a ser uno mismo.

Me he encontrado con el *hombre de la isla de los jardines*. Después de años sin prestarle atención – lo había visto muchas veces por aquí y por allá, entre muchos otros rostros, sin una conexión real entre mi mirada y la suya – hoy, mientras subía apresuradas las escaleras de la universidad, lo he visto. Sentado, tranquilo como siempre, casi inmóvil y ausente. Con una mano sujetaba los libros y con la otra buscaba algo en el bolsillo derecho. He aminorado el paso, no sabía si saludarlo o no. Saludar significaba enfrentarse a algo que había nacido y muerto de un modo completamente anómalo. Diría incluso bastante grosero por mi parte. Sin embargo, me vinieron a la mente ciertas palabras de mi Principito (¡Dios mío, ahora ya me ha domesticado!) y me detuve.

Me ha mirado sin dejar traslucir ni una emoción a través de sus ojos.

«Finalmente nos vemos» dijo aludiendo a algunos mensajes que nos habíamos intercambiado una semana antes.

«¡Todavía en la universidad!» exclamé yo fingiendo sorpresa.

«Sí, pero ya me he licenciado. ¿Y tú?»

«Yo también. Hace unos meses... Interesante lectura... *Ciudad pánico. El afuera comienza aquí...*»

«Ya sabes, mis típicas lecturas... como la ciudad a la que te gustaría ir a ti, ¿no?»

«¿Bolonia? Noooo. Ciudad pánico es esta. En Bolonia se respira, aquí te ahogas...»

Me senté y, no sé cómo, nos sumergimos en las arenas movedizas del existencialismo, nos adentramos en terrenos profundos pero conocidos y recorridos en otro tiempo, aunque solo a medias.

La primera vez que me encontré con el que se hace llamar *el*

hombre de la isla de los jardines fue ya hace algunos años, durante el examen de teatro. Recuerdo que intentó hablar conmigo varias veces, pero no le hice mucho caso. En mi cabeza discurría un encendido debate entre Brecht, el querido y cruel viejo Artaud y yo misma. El examen, como siempre por otra parte, se reveló tan poco creativo, tan superficial... o al menos así lo percibí yo, que siempre esperaba mucho del arte, quizás demasiado.

A veces creo que mi angustia de vivir reside en buena parte en mi exagerada psicosomatización de la lectura y de la música. Por lo demás, si a los 12 años pasas el tiempo escuchando a Pink Floyd y días enteros en un escondrijo y entre tus lecturas favoritas está *La náusea* de Sartre... Entonces, la vida no puede hacer otra cosa que mostrarte su lado más tenebroso.

Una vez terminado el examen de teatro me precipité al bar y, mientras fumaba, me lo encontré al lado.

Hablamos durante más de una hora de modo espontáneo, natural.

Tengo que decir que me cuesta un poco establecer relaciones duraderas con la gente. No lo sé, en un determinado momento salta dentro de mí una sensación de falta de adaptación que estimula mi capacidad de destrucción y me empuja a alejarme. Por el contrario, necesito sólo un momento para sintonizar profundamente con desconocidos. Es absurdo lo fácil que es, a veces, que dos personas establezcan contacto. A mí me pasa en todas partes; mientras espero el autobús me pongo a hablar con quien sea, qué sé yo, de los retrasos en el transporte público, y acabamos discutiendo sobre la reencarnación. A veces, caminando por la calle me pongo a hablar del tiempo con la persona que está a mi lado y terminamos conversando sobre los totalitarismos del siglo XX. Creo que mi facilidad para la comunicación se debe al hecho de que creo en un montón de cosas y siempre encuentro contacto con el mundo exterior. Creo, sí, en un montón de sandeces como el destino, la energía, las casualidades.

Durante muchos años fui promotora de la causa de los *guardianes del bosque*, los cuales existen con la única función de hacer presente la infinita serie de casualidades que, todas juntas, forman nuestra vida, son la base de nuestra vida. Y será una casualidad,

pero las charlas más constructivas y desinteresadas son las que he mantenido con desconocidos. Por otra parte, ¿no será que la vida se construye desde lo desconocido? ¿Y no será el objetivo de estar aquí eliminar la distancia entre nosotros mismos y el conocimiento, entre nosotros y la perfección? No sé la respuesta, pero me gusta pensar que la vida es algo así.

No tengo una verdadera religión. Es decir, nunca me he movido en comunidades o ambientes religiosos, nunca he creído tan firmemente en algo como para creermelo parte de ninguna fe. No obstante, a lo largo de los años he comenzado a creer en la reencarnación. Yo qué sé, será lo único que satisface mi necesidad de ser eterna.

He aprendido una única oración cuando tenía unos siete años. En aquella época, mi prima y yo solíamos quedarnos a dormir en casa de la abuela y la volvíamos loca. La abuela estaba convencida de que llevábamos dentro al diablo, nos llamaba *setjani*, una palabra turca que los musulmanes utilizan para referirse al diablo. Fue precisamente por esta alma nuestra *endiablada* por lo que por la tarde nos obligaba a rezar a Alá. Nosotras la repetíamos sin más, simplemente por hacerlo. Yo la seguí repitiendo para complacer a mi abuela. Venesa, en cambio, en un determinado momento empezó a creer. Y para mí aquella mirada suya sabia se convirtió en un misterio.

La primera vez que pensé en la religión en serio fue cuando murió el abuelo, mi dulce y adorado abuelo. Aquella mañana me desperté en casa de la abuela y la oí llorar. Me asusté cuando, escondida tras la puerta, escuché lo que hablaba con mamá. Decía que había visto un pájaro de mal agüero posado en el tejado del garaje que había enfrente de la casa. La abuela estaba preparándose para ir a ver al abuelo al hospital y lloraba porque estaba convencida de que aquel pajarraco no traería nada bueno. Crecí en medio de una tupida red de extrañas tradiciones y supersticiones absurdas. Mi infancia y mi personalidad de entonces estaban profundamente influidas por aquellas extrañas creencias, que a veces daban miedo, otras eran divertidas. Todavía hoy, cuando veo ciertos animales o hago ciertas cosas que supuestamente *dan mala suerte* me asusto y vuelvo a sentirme terriblemente niña.

Cuando la abuela se fue al hospital, yo me fui a la ventana de la *cameretta*, la habitación de los juegos. La ventana daba a una colina sobre la que se encontraba el cementerio musulmán. Parecía estar siempre cubierto de nieve porque estaba lleno de lápidas blancas. Recé la única oración que sabía porque la abuela repetía una y otra vez que Alá no se llevaría a su Avdulah. Pensé que una oración más ayudaría a que el abuelo se quedara. De hecho, estaba convencida de ello. La idea de que el abuelo se fuera me aterraba. Nunca más nadie me haría columpios de colores ni me escucharía cantar (¡Solo una persona que me amara completamente podía soportar tal suplicio!). Y nunca más nadie me dejaría probar la *grappa*, nunca más me sentaría a su lado para liarle los cigarrillos. ¿¡Quién cuidaría las fresas y los árboles de melocotones, de peras, de cerezas!? Además, creía (era una idea fija) que si el abuelo se moría, también yo estaría muerta, porque nunca más nadie me cogería por los pies y me sostendría cabeza abajo para hacerme expulsar las innumerables bolitas y huesos de pollo que me tragaba.

Pero el abuelo no se quedó con nosotros. Dos días después, mientras llovía y la niebla envolvía la colina y el gris del aire me ahogaba, observé durante mucho tiempo una fila de personas que subían hacia el cementerio para depositar sus restos. Me parecía estar viendo su cuerpo delgado y musculoso envuelto en la sábana blanca, pensaba en sus cabellos negros como el carbón y oía en mi cabeza esa voz que durante años me había contado historias absurdas y maravillosas. Me quedé en la ventana esperando a que se fueran las personas. El funeral no duró mucho y en poco tiempo la colina quedó desierta y el cuerpo del abuelo allí solo. Pero no por mucho tiempo. Estaba segura de que Alá llegaría en cuanto la gente se distrajesa.

Había pensado durante mucho tiempo en esto y había llegado a la conclusión de que Alá espera pacientemente a que todo el mundo se despida del muerto y cuando la vida reclama a los vivos, Él baja a la colina y se lleva al muerto. No podía ser de otro modo porque si, como dice la abuela, es verdad que Alá es bueno, grande, misericordioso, justo, entonces no podía permitir que los pobres muertos se quedaran solos en la cima de la colina en un día lluvioso de finales de otoño. Esperé, esperé, esperé... Justo al atardecer las nubes

se abrieron un poco, los últimos rayos de sol iluminaron la colina y el blanco de las lápidas me cegó durante un instante. ¡Y Alá me la jugó! Cogió a mi abuelo y se lo llevó arriba antes de que yo pudiera volver a abrir los ojos y verlo. Las nubes se cerraron y me tumbé en la cama: ya no tenía que seguir velando; el abuelo estaba seguro y ya no tendría frío. Escuché a escondidas las oraciones de las mujeres en la habitación contigua y, sin decirles que todo estaba arreglado, me quedé dormida.

Fue mi primer y último encuentro con Alá. Me refiero al Alá del que me había hablado mi abuela. Alguna vez se dio el caso de que lo entrevistara durante los meses del Ramadán, siempre hacia la puesta de sol, cuando en el minarete se encienden las luces y los musulmanes corren a comer y a rezar y alrededor de la mezquita Él aleteaba.

No lo volví a ver nunca más, no se le encontró en las ciudades destruidas por la guerra, ni estaba en las lágrimas de las madres, no estaba en la locura del odio. Imagino que bajaba puntualmente a llevarse a los muertos, a salvar sus almas del infierno que el hombre había creado para el hombre.

Años después, muchos años después, comprendí que aquello que la abuela llamaba Alá para otros se llamaba de otra manera, pero era lo mismo. Y entendí también que Él no era responsable, se llame como se llame; Él no tenía nada que ver con la miseria que nos habíamos buscado nosotros solos.

En cambio, el abuelo vino a verme más a menudo. Lo vi sonreír por mis éxitos, sentí su mano sobre mi cabeza en los peores días. Y lo encuentro siempre cuando pongo *Ode to my family* y la voz dice «Do you see me? Do you like me? Do you notice? Does anybody care?»²⁶ Y entonces me dan ganas de llorar, lágrimas que llenan su ausencia.

En la época en la que conocí al *hombre de la isla de los jardines* estaba viviendo mi enésima metamorfosis. Estaba mimetizándome de nuevo para coger el color más parecido a la normalidad. Algo de ese mundo ideal mío se había esfumado para siempre. Una serie de

26 Versos de la canción de The Cranberries: «¿Me ves? ¿Te gusto? ¿Me notas? ¿Le importo a alguien?»

heridas, infligidas sobre mí por las manos más delicadas que había conocido hasta entonces, habían marcado el punto de no retorno. Lo sabía perfectamente, porque los puntos de no retorno siempre son claramente visibles en mi mente.

La primera vez que lo experimenté fue a los 12 años. Fue un día de abril, un abril típico de Bosnia de nieve y hielo. De pie en el autobús despedí con la mano esos rostros de mi familia que no volvería a ver jamás. Mi tío y mi padre clavaron la mirada en el asfalto para evitar mirarnos, para ocultar su miedo. Con la mirada empañada por las lágrimas los observé mientras se hacían cada vez más pequeños, hasta convertirse en un punto de un universo que ya no volvería a ser el mío. Desde entonces tengo impresa en la memoria la última foto de sus rostros, de nuestra calle, de nuestra casa, de nuestras cosas.

Unos días antes habían matado a cuatro jóvenes que habían ido a Serbia a comprar gasolina porque en Bosnia ya no quedaba.

Yo iba en bici, callejeaba en los alrededores del hospital que había delante de mi casa cuando llegó la ambulancia.

No me asusté inmediatamente. Abrí los ojos todo lo que pude para ver mejor. Mamá me cogió y me encerró en casa. Ella, sin embargo, salió a mirar. Yo fisgoneé un poco. Estaba todo el mundo en la calle; todo el mundo susurraba algo. Entendí que era algo grave porque cuando me puse los zapatos para ir al concierto por la paz, mamá dijo que no se podía.

Esa tarde mamá y papá discutieron. Ella decía que no quería ir a ninguna parte sin él. Papá decía que serían solo unas semanas y luego regresaríamos.

Por la noche mamá lloró, él habló en voz baja. Y yo empecé a tener algo de miedo. Me acerqué a la ventana, abracé mi muñeca favorita y miré la calle.

Esa noche nadie hizo guardia para velar por nuestros sueños. No hubo la hoguera de siempre ni hombres calentándose. No pasaba nadie. Todo estaba en silencio. Por un momento pensé que todo era una broma, pero no podía ser así, porque tenía miedo. Era raro temer lo que conoces, temer a aquellos con los que has crecido.

Esa noche Srebrenica durmió. Creó que fue la última noche de sueño inconsciente. La mañana siguiente mamá hizo el equipaje, pocas cosas. Yo quería llevar todas las muñecas, pero me dijeron que no. Sólo escondí un libro en la maleta.

Cogí solo un par de vaqueros y algún jersey, total, para una semana era suficiente, decía mamá. Sin embargo, no volvimos al cabo de una semana y llegó el verano, y yo corté los vaqueros; pero mamá guardó los trozos que había cortado. «Por si tenemos que coserlos cuando llegue el próximo invierno», decía. Y todos replicábamos: «¡Estás loca! Como tengamos que vivir otro invierno con la guerra, nos morimos». Pero mamá tenía razón: llegó otro invierno, y otros muchos, y nosotros no volvimos a Srebrenica; y cuando pudimos regresar... en fin, nuestra ropa ya no estaba. Y, de todos modos, habían pasado tantos años que no hubiéramos entrado, en aquella ropa.

Aquella mañana mamá tenía los ojos hinchados. Papá corría como un loco. El teléfono no dejaba de sonar. Papá volvió al rato corriendo, llevaba en la mano billetes para todos.

Y eso, aquel 16 de abril hacía mucho frío y yo me pegué a Venesa todo lo que pude. Haríamos juntas el viaje hasta Tuzla, después ella iría a Croacia y yo a un pequeño pueblo en el centro de Bosnia, a casa de la tía. Seguí pegada a ella, mientras los últimos retazos de Srebrenica corrían ante mis ojos oscuros y ante sus ojos glaciales. Pero el autobús iba demasiado rápido, los serbios estaban demasiado cerca. Perdí la memoria por el miedo que tenía. Perdí la fotografía definitiva de mi vida por el miedo de aquellos ojos rodeados de espesas barbas que me escrutaban y nos empujaban con los fusiles para bajarnos del autobús y comprobar si llevábamos armas. ¡Dios mío! ¿qué armas? Éramos solo niños y mujeres. Aquellos ojos inyectados en sangre me robaron el sueño durante un cierto periodo. Se me aparecían de noche, como una amonestación, como el coco para meter miedo a los niños. Aquellos ojos acabaron con mi infancia precozmente y de un modo demasiado fácil.

Ese fue mi primer final, la primera muerte de mi vida, el primer punto de no retorno. Durante mucho tiempo no quise pensar en ello. Hubiera usado cualquier anestesia para el cerebro con tal

de no pensar en ello. Hay situaciones y recuerdos que uno desea evitar porque le resultan demasiado grandes para afrontarlos, terriblemente absurdos para comprenderlos y tristemente definitivos para cambiarlos. Pero hay cosas que tienen el poder de recordarme aquella primera muerte. La música es muy cabrona. Recrea; y esa canción de Pink Floyd que dice: «Does anybody here remember Vera Lynn? Veraaa, Veraaa what has become of you? Does anybody else in here feel the way I do? ...»²⁷ No sé, pero la voz que grita Vera de alguna manera expresa mi grito interior, mi sufrimiento en silencio. De alguna manera me recuerda que recuerde. Cuando oigo llamar a Vera, me parece estar oyendo una voz que clama mi nombre y me pregunto qué ha sido de mí.

Hubo otros puntos de no retorno, muchos. Hubo, por lo tanto, muchos renacimientos. *El hombre de la isla de los jardines* vino a encontrar el principio de mis nuevos caminos. La membrana sutil y viscosa que envolvía mi cuerpo desde hacía años se abrió permitiéndome respirar.

Nuestra no-relación comenzó algunas semanas después de nuestro primer encuentro. Una tarde de finales de octubre, quizá fuese ya noviembre. El otoño aquel año se reveló especialmente generoso; me regaló largos momentos de nostalgia, perfumes y hojas de color cobrizo en las que arrastrar los pies durante horas. El aire sabía a las mermeladas de la abuela y a la *grappa* del abuelo. El mundo olía a leña recién cortada, cerca de la estufa.

El otoño es para mí una estación extremadamente fea... Una estación maravillosa. Hierde y alivia. El otoño es Bosnia en estado puro.

Estaba sentada estudiando cuando me llegó un mensaje suyo. Fue realmente un golpe bajo. Un fragmento de *La cura* de Battato. Me dieron ganas de buscarlo. Salí a toda prisa, dejando los libros abiertos, y me entregué directamente al perfumado y luminoso abrazo del otoño, que hizo que explotara en mí una mezcla de júbilo y dolor: la adrenalina. Vagué alrededor de la universidad, pero me fue imposible encontrar al hombre misterioso.

27 Versos de la canción de Pink Floyd *Vera*: «¿Alguien aquí recuerda a Vera Lynn? Veraaa, Veraaa ¿en qué te has convertido? ¿Alguien más aquí siente lo mismo que yo?»

Desde el día siguiente nuestras vidas se entrelazaron; cada tarde, hacia la hora del crepúsculo, nos encontrábamos y dábamos largos paseos por la ciudad. Pero no era amor. Eso lo sabía desde el principio, como sabía que nunca podría serlo. Era hambre, la mía. Hambre mental. La necesidad insaciable de un vasto intelecto en el que vagar. Sí, no era amor en el sentido común de la palabra. Era, como si dijéramos, la fase del pre-amor. Era el principio de la terapia, pero no podía ser la curación. Ni siquiera fue sexo. Podría haber sido eso, pero yo no estaba en condiciones. Todo contacto físico me parecía intolerable. No conseguía soportar la corporeidad de las personas. Pensaba a menudo que estaría bien que fuéramos solo almas y pudiéramos entrar uno en la otra, sin dolor físico.

Cuando, pasados unos años, lo he vuelto a ver, lo miraba y me preguntaba si el sería capaz de percibir lo que había cambiado. Me preguntaba si mi cambio era visible a sus ojos. En realidad, lo que me preguntaba era si realmente había cambiado por dentro. «¿Me encuentras diferente?» le pregunté. «O sea, ¿piensas lo mismo que pensabas de mí hace cinco años?».

«Pues hace cinco años para mí tú eras dos cosas: una totalmente penetrable, una nube blandita en la que sumergirse; y un muro, una superficie dura, lo prohibido, lo desconocido y lo impenetrable. Has sido siempre un signo de interrogación y aún hoy lo eres... Por lo demás, yo no quería entenderte, hubiera querido sólo vivirte».

No era eso lo que quería decir con mi pregunta, pero entendí porque había sido tan cruel conmigo a veces, aun viendo esos hilos invisibles más allá de los cuales no le estaba permitido pasar. Su crueldad se ensañaba con mi desconfianza hacia las personas, mi miedo a los otros, mi falsa seguridad.

Pasaba días enteros poniéndome a prueba, enervándome con sus juegos y sus terapias teatrales. No perdía ocasión para apocar mis miedos o para reírse de mis paranoias. Pero a pesar de todo esto, tenía un respeto prácticamente sagrado hacía mis debilidades.

El hombre de la isla de los jardines tenía la piel gruesa. Por aquella piel no se filtraba nada de él. Era agradable. Es un buen invento esta vaina que envuelve suavemente todo lo que somos por debajo.

Estoy obsesionada con lo que hay debajo; era tan terrible esa obsesión que se convirtió en una patología en el mismo momento en el que perdí la piel, en el momento en el que me encontré siendo solo lo que hay debajo.

Nuestros días juntos pasaban tranquilamente, en una dimensión paralela al mundo real. Comencé con él un extraño modo de vivir las relaciones; una fuerte necesidad de seguir siendo siempre independiente y libre (quizá para no perderme dentro de nadie, para no volver a perderme yo misma) y de alguna manera una especie de indiferencia, de desinterés por lo que era la vida de la persona con la que salía. Arrastraba mis relaciones a esa dimensión paralela fuera de la cual no existían. A veces me parecía que sólo quería unas marionetas para jugar, quería ser yo quien decidiera qué lugar deberían ocupar en mi vida, sin minar mi existencia. Tal vez solo tratara de permanecer aferrada a ese reducto de vida que había conquistado yo sola, para mí.

El hombre de la isla de los jardines y yo no habíamos hecho nada juntos; no habíamos ido a un concierto, o visto una película, ni nos habíamos emborrachado. Habíamos caminado y hablado durante dos meses, hasta que yo decidí huir. Es horrible decirlo, pero he pasado mucho de las personas con las que he estado. Los hombres han sabido siempre darme bien poco, yo a ellos aún menos. Para mí era un juego, una maldita búsqueda para evitar la soledad en los días de lluvia. El ambiente en esos días grises me transportaba a Bosnia y afloraban cosas sin nombre ni explicación. Me hacían daño y yo quería un poco de cariño, quería simplemente fingir un sentimiento y mecarme en eso, distraer la mente.

Me fui por un trabajo temporal. Se lo comuniqué el día antes de mi marcha, sin dejarle tiempo para replicar; le di un beso en la mejilla y me fui. Me sentía profundamente ligera mientras hacía el equipaje.

¡Cobarde! ¡Una grandísima cobarde! Solo sabía planear huidas. Jamás tomaba decisiones más valientes. Pero la huida no funcionó como debía. Él no se rindió. Discreto, pero constantemente estuvo presente durante los dos meses de mi ausencia. Al principio me enfurecí, pero según pasaban los días su voz se convirtió casi en un punto de referencia, una luz conocida en medio de tanta novedad.

El refugio en un día de lluvia. Por la noche, sobre la una, cuando terminaba de trabajar subía a la habitación en la que dormía, me encerraba en el baño y desde la ventana veía la nieve caer y escuchaba su voz. Era cálida, acuciante pero ausente, jamás dulce, relajante. No volvimos a hablar de nosotros sino de la vida en general, de poesía, de nuestras sensaciones sobre el mundo, siempre de cosas ajenas a nosotros.

Tras las llamadas me fumaba el último cigarro en la ventana y volvía a la habitación que compartía con una señora sudamericana. Siempre estaba borracha, escondía botellas de vino bajo la cama. Yo le decía que olía a alcohol y ella, incrédula, me respondía que no era posible porque no había nadie más que nosotras en esa habitación. La miraba mientras iba tambaleándose hacia el baño, obviamente borracha; me decía que solo estaba un poco cansada. Me daba ternura ver el gran esfuerzo, aunque inútil, que hacía para esconder su debilidad, su vergüenza, y la tristeza.

A veces me pasaba que sentía dentro de mí el dolor por las vidas que se desmoronaban y se venían abajo convertidas en polvo. La gente a veces me entenece. Cuando menos me lo espero hacen cosas extrañas. Algunas personas caminan de un modo particular o se colocan la ropa de un modo que me abre el alma. No sé qué puede haber en esos gestos para hacer que me duela un poco el corazón. Simplemente sucede que veo algo que va más allá del propio gesto y me desvela algo extraordinario sobre la persona que lo hace. Normalmente se trata de algo *bueno*, que necesita que lo protejan. Entonces me dan ganas de abrazar a esa persona, aunque no la haya visto en toda mi vida.

Por eso, al ver ese tambaleo de la señora sudamericana me daban ganas de abrazarla y decirle que era realmente extraordinaria, realmente estupenda cuando, caminando así, miente afirmando cosas que su boca no diría jamás.

Algunos días soleados, cuando salía a caminar, echaba de menos *al hombre de la isla de los jardines*. Dejaba atrás las huellas de mis pies sobre la nieve, me giraba para mirar el recorrido que había dejado y deseaba ver sus huellas junto a las mías. Nunca le dije nada de esto, porque su ausencia nunca fue tan fuerte como para reclamar su presencia.

Después de más de un mes trabajando tuve que volver a la ciudad para hacer el examen de literatura inglesa. Eran los primeros días de febrero, pero en la ciudad ya se presentía la llegada de la primavera. Quedé con *el hombre de la isla de los jardines*, fuimos a su casa a escuchar música. El sonido angustioso de la voz femenina de Ederlezi invadió la habitación. Me senté en una silla frente a él. Me perdí observando las formas que el viento dibujaba sobre el suelo jugando con las cortinas. Tuve una taquicardia. Veía cuerpos privados de vida, uno junto al otro, una infinidad de cuerpos esparcidos por un prado verde y extenso. La sombra negra se me posó en los hombros, casi hasta aplastarme. Después cambió toda la escena y ante mis ojos apareció un lago sobre el que flotaba relajado un cuerpo de mujer, desnudo. Con la espalda apoyada sobre una colchoneta hinchable mientras un hombre le hacía un tatuaje sobre el pecho derecho... Reconocí esa escena, era *Tiempo de gitanos* de Kusturica. La había visto cuando aún era muy pequeña. Y en mi imaginario la muerta era siempre algo ligado al sexo, o a lo mejor lo era este a la muerte, no sé... Algo que tiene que ver con ciertas teorías teatrales...

«¿Me acariciarías la cabeza?» me preguntó.

Lo hice, pero no sentí nada. Lo hice porque creí que tenía que hacerlo. Me odié. No sé cuánto tiempo estuvimos allí, no sé si fue un instante o una eternidad. Pero me volvió el desasosiego y le pedí que me llevara a casa. En cuanto bajé del coche algo cambió dentro de mí. Algo se había desgarrado y había despertado mi naturaleza más íntima, la salvaje. O quizá fuera mi entusiasmo que siempre se apaga demasiado pronto.

El día después regresé al trabajo y volvieron a empezar nuestras llamadas. Y olvidé el peso que había sentido con él. En cierto sentido también me olvidé de él. Mi desasosiego crecía día a día.

La inquietud no me abandona nunca. Me muerdo las uñas, fumo mil cigarrillos. Me muevo siempre buscando un extintor para mi ansiedad, pero en el fondo, en mis entrañas, siempre está y quema.

No veía el momento de partir para Barcelona con Alice. Tenía la terrible sensación de ser otra cosa distinta a la que mostraba. Me parecía que estaba en cualquier otro sitio y lo que se veía de mí era solo mi sombra, sin materia ni profundidad.

El hombre de la isla de los jardines no comprendía mis dinámicas internas, solo quería que yo fuera algo para él y que él fuera algo para mí. Estaba siendo como todos los demás, todos los que antes o después habían exigido algo sin tener ningún derecho. Él no podía saber que no había este tipo de espacio para él. Había dos grandes amores en mi vida: Iris y Alice, mis mejores compañeras de vida, de estupideces, de zascandileos, de penas. Ellas no lo sabían y, sin embargo, eran las únicas personas que hubieran podido hacerme daño si hubieran querido. Pero nunca me lo hicieron. Eran mi sentimiento más puro e incondicional. Lo más instintivo y natural. Tan distintas entre ellas, combinadas componían el carácter del hombre ideal para mí.

Alice era realmente guapa, aunque fue complicado convencerla de ello, siempre tan terriblemente insegura. Se movía por la ciudad como un fantasma asustado. Guardaba dentro ese secreto suyo que día a día la consumía. Cargaba dentro ese dolor suyo que alejaba a cualquiera.

Apagada.

Parecía como apagada cuando la conocí. Bastó un momento para que pusiera su corazón en mis manos, un momento para unirme a ella indefectiblemente. Se hizo prácticamente dependiente de mí y, aparte 5 o 6 veces en las que me volví loca y le dije que me dejara en paz, por lo demás su dependencia no me molestaba. Me había acostumbrado a darme un baño con ella sentada en el borde de la bañera fumando e informándome de sus últimas paranoias. No me sorprendía cuando a las cinco de la mañana me sacaba de la cama y me arrastraba completamente dormida a la terraza a fumar un cigarrillo. Y comenzaban horas y horas de risas infinitas sin motivo aparente. A veces ella se venía un poco abajo y entonces le ponía The Cranberries cantando: «It was a terrible thing, a terrible thing to see her dying inside... A lady lost [/loved] her go[ld], a lady lost her soul...»²⁸

28 Versos de la canción de The Cranberries *Dying inside*, en el original la autora transcribe los versos con algunas modificaciones respecto de la canción, traducimos aquí la versión oficial de la letra de la canción: «Fue algo terrible, algo terrible verla morir por dentro... Una señora amaba su oro, una señora perdió su alma...»

A veces era yo la que se venía abajo y ella me hacía regalos tan estúpidos e inútiles que no podía hacer otra cosa que reírme. O sacaba nuestras fotos y se ponía a rememorar nuestros momentos de alegría y... la tristeza poco a poco se desvanecía.

Alice era la única persona que adoraba, aunque fuera un poco superficial, un poco pijilla, votara a la derecha (ay madre) y se aburría cuando íbamos a escuchar a Beppe Grillo. Pero ella estaba tan maravillosamente lejos de mi ideal político, de mi pasión por la literatura, por el arte y la música; era tan ajena a todo esto que podía verme claramente y entender todas mis decisiones, mis enfados, mis dificultades. Era mi contrario, mi destrucción necesaria.

Iris era completamente diferente. Un espejo. Como yo, se movía segura y decidida para esconder esa enorme fragilidad que la abrumaba. Sarcástica e irónica casi tanto como yo. Sus ojos oscuros y pequeños, tan pequeños que era difícil adentrarse en ellos, eran el paisaje más hermoso que haya descubierto jamás. Desconfiada de todo, no quería ni usar el cajero automático porque le parecía que la vigilaban. Pocas veces se ha mostrado tal como es y tengo la sensación de que esa parte solo la he visto yo.

Un día, para ella una horrible tarde de domingo, *los guardianes del bosque* me pusieron en su camino. Habló y me descolocó. Lloraba y sus lágrimas me partían el alma en dos. Fuera llovía y el mundo parecía definitivamente triste y muerto, no se percibía ni un hálito de vida en el aire. Fumamos un montón mientras caminábamos, unidas por un sentimiento cósmico.

Iris y yo sentíamos las cosas más o menos de la misma manera. Lo único que nos diferenciaba era la intensidad de los sentimientos. Ella sentía todo, de repente, impetuosamente. Se encendía y quemaba rápido. Después, agotada, yacía sobre la nada. Yo sentía poco a poco. Me movía cauta y nunca llegaba a sentir las cosas completamente, después justo antes de llegar al culmen, me apagaba. Sin dolor, sin tristeza, seguía vagando en busca de otro...

Hubo momentos terribles para ella. En uno de esos, una noche de luna llena, la llevé a la terraza y le puse a Bregovic, *Get the money*. Descalzas bailamos durante horas: la música nos salvó de nuestras vidas. En los malos momentos ella encendía muchas velitas perfumadas, ponía los CD que después entraron a formar parte

del recopilatorio de nuestra amistad, sacaba la botella de sambuca y tumbadas en el suelo hablábamos, reíamos, hablábamos...

Para alimentar mi autoestima, me recitaba mis poesías, solo ella se las sabía de memoria. Iris será siempre mi mayor afinidad espiritual e intelectual. Será siempre la mejor compañera de borracheras nocturnas y conciertos devastadores. La mejor compañera de viaje. La certeza absoluta es su unicidad indiscutible e incorruptible.

Había algo especial que nos unía a las tres, algo que iba más allá del hecho de que estuviéramos bien juntas. Además, estaba bien con muchas otras personas, pero con ellas había algo más profundo que el afecto, que la amistad. Era algo que tenía que ver con nuestra naturaleza más íntima, algo entre los cimientos de nuestra personalidad. La primera vez que hablamos de ello fue una noche después de un concierto en un centro social. Era una noche igual a tantas otras noches nuestras: no sabíamos dónde ir o, mejor dicho, lo sabíamos, pero no teníamos coche para ir; al final andando, en bus o quien sabe cómo, pero llegábamos. Si no había un concierto normalmente nos encontrábamos un poco incómodas, un poco fuera de lugar. Si por el contrario había música en directo sólo existíamos nosotras tres que saltábamos, nos hacíamos daño, reíamos. Aquella noche habíamos ido a un concierto fabuloso y una vez que terminó salimos con la esperanza de que alguien nos llevara en su coche. Entre todas las personas que había y todos los que conocíamos (y teniendo en cuenta que éramos tres chicas bastante monas) obviamente nadie nos quiso llevar de vuelta. Iris empezaba ya a quejarse por tener que recorrer todo ese camino andando; y encima teníamos hambre y sed y sueño y frío... Comenzamos a caminar, abrazadas y un poco mal. Nos tomábamos el pelo unas a otras y nos reíamos de vez en cuando nos saludaba algún claxon y lloviznaba un poco... Al final llegamos al centro, nos sentamos en medio de una plaza y fumamos algunos cigarrillos, mientras fantaseábamos sobre la posibilidad de comernos una *piadina* o una *bruschetta*.

A una cierta hora de esas noches nuestras empezábamos a sentirnos solas. Una soledad maravillosa, la soledad más hermosa que haya sentido nunca. Era una soledad común, nuestro aislamiento del resto del mundo, nuestro modo de ser diferentes, nuestro ser incluso en un mundo que no tenía nada ver con nosotras. Nunca

teníamos dónde ir, nunca teníamos una persona a la que regresar. Algunas veces conocíamos a alguno que nos regalaba un poco de amor y nos alimentábamos de él un día o dos; después volvíamos a nuestro mundo. Eso era lo que más nos unía: nuestro sentimiento de no pertenencia. Cada una por sus propios motivos, no habíamos echado raíces en ningún sitio. Teníamos obligaciones hacia algunos, a veces también hacia nosotras mismas, pero no teníamos nada que nos mantuviera unidas afectivamente a un lugar o a una persona. Yo las tenía a ellas y eso me bastaba.

Hablamos de todo esto hasta el amanecer, después llegó la mañana y la gente empezó a salir y llegó la hora de ir a clase de literatura inglesa...

Pero esa noche tuvo lugar muchos meses después de mi no-relación con *el hombre de la isla de los jardines*. Fue meses después de que hubiera probado el amor, es más, lo había mordido, había abusado de ello como nunca antes lo había hecho.

La noche del 28 de febrero Alice y yo nos encontrábamos en un autobús que atravesaría Italia, luego Francia para al final llegar a España. Viajábamos con unas cuarenta personas de nuestra edad, la mayoría chicos, y por lo tanto para Alice (que estaba siempre en busca de su hombre) una razón estupenda para hacer un viaje.

Sentada en el autobús veía cómo subían los últimos. Entre todas aquellas caras somnolientas y anónimas vi un rostro particular. Parecía un pintor, con ese gorro en la cabeza. El pelo desgreñado, largo y de un negro brillante. Los ojos pequeños, pequeñísimos y veloces, incansables; el cuerpo muy delgado, casi esquelético... Luego me dormí sobre el hombro de Alice.

Cuando me desperté el autobús estaba aparcando en una plaza. Bajamos. Pregunté dónde estábamos y una voz me respondió: «Francia». Me giré y vi al *pintor*. Intercambiamos cuatro palabras, cosas banales, y después del café en el autoservicio reemprendimos viaje. Alice volvió a dormirse, yo no conseguía separar la mirada del paisaje francés. Mi sed de viaje se dio un atracón con el azul del mar y los lejanos senderos.

Me ha encantado siempre ir en autobús o tren porque tienen el poder de crear la magia más bella que puede existir: anular mi ser

aquí, ahora. Mi ser lo que soy. Cuando viajo en uno de estos medios siento que no soy de ninguna parte y potencialmente de cualquiera. No soy nadie y no tengo ninguna función para los demás. No hay seres que esperan nada de mí. Y yo podría ser cualquier cosa que decidiera que quería ser. Por esta razón me gusta viajar sola.

Miré durante horas por la ventana del autobús. Pasamos las aduanas y por raro que sea no tuve ningún problema, ningún policía vino a buscarme. No es que yo haya hecho algo por lo que me tengan que buscar, pero estaba convencida de que el simple hecho de que yo existiese era ya un problema en las aduanas.

A los 12 años, en la frontera para pasar de Bosnia a Croacia, los soldados nos retuvieron dos horas en la aduana y cuando decidieron dejarnos pasar, comenzaron a disparar. Era verdad que entrábamos como clandestinos, pero no lo era menos que les habíamos pagado un dineral para que nos dejaran entrar. Al año siguiente, en Split, en la aduana para embarcar en dirección a Italia, los policías croatas nos arrebataron nuestra documentación y nos dijeron que nunca más podríamos volver a poner un pie en suelo croata. Yo estaba muerta de miedo aquel día mientras discutían si dejarnos embarcar o no. Estaba muerta de miedo, no porque no viera la hora de ir a Italia. En realidad, yo ni siquiera quería ir, a Italia. Quería quedarme allí, entre gente que hablaba la misma lengua que yo, quería quedarme cerca de *barba* Branko y *teta*²⁹ Dalma.

Estaba muerta de miedo porque aquel día había hecho algo realmente grande. Hacía mediodía me había escondido sobre las escaleras de emergencia del campo de refugiados donde vivíamos y había planeado una venganza. No había luz sobre las escaleras, solo entraba algún rayo de sol de vez en cuando por las rendijas de las ventanas oscurecidas por el polvo, la contaminación y la porquería. Me senté a mitad de la escalera, esperando a que llegara. Tenía tiempo hasta las tres de la tarde y para entonces él ya sería pasado. Mamá y mis hermanos estaba en casa de *barba* Branko y *teta* Dalma, a buen seguro.

29 *Barba* es una expresión coloquial dalmata usada para referirse afectuosamente a un tío o a un hombre de edad avanzada y *teta* para referirse a una tía.

En realidad, si aquel asqueroso de Josep no se hubiera ensañado con mis hermanos pequeños a lo mejor no lo odiaría tanto. Si hubiera seguido pegándose solo a mí, pues quizá me hubiera olvidado. Pero como había maltratado también a mis hermanos, ¡no podía olvidarlo! Odiaba los días en los que, impotente, intentaba liberarlos de las garras de Josep y sus amigos. Pero ahora había llegado el momento del ajuste de cuentas. Josep era un gilipollas hecho y derecho. Rubio, ojos azules, delgado y con expresión arrogante. ¡Completamente odioso! Con todas esas cruces que llevaba al cuello me daban ganas de vomitar.

Tras media hora de espera, oí su voz al final de las escaleras. Estaba subiendo solo, acababa de despedirse de alguien. Por un momento tuve miedo. Pensé en las tonterías de siempre tipo que él es un chico y por lo tanto más fuerte, me matará, etc. Después se me vino a la mente mi madre que es más fuerte que tres hombres juntos y más valiente que un ejército y se me pasó el miedo. Josep estaba cerca, casi podía sentir su respiración; me abalancé sobre él. Arañazos, patadas, puñetazos, escupitajos, mordiscos. En aquellos breves instantes hubo de todo. Le grité todas las palabrotas que sabía, le dije que era un asqueroso católico, pero no porque conociera bien el sentido de esa ofensa, simplemente porque él siempre me llamaba asquerosa musulmana. Quién sabe si sabía qué significaba eso.

Al haberlo cogido por sorpresa, no reaccionó enseguida. Le arranqué un trozo de la manga y comencé a correr escaleras abajo. Él me seguía. Tuve miedo otra vez. Me cogería y me daría una manta de palos. ¡Recordaba bien aquellas somantas! Salí a la calle y allí, como por gracia divina, estaba *barba* Branko buscándome. ¡Estaba salvada! Corrí hacia él y me agarré a su mano. Río. Río por diversión y satisfacción. Josep me vio, me lanzó una mirada llena de odio y rabia.

«Me da igual, tarde o temprano te cogeré» gritó.

«Más vale que no enredes cacho mierda» gritó *barba* Branko. «¿Has acabado con él?» me preguntó riéndose a carcajada limpia.

«Sí, lo he molido a palos» dije con orgullo.

«Has hecho bien. Si todavía estuviera Tito no permitiría que ciertos delincuentes existieran. De todos modos, no importa, tú mañana estarás en Italia, lejos de toda esta miseria. Y yo no sé qué

haré. ¿Cómo me las apañaré sin Sanela? ¿Quién irá a comprarme el tabaco a escondidas?»

«Si quieres te compro tanto como para que te dure hasta que volvamos»

A lo largo de mi vida había aprendido dos cosas: que si siguiera estando Tito seríamos todos felices y que no quería vivir fuera de Yugoslavia. Y me puse triste porque no quería escapar de toda esa miseria, no quería ir a un país bueno y tranquilo, con gente sonriente y feliz. Y no quería dejar a *barba* Branko sin tabaco. Y si hubiera sabido que *barba* Branko moriría poco tiempo después, no me habría ido sin abrazarlo fuerte. Si hubiera sabido que esa era mi última oportunidad para abrazarlo y darle las gracias, habría vencido a mi incapacidad física para mostrar afecto. Pero las cosas son como son: ese día nosotros partimos y Josep nunca se vengó. Sin embargo, las aduanas siguieron siendo un problema en los países “civilizados”. En Inglaterra, en la República Checa, en Alemania, en Polonia, en Austria, donde quiera que fuera siempre había algo que objetar sobre el pasaporte, el visado o el permiso de residencia. Por eso me comprenderás cuando te digo que entrar en Francia y después en España sin ningún problema fue realmente una enorme sorpresa.

Hacia la tarde el autobús llegó a aquella maravillosa ciudad: Barcelona. Es justo la tarde el momento que prefiero para llegar a una ciudad porque las luces ya están encendidas, reina la oscuridad y la ciudad se muestra misteriosa, no te permite ver todo lo que tus ojos curiosos quisieran. Entonces mis ojos se adentraron en calles nunca vistas y rostros desconocidos. Y me nutro de la luz que no me pertenece y observo la ciudad que vive una vida propia de la que yo no formo parte y no sé nada.

Llegamos a nuestro hotel. Era un lugar modesto y muy divertido gracias al personal antipático y loco que trabajaba allí. Inmediatamente después de la cena, durante la que un camarero me había tirado un poco de sopa sobre el pelo, salimos a explorar la vida española. Nos emborrachamos un poco y vagamos por las calles haciendo pirámides humanas amontonándonos unos sobre otros para después terminar por el suelo. Un espectáculo divertido y vergonzoso.

Al día siguiente Barcelona se despojó del misterio de la noche y, sin hacerse de rogar, nos ofreció todas sus maravillas. Y había de sobra. Después de subir a la Sagrada Familia y de ver la ciudad desde lo alto, bajé y me senté enfrente para admirarla desde lejos. *El pintor*, Miguel se llamaba, se sentó a mi lado. Hablamos de un montón de cosas, principalmente de pintura y literatura. Me dijo que pintaba, le dije que escribía. Sentí una pizca de vergüenza. Hacía años que no me avergonzaba delante de un chico. La última vez había sido de niña. A decir verdad, el último momento de vergüenza me había durado cuatro años, desde los 8 hasta los 12. Fue mi enamoramiento de Mladen, un compañero de colegio. Durante años lo seguía a dondequiera que fuese. Lo seguía en el colegio y por la tarde lo espiaba mientras jugaba con sus amigos. Aprendí a montar en bici solo para poderlo seguir a cualquier sitio que fuera. Y me destrocé las rodillas por estar cerca de él. Pero él ni siquiera advertía mi presencia. Durante tres años no me tuvo en consideración. Después, algunos meses antes del final de la idílica infancia, pocos meses antes del final de mi Bosnia, me dijo que le gustaba. Por fin. Por fin mi persecución había dado sus frutos.

Un día, mientras estábamos sentados en la hierba haciendo agujeros y construyendo puentes, le dije: «¿Sabes que todos dicen que tu padre es un *cetnik*³⁰?»

«¿Y eso quién lo dice?»

«Todo el mundo».

«No es verdad».

«Y todo el mundo dice que tiene muchas armas en casa y que matará a todos los musulmanes».

«Pues tú estate tranquila. Yo nunca te mataría».

Y me quedé tranquila y seguimos construyendo puentes toda la tarde. Ivo Andrić estaría feliz de ver a dos niños que aún construían puentes, mientras los mayores pensaban en eliminar los que ya existían para destruir la unión que representaban.

Seguimos jugando juntos algunos meses más, hasta que, un día, él se fue. Yo me enteré unos días después, cuando en el colegio

30 En serbio en el original. Un chetnik era un guerrillero de una organización serbia conservadora y monárquica que durante la segunda guerra mundial se enfrentó a las fuerzas de Tito al mando del coronel Mihajlović.

ya no quedaban serbios, porque todos se habían ido de repente y a la vez de Serbia. Quedábamos solo nosotros, los musulmanes, que nos hacíamos llamadas falsas para sembrar el pánico: decíamos que había una bomba en el colegio y así nos obligaban a irnos a casa y nada de deberes ni de controles.

Siento nostalgia si pienso en aquella época; nostalgia de una infancia que nos permitía pensar en cómo pirarnos de clase sin preocuparnos para nada de que se estuviera preparando una guerra. Además, la guerra, en nuestra imaginación, iba siempre unida a las películas de Tito, Hitler, los fascistas italianos y los nuestros. La guerra era algo que pertenecía a una época en blanco y negro, no a la nuestra. Imagino que todo era como una broma disparatada de la que podíamos aprovecharnos para evitar ir al colegio.

De todos modos, con Mladen fue la primera vez que me sentí verdaderamente violenta. Su presencia hacía que me ruborizara, balbuceaba y era incapaz de coordinar los movimientos.

No sabía que aquel día, delante de la Sagrada Familia, Miguel volvería a ponerme en la misma situación. Por la tarde fuimos a ver el parque de Gaudí. Parecía una fábula; había una orquesta tocando y nos pusimos a bailar danzas gitanas. El mundo dejó de existir. Estábamos solo nosotros dos y la música. Su cuerpo rozaba el mío, exactamente ese contacto que te hace estremecerte. Todo giraba; sus manos estaban por todas partes, su sonrisa me rodeaba y me invadía. Parecía música bosnia y tenía la sensación de estar en casa. En los ojos de Miguel veía los de mi tierra, en sus abrazos percibía todo lo que me faltaba.

Luego la orquesta paró para descansar; nosotros nos despertamos de nuestro sueño y nos pusimos a andar para salir del parque. Me contó la historia de los diamantes, me puso en la palma de la mano semillas de alguna planta para que sintiera el peso aproximado de un diamante. Me habló de sus orígenes balcánicos, quizá para buscar un contacto más íntimo. Una vez que hubimos llegado al autobús yo me subí, me senté y apoyé la cabeza en la ventanilla. Miré el cielo español y me vino ese típico sentimiento mío de alegría y tristeza al mismo tiempo.

Es raro, pero en la mayor parte de mis días siento en el mismo momento dos sensaciones, una opuesta a la otra. Los paisajes

más hermosos conmueven mi alma de modo dulce, pero también punzante. Creo que todo es debido a mi constante sentimiento de nostalgia, mi deseo de totalidad, de equilibrio, a mi costumbre de recordar siempre; a mi olvido.

Aparté la vista del cielo, me giré y lo vi apoyado en un palo, entre los dedos trenzaba algo. Me miraba con los ojos llenos de alegría, una alegría pura e incondicional.

Los días en Barcelona pasaron volando entre música, locuras y paseos con Alice. La última tarde nos emborrachamos en el local de un tipo de Roma. Transformamos el bar en un encuentro de locos. Para el último baile pusieron en la radio *Don't cry* de Guns n' Roses. La canción parecía no acabar nunca y sus ojos me atravesaban, me laceraban para después recomponerme y se fijaban como para quedarse siempre. Y Axel seguía diciéndome *don't cry babe...*

Justo cuando estaba a punto de entrar en la habitación me llamó: «Tendría que decirte algo muy importante».

«Dime».

«Bueno, es un poco largo. ¿Te vienes a dar una vuelta por la playa?»

Salimos de nuevo y en un momento volvimos a vernos caminando por la arena. La luna estaba casi llena. Baja, como si quisiera entrar en el mar; dejaba una estela plateada sobre la superficie agitada del agua. Miguel, bastante retorcido a la hora de expresarse, empezó: «Bueno, lo has entendido, ¿no?»

«¿El qué?»

«¡Venga!»

«No sé...»

Habló durante un montón de tiempo. Cogió una caña de bambú y dijo: «Ahora lanzamos la caña y donde nos indique, vamos».

Nos pasamos horas siguiendo la caña. No había nadie, los coches de la policía vigilaban el sueño de las personas. Y yo tenía muchísima curiosidad sobre su forma de ser y de actuar. Me encantaba ese estilo desaliñado con el que vestía, los pelos desgreñados, sus discursos insensatos, su ser tan justamente loco, tan profundamente *comunista*. Sus modales galantes me alucinaban, el que me besara la mano, se inclinara y todas esas gilipolleces que normalmente los chicos de izquierdas aprenden a lo largo de su vida, a través de la

música que escuchan o los libros que leen. Obviamente una manera de obtener más fácilmente un sí por parte de las chicas. Pero entre todos los motivos (¡y son realmente muchos si lo pienso bien!) por los que no podría estar nunca con uno de derechas, uno es estas pequeñas chorradas galantes. No es que hubiera que hacer de ello una cuestión de política, pero para mí es así.

A las seis de la mañana volvimos al hotel y al cabo de media hora salimos para Italia. El viaje de regreso se nos hizo corto porque Alice y yo nos quedamos dormidas enseguida para recuperarnos de las noches españolas. A última hora de la tarde llegamos a la ciudad en la que vivíamos. Me despedí de él sin ninguna expectativa ni pretensión. Sin más. Tenía dentro de mí una extraña certeza, la convicción de que lo volvería a ver. Me rondaba además otro pensamiento: al día siguiente ya no recordaría su suma dulzura, su infinita sensualidad. Para mí el amor es muy a menudo una cuestión de mucho alcohol, pero Iris lo resolvería todo: nos esperaba con una de sus típicas infusiones depurativas.

Me quedé dormida vestida. Dormí hasta mediodía, cuando me despertó el teléfono: *el hombre de la isla de los jardines*. ¡Se había acordado de cuándo volvía! Me preguntó un montón de cosas a las que contesté que sí y entre todas esas preguntas me propuso vernos. Mejor hacerlo hoy mismo por la tarde; mejor quitarse el peso, pensé.

Ahora, si había algo que no era capaz de hacer era romper las relaciones. Me sentía culpable siempre y no conseguía mantener la mirada de la persona a la que dejaba. Además, tenía siempre miedo a decir el verdadero motivo de la ruptura, es decir: ¡no me interesa nada tuyo! Me parecía de mala educación. Y es que, encima, no podía encontrar otras excusas creíbles. A veces me las inventaba, pero eran mentiras, más bien ciencia ficción, y enseguida me descubrían. Así que había planeado la idea de la huida. Desaparecer sin explicaciones. Pero con *el hombre de la isla de los jardines* no funcionaría. Por lo que valía la pena intentar decirle las cosas a la cara.

Quedamos un buen día, en plena primavera. Caminamos hasta el castillo, nos apoyamos en los muros. Era maravilloso mirar el

ajetreo de la ciudad, observar los edificios con todas esas ventanas y detrás de las ventanas los despachos con escritorios detrás de los que miles de vidas transcurrían sin ver la primavera. También el humo de las fábricas, en las cuales miles de personas sudaban para llegar a fin de mes. Era genial no formar parte aún de esas dinámicas que te consumen la vida.

El hombre de la isla de los jardines me hacía preguntas sobre el viaje a Barcelona y yo le contestaba sin ganas. Sentía el peso de cada palabra y me parecía que no lograría hacer un discurso articulado. Cada vez que intentaba acercarse sentía dentro de mí el inicio de la era glacial. Lo miraba y veía claro todo lo que no era. Me resultaba muy evidente todo lo que detestaba de él. Escuchaba sus palabras y me sorprendía al darme cuenta de que ya no me causaban ningún efecto. Ya no tenía hambre mental de él, ya no me interesaban sus grandes discursos. Algo dentro de mí había explotado. La tormenta. Nunca había vivido algo así. Tenía 21 años y me parecía que había amado ya a dos personas. Había sido un buen engaño. Al primero le había dicho te quiero porque en ciertos abrazos suyos me sentía protegida del mundo. Al segundo le había dicho esas dos palabras porque un día de abril, tras horas de lluvia, había salido el sol y me había acompañado a la montaña y, mientras yo decía: “oh, Hermione, ese amor que ayer te engañó, que hoy te engaña”³¹, gotas de los árboles caían al vacío y, encontrándose con los rayos de sol, creaban pequeños arcoíris, y él parecía entender la lengua que hablaba. Pero me equivocaba.

El hombre de la isla de los jardines me propuso dar una vuelta por el lago y fuimos. Sentados a la orilla del lago estábamos a años luz el uno de la otra. Su mano buscaba la mía, mientras mi cuerpo lo rechazaba. Supongo que pensó que eran mis típicos miedos al contacto. En realidad, estos habían desaparecido en el momento exacto en el que el cuerpo de Miguel se había acercado al mío. Sin embargo, *el hombre de la isla de los jardines* era muy voluminoso y su ser inarmónico según mi concepto de armonía se había acen-

31 La autora parafrasea unos versos del poema de D’Annunzio *La lluvia en el pinar*.

tuado. Cada movimiento suyo era tan inoportuno. Tenía miedo de que azotara el viento, que cortase el cielo, que nublara el lago, que hiriese el silencio.

Me hablaba de mí; era como si me analizara: siempre desde la altura de su sabiduría, me juzgaba. Pero yo no lo veía. Miraba los cristalitos de luz sobre la superficie inmóvil del lago y reía en mi interior. Me reía de él, de sus teorías, de nuestra no-relación y de la insensatez de todo eso. No veía la hora de irme, alejarme de esa situación. Cuántas veces había sentido eso mismo, ese desasosiego interno que me empujaba a dejar atrás jardines muertos. Exactamente así eran en mi mente algunas de mis relaciones: jardines muertos. Cuando los abandonaba me giraba siempre para observarlos una última vez: tierra árida y estéril, donde crecía la hierba mala y las raíces de los árboles no encontraban linfa vital. Normalmente sentía un chirrido de cancelas que se cerraban a mis espaldas. Qué horror ese sonido herrumbroso y estridente. Era el último eco de lo que solía llamar amor.

Y qué extraño e irónico fue aquel día en el lago, encontrarse en el jardín muerto justamente con uno que se hacía llamar *el hombre de la isla de los jardines*.

Hacía la hora de la puesta de sol por fin volvimos a la ciudad. Mirando una pequeña luz en la cima de una colina le dije: «Me gustaría estar allí arriba». Él no respondió, me llevó a casa y, mirándome directamente a los ojos, me dijo: «De acuerdo, lo he entendido. Supongo que no te atreves a decírmelo, pero quieres que te deje en paz».

Lo que más valoré de él fue aquella frase; es la frase que lo salvó y lo puso en mi memoria como una persona sabia. Entré en casa, me apoyé en la puerta detrás de la cual había dejado al *hombre de la isla de los jardines*. ¡Había sido más rápido de lo que me esperaba! El pasado había dejado fácilmente sitio al presente, al futuro. Qué maravilloso es el pasado que no te encadena, sino que simplemente te deja proseguir sin que tengas que mirar atrás.

Hay etapas en la vida, pueden ser meses, años, décadas, que pasan desapercibidas para la propia persona que las vive. Etapas en las que la persona no vive ni alegrías ni dolores. Simplemente vive

la normalidad. Este período en la memoria se reduce a un pequeño recuerdo general.

Hay luego etapas, largas incluso de varios meses, pero que en raras ocasiones duran un año o más, en las que una persona vive algo sumamente fuerte, que la aliena, la aísla en un mundo diferente. Puede tratarse de un gran dolor y entonces es horrible, se llega al agotamiento físico y mental. Pero puede darse que se trate de felicidad y entonces es como estar en el paraíso. Estos momentos permanecen impresos en la memoria de un modo nítido. Cada detalle es recordado con lucidez, a cada instante se le da su justa importancia y esa etapa de suma felicidad tiene un espacio en la memoria tan extenso que te hace pensar que ha durado mucho más de lo que realmente ha durado.

Hoy que es un día maravilloso de primavera y yo ya no estoy, ya no existo; sino que existen solo mis obsesiones que tienen vida propia, sin ni siquiera consultarme.

Hoy he intentado recuperar un poco de mí misma y me he puesto a caminar sin meta. Sola, como me he sentido siempre. Una soledad lacerante.

Al pasar cerca de un parque, me ha venido a la cabeza Miguel. ¡Cuánto tiempo! Quién sabe qué será ahora y si él también habrá encontrado verdaderamente el modo para no matarse de tristeza.

He caminado mucho, el psicólogo dice que es muy bueno concentrarse en recordar los momentos bonitos de la vida, de modo que uno no se haga daño recordando siempre las cosas malas. El hombre está hecho para la belleza... El gran Dostoyevski decía que la belleza salvaría el mundo. Miguel tuvo la extraordinaria capacidad de revelarme claramente su belleza. Hasta hace poco tiempo había creído que era una criatura de Miguel. Tengo en la cabeza la imagen de mí misma antes de él, la imagen de un tronco de árbol sin forma. Él, de modo distraído y de prisa, dio forma a la sustancia, me hizo salir de la jaula en la que estaba encerrada. Me hizo consciente: yo ya era cómo él me hizo ver que era, solo que no me daba cuenta conscientemente y por lo tanto no estaba preparada para mostrarme yo misma. Desde hace unos meses hasta ahora estoy redescubriéndome a mí misma y me doy cuenta de que no soy una criatura de Miguel. He cometido el

gravísimo error de renegar de lo que había sido antes de él. He querido creer ciegamente que era la chiquilla sin pudor, independiente, libre, loca, complicada, original y melancólica. Sería bueno creer solo eso. Sería estupendo poder liberarse de la niña aterrorizada, insegura, herida y rechazada, esa niña que vive dentro de mí. Sería maravilloso quitarse de encima el tufo de muerte y nostalgia y poder hablar de la revolución y de lo malo de la guerra y la miseria como si no te afectaran. Ya claro, como si no me afectaran.

Durante mucho tiempo he sido la chiquilla que Miguel me había enseñado que era y aún hoy lo soy, sí, hoy que tengo que ajustar las cuentas otra vez con la vida. Solo que hoy soy algo más; soy también lo que era antes de conocerlo y soy en lo que me he convertido después de él. Ay qué razón tenía Hegel: ¡tesis, antítesis, y luego, luego la síntesis!

Seis días después del regreso de Barcelona, un viernes por la noche, hacia las once estaba sentada el banco de un parque esperando a que llegara. Llegaba media hora tarde y empezaba a preocuparme que se hubiera olvidado de mí, teniendo en cuenta su naturaleza distraída. Nada más terminar de formular esta idea, oí la música de Bob Marley y vi llegar su coche. En un instante me encontré entre sus brazos, entre sus labios, en su cabello. Sus manos me aferraban y se colaban bajo mi piel para quedarse. Todo sucedía rápido y a la vez lento. En el coche con la radio a tope, luego el centro social y el concierto *punk* y rostros amigos alrededor y el *pogo* salvaje y los discursos inconexos y el fuego en la plaza del centro y todos sentados en círculo, las carreras en coche con los demás para ver quién llegaba antes a coger una pizza caliente. Después nuestra primera noche juntos que pasaríamos en el coche, buscamos un campo bonito, con flores a poder ser. Y fuimos por toda la ciudad hasta encontrar una callejuela de tierra y oscura donde él de repente se bajó del coche, se subió a un árbol y volvió con una flor para mí, de cerezo. Me lo colocó entre el pelo y continuamos hasta encontrar un campo donde pararnos a dormir. Y la noche pasó volando, igual que el día después. Por la noche, incluso antes de hablar sobre qué sería de nosotros, sentados bajo un árbol él me puso un anillo en el dedo. Eran dos hilos de hierro entrelazados en un abrazo.

Aquel anillo se convirtió en mi único objeto valioso, el único cuya pérdida me hizo llorar. Lo llevaba ahora en el dedo, ahora en la cadena, en el bolsillo o en el bolso; iba siempre conmigo. Durante casi dos años lo llevé siempre conmigo, hasta que una noche, cuando volvía a casa, me robaron el bolso con el anillo dentro. Yo, que creía firmemente en las coincidencias y que desde hacía un poco sentía el fin inminente, comprendí que aquella pérdida era una señal. Así fue. El final llegó poco después de aquello.

Pero en aquella época estábamos solo al principio, aunque, en realidad, era un inicio trágico. El lunes por la mañana, después de ese fin de semana, nos despedimos. Llovía. La primavera parecía muerta en nuestro abrazo nocturno, dejando espacio a la niebla y la lluvia, casi otoñal. Tenía los labios mojados de gotitas y un peso en el estómago, mientras veía cómo ponía en marcha el coche y se iba quién sabe a dónde. Me senté en la acera. Llovía, con ritmo tranquilo e incesante, y me vino a la cabeza la poesía *Bárbara* de Prévert que me colmó de una tristeza casi dulce, casi agradable, algo parecido a la nostalgia. Sonó el móvil: era él. Por unos instantes pensé que estaba volviendo y que nos iríamos a algún país extranjero sin decir nada a nadie y viviríamos dentro del coche y seríamos artistas callejeros y reiríamos muchísimo y bailaríamos un montón. En algún lugar... Respondí. «Quería decirte que tuvieras cuidado. Hay perros detrás de la esquina... Que tengas buen día...»

Marzo pasó lento y dócil. El aire ligeramente fresco dio color a mis mejillas durante las jornadas de estudio en el parque. Las noches estrelladas e intensas acompañaron las locuras con Iris y Alice. Llegó abril. Miguel volvió algunas veces para extasiarme. Nunca se quedó durante mucho tiempo, el justo para saborearnos.

El calor y algunos atardeceres ligeros y templados me apuñalaron suavemente. Me llevaron atrás, muy atrás, hasta aquellas tardes primaverales en Bosnia, cuando podía estar por ahí hasta las diez de la noche, perseguir luciérnagas y encerrarlas en botes de mermelada. Correr por las calles vacías de coches y girar sobre mí misma para admirarme y admirar el vuelo de mis faldas. O aquellas tardes en el campo de baloncesto jugando hasta las once mientras mamá, con las otras mamás, me miraba y yo sentía un agradable torpor,

como si estuviera de nuevo dentro del útero. Y el mundo me parecía entonces despreocupado al igual que la vida y yo misma en mi condición de niña.

Desde entonces los atardeceres de los meses de primavera me provocan ansiedad, me empujan a correr, a buscar un punto, una puerta que se abra en esa dimensión, allí donde no exista la nostalgia, pero todo simplemente es. Y todos los atardeceres después de mi infancia han sido tan incompletos, tan injustos, a veces hasta dolorosos. Dentro de mí seguía viviendo ella, aquella pequeña niña, tan diferente y, sin embargo, tan igual a mí.

Miguel me sabía a Bosnia. No sé por qué, pero cuando él llegaba, una oleada de sabores, perfumes, ritmos bosnios me invadía. Mi nostalgia se apagó con él. Con él se acabó mi búsqueda de la normalidad.

Aquel año estudiar me hacía progresar, me hacía vivir en mi dimensión favorita: la utopía. Mi espíritu tenía sed de nuevos ideales, de poesía nueva, de extensas llanuras de sueños. Miguel no entendía esta parte de mí: era sencillamente un parásito universitario. Para él solo existían la lucha social, las revoluciones, la locura en sustitución de la normalidad y bofetadas que dar a la realidad. Para él existía el viaje sin descanso, sin destino y con un fin sin precisar.

Deseaba con todas sus fuerzas arrancarse de sus propias raíces. Lo veía en sus ojos inquietos, en sus tristezas absurdas; veía tan claramente su necesidad de cortar sus propias raíces como la imposibilidad de hacerlo. Parecía a todos los efectos un vagabundo, pero conociéndolo, me di cuenta de que en realidad no lo era, aunque hubiera querido serlo. Iba de una ciudad a otra viviendo en condiciones terribles; desafiaba sus dependencias para comprobar si era realmente libre. Quién sabe por qué estaba convencido de que la no pertenencia a los objetos, a las personas, a los lugares, lo haría feliz. Yo hubiera querido tener vínculos, hubiera querido tener y conservar recuerdos, si los recuerdos no me hicieran siempre daño. Pero él decía que mis pensamientos eran de burguesa, que Italia estaba matando mi espíritu del Este. Yo en realidad no sabía qué significaba para él el espíritu del Este, pero me parecía una cosa muy misteriosa y fascinante y quería ser así a sus ojos.

Creo que me enamoré tan locamente de Miguel porque esperaba que de verdad fuera un vagabundo y que, al igual que yo, nunca encontrara la paz. Esperaba que de verdad fuera la reencarnación de Pessoa porque su poesía es tan lacerante como lacerada estaba yo. Me equivocaba y cada vez que escucho *Male di miele*, cada vez que la voz dice: «La sicurezza ha un ventre tenero, ma è un demonio steso fra di tnoi, Ti manca e quindi puoi non crederlo, ma io non mi sentivo libero»³², pienso en Miguel y me parece que es él quien lo dice, quien lo grita, mientras yo le respondo: «Ma se hai un proiettile, ti libero»³³.

Había una fiesta planeada para los últimos días de mayo.

Por la mañana me presenté al examen de historia del periodismo y así, en el momento, decidí que haría la tesina con ese profesor. Me encandilaba con sus relatos de enviado de guerra, me encandilaba su ironía y ese tranquilo distanciarse de todo. Lo miraba y pensaba que él había encontrado su verdad. Eso es lo que yo también quería. Quería llegar hasta el fondo de la noticia y descubrir cómo había sucedido realmente. Estaba solo en segundo, pero lo había decidido y así fue: al final me licencié con una tesina sobre historia del periodismo. Aquella noche en la fiesta volví a ver a Miguel; apoyado en la pared a cinco o seis metros de mí. El pelo desgreñado aún más largo, sonreía feliz y hablaba como solía hacer, medio caballero, medio payaso, intentaba atraer la mirada de alguna chica. Sonreí viendo su energía vital. Con paso lento pero seguro como nunca, me acerqué. Él se giró. Dos besos en la mejilla, su pelo en mi cara, su voz que me decía cosas insensatas. Yo sonreía, me giré dejándolo solo y me fui a bailar.

Después, todo se aceleró, me cogió de la mano, me llevó fuera, corriendo llegamos al coche, yo no sabía qué estábamos haciendo, pero para ser sincera no me importaba nada. Subimos al coche, nos

32 Primeros versos del sencillo “Male di miele” del grupo italiano de rock alternativo Afterhours que traducidos en español serían: «La seguridad está en un vientre tierno, pero es un demonio entre tú y yo, lo echas de menos y puedes no creerlo, pero yo no me sentía libre».

33 «Pero si tienes una bala te libero».

encontramos en un camino en medio del campo y, sin saber que el camino, llegado un punto, terminaba en un foso, nos caímos dentro. Allí nos quedamos un rato, primero tumbados en la hierba para acabar con el frío interno, para matar la ausencia. Después él intentó sacar el coche, mientras yo bailaba descalza sobre el techo mientras me parecía que podía tocar la luna.

Tenía la sensación de que podría volar a otro lugar y reí y fui condenadamente feliz, me sentí llena de vida. Y el cielo estaba cada vez más bajo, casi me cogía en brazos y me mecía. Solo en ese momento, solo aquella noche yo fue realmente una criatura de Miguel, fui lo que él había visto en mí.

Llegó junio y los seis exámenes que me había propuesto estudiar y hacer en julio. Estar sentada en la terraza entre libros y cigarros era una de las cosas que más me gustaba. Perderme interpretando poesías, relatos, teorías filosóficas, lingüísticas o de la comunicación eran mis viajes mentales preferidos. Por las noches me quedaba hasta las cuatro o las cinco acompañada de Dostoyevski, Goethe o Hemingway.

Una noche me quedé dormida sobre el escritorio y soñé que estaba cenando con Van Gogh y los Counting Crows³⁴ y todos juntos cantábamos *Mr. Jones* y yo, vestida con mis faldas de gitana, bailaba hasta la extenuación. Y Van Gogh parecía una marioneta más que un ser humano. La literatura y la música me han salvado siempre, desde que era una niña. Aprendí a leer antes de ir al colegio; tenía cinco años cuando vi las primeras obras de teatro, cuando mi madre me llevaba a todas partes con ella. Si durante la guerra no hubiera tenido mis libros, el ruido de las armas me habrían hecho mucho más daño. Pero la literatura acudía en mi ayuda mientras, sentada en el refugio antiaéreo, esperaba poder volver a jugar.

Recuerdo perfectamente cuando el director de un colegio en Croacia me prohibió aprender. Qué ironía: si no quieres estudiar el mundo te obliga a hacerlo, si en cambio te mueres de pasión por el estudio, el mundo te lo impide. Muchas veces tengo la impresión

34 Crews en el original. Los Counting Crows es una banda de música estadounidense que en los años noventa trataba de recuperar el estilo clásico del rock americano. Una de las canciones que los llevó a la fama en 1993 es precisamente *Mr. Jones*.

de que exista una conjura contra el género humano, porque hay demasiada insatisfacción, demasiada infelicidad incluso cuando resolverlo todo sería sencillo.

De cualquier modo, una vez que llegué a Croacia con mi madre y mis hermanos conocí algunas niñas croatas de mi edad. Vivían con normalidad, aunque la guerra estaba a trescientos kilómetros de sus casas y los refugiados que esa guerra había creado invadían su pequeño pueblo. Eran niñas normales, como yo, solo que eran católicas y ciudadanas croatas, pero yo esas diferencias no las veía y ni siquiera las habría tenido en cuenta. Pasaba con ellas las tardes enteras.

Por la mañana, sin embargo, me quedaba sentada en la ventana sin perder de vista la calle para ver cuándo volvían del colegio. Así es: ellas iban al colegio, yo no. Nunca se había hablado de eso, mamá no había mencionado nunca el colegio, ella que se preocupaba tanto por mi formación. Quizá porque los mayores saben que, a veces, ni siquiera es necesario preguntar, se sabe ya de entrada lo que se puede hacer y lo que no. Yo aún no sabía entonces cómo funcionan las cosas entre los mayores. Decidí ir al colegio sin pedirle permiso a nadie; además, estaba acostumbrada a pedir permiso sólo si no quería ir al colegio. Pedí a mamá algo de dinero para comprar dos cuadernos y tres bolis, puse todo en una bolsa de plástico y feliz y contenta fui a refugiarme en la última fila de un aula. Logré quedarme allí sin ser descubierta toda una semana. Me sentía tan normal, una niña cualquier de secundaria. Era maravilloso volver a sentirse normal después de tantos meses, volver a tener una vida normal, hacer los deberes, estudiar y hacer como si nada hubiera cambiado, como si todo fuera como cuando estábamos en casa, cuando estábamos realmente vivos.

Pero el segundo lunes de clase, durante la tercera hora, entró el director y, poniéndose las gafas para verme mejor, abriendo mucho la boca para comerme mejor, dijo: «Por lo que parece en esta clase hay un paracaidista que se ha equivocado al aterrizar». Me señaló con la mano y siguió: «Por desgracia tengo que pedirte que no vuelvas al colegio porque no eres una alumna de nacionalidad croata y ni siquiera eres católica». Cogió aire para poder comerme mejor y mientras salía dijo: «Puedes quedarte hasta que termine la

hora». Era la hora de Química que, como todas las asignaturas de ciencias, me parecía un asco, así que cogí mi cuaderno y mi boli, los puse en la bolsa de plástico y, con una sonrisa cínica, salí de la clase mientras todos me miraban. Cuando salía los miré también y, por un momento, los odié porque ellos pudieran quedarse allí, ellos serían niños normales mientras yo tenía que volver a mi vida de refugiada.

Una vez que había abandonado el colegio, me puse a llorar; los sollozos no me dejaban casi respirar. Me encontré con mamá por la calle, estaba de paseo con mis hermanos. No logré decirle nada durante casi media hora, no podía dejar de llorar.

Cuando me recuperé un poco le conté lo que había sucedido y vi en sus ojos una gran tristeza, la tristeza más dolorosa que había visto jamás y me disgusté por haberle provocado ese dolor.

Después de un mes pusieron una escuela para refugiados a la que comencé a ir. Pero era distinto, no era un colegio normal y no podía evadirme de esa anormalidad que hacía tanto daño. Pusieron también una guardería para refugiados, pero mi hermano era el único musulmán y le prohibieron ir. Ahora él se enorgullece porque es un rebelde, se jacta de haber conseguir que lo echaran hasta de la guardería. Pero entonces, entonces estas cosas nos mataban poco a poco.

Hice los seis exámenes que me había propuesto hacer durante aquel espléndido verano. Irónico ¿no? Iba a la Universidad Católica.

Me parecía que vivía en los años sesenta. Pasaba las tardes con Iris yendo a tiendas de segunda mano para buscar vestidos *vintage* y expresarme a través de ellos. Por la noche paseábamos por la ciudad buscando conciertos o nos quedábamos en algún parque leyendo las poesías de Benni y hablando de libros. Aquel verano se me había metido en la cabeza Hemingway, sus palabras corrían bajo mi piel y exaltaban mi sueño. Era también el verano de la música de los Red Hot, de Negrita (qué curioso: habían compuesto una canción sobre Hemingway) y los Modena City Remblers que me llenaban de poesía, rebelión, vida. Miguel se había ido a algún lugar en el extranjero y por la noche, antes de irme a dormir, ponía

la nana de los *Modena* y subía el volumen con la esperanza de que él, allá donde estuviera, oyera la voz que decía: «ti mando una nin-nananna per sentirti più vicina»³⁵. Había días que lo echaba mucho de menos, echaba de menos su tristeza oculta por tanta vitalidad. Echaba de menos sus locas ideas y sus firmes caricias; echaba de menos el amor que respiraba cuando él estaba conmigo.

En agosto emprendí un viaje hacia mi pasado: primero Croacia, después Bosnia. Pasé todo el mes entre el mar y el esplendor croata y las ruinas y la belleza de Bosnia. Es terrible volver a tu propio país y no sentirlo ya como tal. Cuánta tristeza mientras miraba a mi alrededor buscando reconocer algo de lo que en algún tiempo me había pertenecido y no encontrar nada. Y la impotencia y la rabia al ver las señales para SREBRENICA y no poder ir, porque el tratado de paz se la había dado a otros. Solo desolación. Solo angustia. Solo soledad cósmica y un absoluto sinsentido. Solo incredulidad mientras veía un pasado que ya no existe y que nunca volverá a existir. Solo nombres de lugares y personas en la memoria borrosa, solo *flashes* de una vida robada. Solo kilómetros de cementerios y cientos de miradas asustadas de los supervivientes.

Ver a Venesa me animaba porque también ella seguía viviendo en ese mundo nuestro, el que nos habíamos construido de niñas. Juntas caminábamos por las calles destruidas de Sarajevo, pero no las veíamos porque vivíamos entre las imágenes de nuestros recuerdos, de nuestra nostalgia. Pero tampoco nosotras dos éramos las mismas, por más que nos esforzáramos en aparentarlo. He ampliado una foto nuestra, la única que tengo y que ella ha encontrado vete tú a saber dónde.

¡Qué caras! Tendríamos cinco o seis años y parecíamos de película. Estábamos en el campo. A la izquierda estoy yo, en el medio un primo nuestro discapacitado y la derecha ella. Venesa sonríe levemente, yo miro para otro lado; en la mano tengo una brizna de hierba que acapara toda mi atención. Nuestro primo se ríe. Reía siempre, bueno, casi siempre. A veces su enfermedad lo trastornaba

35 Verso de la canción de Modena City Remblers titulada Ninna Nanna: «te envío una canción de cuna para sentirti más cerca».

un poco y se comportaba de modo raro. A veces nos quería pegar o tocar. Pero era bueno. Si la enfermedad se lo permitía, era bueno.

Lo mataron. Lo cogieron y lo fusilaron, delante de su madre. Quién sabe si se dio cuenta. Normalmente, cuando jugaba con nosotras y a lo mejor le tomábamos un poco el pelo, él se asustaba. Los movimientos bruscos, las voces demasiado fuertes le hacían abrir los ojos de par en par con una expresión de terror. Quién sabe, mientras lo arrastraban, lo empujaban, lo insultaban... Quién sabe, sus ojos...

Vuelvo a mirar la foto.

¡Dios! La vida ha enterrado todo lo que éramos. O quizás, en realidad, aún lo somos; quizás solo hace falta coser las heridas para volver a estar completas. Y si lográramos digerir ciertos malos recuerdos sin que eso nos ofusque la vista o nos haga temblar el labio, quizás volveremos a tener esa mirada nuestra alegre y la sonrisa espontánea.

La guerra nos había alejado irremediablemente: más de mil kilómetros entre nosotras y esa distancia solo desaparecía unos días al año; por lo demás, nuestras vidas seguían dos vías distintas, dos mundos diferentes, incluso dos lenguas diferentes. Yo cada vez era menos bosnia y más un algo indefinido, un ente sin nacionalidad. No sentía que perteneciera a ningún pueblo, a ninguna comunidad religiosa; en definitiva, una balsa a la deriva o una planta en busca de tierra donde echar raíces, pero sin saber cómo. Volver a Bosnia siempre me causaba un poco de dolor por todo lo que ha significado para mí a lo largo de los años. Pero sobre todo me dolía el hacerme ilusiones durante todo el año en Italia que luego se transformaban en desilusión cuando llegaba a suelo bosnio. Normalmente, hacia finales del mes el sentimiento de extrañeza se acentuaba hasta el punto de ansiar que llegara el momento de irme. Me sentía culpable siempre con todos los que veía y ellos lo sabían, lo sentían, lo querían.

Todas las conversaciones terminaban del mismo modo: «Bueno, vosotros en el extranjero tenéis una buena situación, a vosotros os ha ido bien». Y no podía decir que no, que no era verdad. Ciertamente las cosas nunca son tan claras: no es que sea la leche vivir en el extranjero y pelear por un trozo de papel que llaman permiso de

residencia. Chocar siempre con los prejuicios que nos presuponen a todos drogatas, ladrones y traficantes por el simple hecho de ser extracomunitarios. Tampoco me agrada cuando la gente me mira y me dice «Pero tú no pareces extranjera», y yo me pregunto cuál es el problema de parecer extranjero. Pero desde luego algún problema hay, si no mi madre no tendría que desempeñar tres trabajos tan humildes teniendo su título de licenciada en el cajón.

Pero lo peor son las palmaditas en el hombro acompañadas de palabras como: «Ahora ya eres de los nuestros. Eres italiana». Y yo pienso: «Joder, que no, no soy italiana. No soy de los *vuestros*. ¡Quiero ser bosnia!» Es en esos momentos cuando me dan más ganas de serlo y me pongo a hablar un bosnio cuidado, escucho música bosnia, en lugar de esas ensaladas tan *occidentales* como la *pita*. Pero así no se hace grupo, lo sé. Amargamente, lo sé. Pero ¿por qué para ser cómplices hay que formar parte de un grupo, pertenecer a algo? No hay salvación posible, hasta el amor se somete a estas reglas.

De todos modos, quizá tengan razón en Bosnia: no es que nos haya ido tan mal, no hay punto de comparación, es verdad. En mi defensa podría decir que es doloroso no ser nada. Vagar de un sitio al otro buscando personas que me reconozcan como hermana de la vida y no encontrar a nadie, porque vaya donde vaya soy siempre una extranjera.

A pesar de esto, puntualmente, en cuanto bajaba del ferry en Ancona volvía la nostalgia, la cual me acompañaba todo el año, hasta las siguientes vacaciones. Es una nostalgia extraña esta mía: es la nostalgia de algo que ya no está, es la nostalgia de mis primeros doce años de vida, la nostalgia de la foto de Tito en la pared, de los picnics de la fiesta del uno de mayo, del rito del café bosnio, de la música bosnia, de las tradiciones absurdas y del arte que tienen los bosnios para salir siempre adelante. Es la nostalgia de la casa cálida y acogedora de la abuela, de la voz del tío que me tomaba siempre el pelo, de las historias increíbles de mi padre, de los parques donde iba a jugar y de las calles que recorría cada día. Nostalgia de una vida normal, sin tantos giros dramáticos; nostalgia de una constante serenidad. Nostalgia de algunos olores, de algunas voces familiares, de colores particulares en el aire. Pero toda esta

nostalgia, cuando vuelvo a Bosnia, contrasta con la realidad. Y la realidad es una realidad de muerte y miseria.

Volví también al pueblo en el que estuvimos durante la guerra algunos meses. Está en medio de las colinas de Bosnia central. Es completamente verde y por todas partes ves campos de trigo. El aire que se respira es exactamente el de las tardes de verano de cuando era pequeña y papá preparaba una barbacoa. Siento un nudo en el estómago al ser consciente de que todo eso forma parte definitivamente del pasado.

Mi mayor problema son la música y los olores. Juro que, si no existieran, no sabría qué es la nostalgia.

Saludé a algunas personas, les pedí que me contaran qué había sido de este o aquel otro; siempre es así cuando vuelvo a Bosnia. Todos han tenido su propio destino, para algunos afortunado, para otros no, y es extraño encontrar a las personas que en otro tiempo nos conocían. Normalmente encontramos otros que saben algo de aquellos a quienes nos gustaría ver, entonces nos cuentan todo lo que ha pasado.

Me senté sobre mi piedra y miré al aire; había sol y el silencio reinaba en todas partes. La primera vez que habían bombardeado con aviones, yo me encontraba justamente en el mismo lugar. Llegó de la nada un ruido inexplicable e insoportable. El avión volaba muy bajo, creo que podían ver nuestros rostros. Yo estaba enseñando a mi hermano pequeño a andar. Ponía sus pequeños piecitos sobre los míos y dábamos pasitos. En cuanto se oyó ese ruido mamá salió gritando, cogió a Nermin en brazos intentando tirar también de mí, pero yo estaba paralizada. Miré su cara, vi su boca que se abría y se cerraba, pero no oía nada. Entonces, me desperté de aquel trance, me moví y entré en casa. Ese ruido me volvía loca, me provocaba un cosquilleo bajo el pelo: no hacía otra cosa que rascarme y estaba nerviosísima.

Era raro estar sentada ahora en paz sobre aquella piedra; todo quedaba tan lejano, como si nunca hubiera sucedido o no me hubiera sucedido a mí.

Miraba a mi madre sentada tomando su café: parecía tranquila y en su rostro ya no se veía ningún rastro de sufrimiento, como si

el drama no fuera con ella; y sin embargo todo ese dolor tiene que haberse escondido en alguna parte.

Vuelvo a ver a esa mujer que años atrás iba a Cáritas a pedir harina arriesgando su vida bajo las bombas para traernos leche en polvo. No parece la misma que vomitó durante tres días seguidos antes de llevarnos a Croacia, de modo clandestino.

Me entran ganas de reír al recordarla siguiéndome porque en Croacia trabajé para un fotógrafo. Tenía solo 12 años y a mamá se le había metido en la cabeza que aquel viejo fotógrafo era un perverso. Así que iba todos los días hasta su estudio, me esperaba y cuando salía no me dirigía la palabra. Me estudiaba para ver si había algo diferente en mí. Me hacía sentir culpable. La odiaba. Entonces no podía entender lo difícil que era para ella protegerme en un mundo desconocido. De todos modos, creo que ella también me odiaba, porque no entendía que solo trabajaba para que no tuviera que preocuparse de que se acabara el dinero.

La veo mientras intenta explicar a mi hermano que ella debe ir a Cáritas y él, como un loco, grita: «¡Si papá te viera, se avergonzaría de ti!»

Y ella baja la cabeza, se da la vuelta y las lágrimas le surcan las mejillas, pero se pone en marcha, porque es invierno y necesitamos zapatos.

El sol estaba a punto de ponerse, el viento asustó a algunos pajarillos. Me puse a reír ante el recuerdo de esas pobres palomas a las que maltrataba durante la guerra. En realidad, no había nada más que hacer. No podía ver la televisión porque no había electricidad; no podía alejarme de casa porque mamá se asustaba y se ponía nerviosa. Todo lo que podía hacer era encerrarme en el gallinero, perseguir gallinas y palomas, atraparlas, coger dos o tres y después, con un cordel atarlas juntas y mirar cómo intentaban volar, pero, pobrecitas, chocaban uno contra la otra hasta perder el sentido. Lo sé, pensarás que es cruel, pero ¿acaso no lo es más recluir en un refugio antiaéreo a un niño? Estamos en paz, las palomas y yo. Bueno no, al final ganaron ellas porque me pegaron las pulgas. Mamá obviamente se enfadó porque ni siquiera teníamos champú para los piojos. Pero aún tenía otras cosas que hacer para pasar el tiempo. De hecho, con los otros niños que se aburrían, nos armamos de cu-

chillos y acometimos nuestra misión: quitar la corteza a los árboles. Destrozamos unos veinte. Por supuesto, al día siguiente nos pilló el padre de alguno. Castigo: poner caca de vaca en los árboles para volver a formar una especie de corteza.

Así que este juego nos duró realmente poco. Pero estaba siempre mi colección. Entre las palomas y las cortezas no me dedicaba a ello desde hacía un tiempo: recoger restos de granada. Los tenía preciosos, a toneladas, podría haber puesto en marcha una fábrica de reciclaje de granadas. Pero esta vez mi hermanito lo estropeó todo. Él también se puso a coleccionarlos. Un día llevó un resto enorme delante de casa. Nos llamó a todos para que lo viéramos y la sorpresa fue que lo que encontramos era una magnífica granada humeando, sin haber explotado aún. Cundió el pánico. Mamá lógicamente se enfadó conmigo, porque era la mayor y estaba dando un mal ejemplo. El caso es que el abuelo se la llevó lejos de casa y ya no me acuerdo si la explotó. Ahora sí que no tenía nada más que hacer y volví a aburrirme pensando que los adultos disfrutaban estropeándonos todas las diversiones. Las palomas me miraban como sarcásticamente, se reían de mí y yo ni siquiera me podía vengar por las pulgas. La guerra era algo realmente aburrido.

Me pasé mucho tiempo sentadas sobre aquella piedra, mientras el pasado cobraba vida en mi mente y yo lloraba por algo similar a la melancolía.

Una desagradable consciencia de lo irreparable.

¿Me salvaría de todo eso?

A principios de diciembre de aquel año me trasladé al hospital durante unos días para atender a mi tía, la madre de Venesa. Estaba interna entre las paredes de ese edificio desde hacía un año; había pasado ya por dos trasplantes de médula para intentar salvarla de una leucemia. Pero no parecía que nada pudiera salvarla. Sus 38 años de vida yacían en aquella cama. Era un montón de huesos entre las sábanas en vez de lo que en otro tiempo fue mi tía. Los ojos perennemente cerrados y yo, junto a ella, solo podía ver su agonía. Me quedé con ella cuatro días, intentando mostrar cariño a ese cuerpo en cama, pero el dolor la había alienado, se la había llevado de mi corazón.

La quinta noche, hacia las cuatro comenzaron a sonar algunas de las máquinas que tenía pegadas al cuerpo. Rápidamente llegaron las enfermeras y dos médicos. Me dijeron que saliera. En el pasillo, apoyada en la pared, poco a poco me deslicé hasta sentarme en el suelo y esperé a que vinieran a decirme algo.

El doctor salió cabizbajo; siempre salen como cabizbajos después de haber visto la muerte. Solo me dijo: «Lo siento»; me llevó a la cocina del personal y me ofreció un té caliente.

Entré en la habitación de mi tía para coger la mochila. En la cama inmóvil y tapada con la sábana, ningún rastro de toda esa maquinaria que la mantenía con vida, ningún movimiento de los labios para robar un poco de aire, los ojos cerrados y el cuerpo así como deshinchado de repente, como si la cortisona se hubiera marchado junto con la vida. En un momento había vida dentro de ella y al siguiente no había nada. Eran las cinco de la mañana y miré a mi tía por última vez porque ese mismo día se la llevarían a Bosnia. En aquella habitación blanca de hospital aparte de ella y yo, sentía la presencia de mi tío, la sentía tan fuerte que pensé que realmente caería del cielo.

Me vinieron a la mente las palabras que me había dicho mi tía dos semanas antes, una vez que se había despertado sobresaltada y con una sonrisa llena de paz había susurrado: «He soñado que una voz me decía que aguantara aún un poco más y después ya no me dolerían las piernas».

Debe de haber sido la voz de mi tío que desde la otra dimensión intentaba aliviar su sufrimiento.

Llamé a mi madre para decirle que la tía había muerto y le pedí que avisara a los demás; yo no podía hacerlo, no sabía cómo se hacía y tenía miedo de la muerte, quería escapar de aquel hospital lo antes posible porque los ojos de la muerte me perseguían.

Era 5 de diciembre, el cumpleaños de mi hermano que quiere que lo llame Pablo y así lo haré. Salí al aire libre y me puse a caminar a través de la niebla. Un peso grande me oprimía el pecho. Nunca había visto morir a alguien así, delante de mí. La muerte siempre había sido algo lejano, que no sucedía ante mí y se llevaba a mi padre, a mi tío y a muchos parientes. La muerte había sido siempre una constante y se presentaba continuamente, pero hasta aquel día

había sido algo que sucedía a 2000 kilómetros de distancia, en mi mísera ciudad, en mi triste nación.

Quizá habría sido mejor saberlo en seguida. Si hubiera sido consciente de la muerte de mi padre y de mi tío de golpe, con un *shock* tremendo, ahora quizás estaría recuperada. Sin embargo, la noticia de su muerte no ha llegado nunca dejando lugar a la esperanza, esa necesidad primitiva de creer en milagros. Dicen que la esperanza es lo último que se pierde, pero no es verdad. Yo la perdí hace mucho, y eso que la noticia de la muerte no ha llegado nunca. Ningún certificado, nada de pésames, ningún periodo de luto o quizás el luto nunca ha tenido fin. Durante más de un año he sentido terror de volver a casa del colegio; todos y cada uno de los días abría la puerta despacio para oír los ruidos en casa, para escuchar si mamá estaba llorando o no. Cada vez que entraba y la veía llorar, me decía a mí misma: «Han llamado para decir que han muerto». Pero no: mamá lloraba porque ya no podía soñar, porque le habían robado hasta el sueño de un posible regreso de papá. Y era inútil que le cantáramos: «No woman don't cry, everything is gone be all right»³⁶, sí, era inútil porque nada estaba yendo bien. La enfermera venía a ponerle las inyecciones para la depresión y se calmaba y a veces sonreía. Yo tenía miedo. Tenía miedo a estar en casa y esperar sus lágrimas, sus crisis; tenía miedo de su sufrimiento y escapaba por ahí. Con mi inseparable amigo Christian robábamos vino de la bodega de su abuelo y bebíamos y yo lloraba y él lloraba al verme llorar. Quería salvar a mamá, quería convencerla de que un día él volvería. Deseaba liberarnos de aquel cementerio en el que se había convertido nuestra casa. Intentaba imaginar soluciones alternativas a la muerte. Creía que incluso los soldados serbios habrían tenido en consideración alguna modalidad que no fuera únicamente el exterminio.

Llegué a convencerme de que papá y el tío estaban vivos, tal vez prisioneros en alguna parte o, aún mejor, escondidos en un pueblo pequeño del que no se podían mover y que una noche, de la nada, llegarían y llamarían a nuestra puerta.

36 Extracto de la canción de Bob Marley *No woman no cry*: «No mujer, no llores, todo va a ir bien».

La mente es increíble, llega a hacerte creer lo que quieres creer. Así que durante meses continué despertándome todas las noches porque oía tocar a la puerta. Salía y miraba y los buscaba, pero no había nadie y nunca llegó nadie.

Es terrible cuando mis pensamientos serpentean entre los recuerdos y la fantasía y lo macabro y la autoagresión y entonces me pregunto: ¿qué demonios estaba haciendo yo mientras ellos morían? A lo mejor estaba comiendo o viendo la tele o fumando un cigarrillo, mientras a dos mil kilómetros ellos encontraban la muerte.

¿Cómo habrá sucedido su muerte? ¿Habrá sido un tiro en la cabeza o en el corazón? ¿Les habrán hecho sufrir? ¿Qué habrá pensado papá, o sea, cuál habrá sido su último pensamiento? Quizás pensó que había sido inútil sufrir hambre y soledad durante tres largos años, inútil fingir que era feliz cuando hablaba con nosotros a través de radioaficionados, inútil esperar el abrazo de su mujer y de sus hijos, inútil soñar con un futuro para después. O quizás habrá tenido pensamientos más bonitos, porque él no era fatalista como lo soy yo; quizás ha confiado hasta el final en la bondad del ser humano.

Y el tío habrá pensado en Venesa, Ado y en la tía y quizás también en nosotros, mientras iba hacia el encuentro de la muerte.

El hombre afronta su primer viaje solo cuando llega al mundo. Pero nada más llegar lo acogen abrazos delicados. También el último viaje se hace solos y cuando los ojos se cierran, comienza el viaje y estás solo. Muchos hombres tienen la suerte de tener cerca manos que los estrechan afectuosamente durante la espera del nuevo viaje. Esperar ese viaje definitivo solos es cruel; mi padre, mi tío y otras 8000 personas tuvieron que hacerlo ese día. Y cuando lo pienso se despierta el monstruo dentro de mí. El odio y la rabia me invaden. ¡Es incontrolable! Me vuelvo cruel, una potencial asesina.

Cuando éramos pequeñas, mi prima Venesa y yo íbamos a la cama de la abuela mucho antes de tener sueño porque así en la oscuridad, bajo las mantas, podíamos soñar con los ojos abiertos. También mamá lo hace, antes de tener sueño se va a la cama y en su

mundo imaginario continúa los capítulos de su vida, tal y como habría sido si no hubiera sucedido todo lo que pasó en la realidad. Mi abuela desde ese mundo imaginario no sale desde hace más de diez años; no sabe qué día es, ni la estación o el año. No habla nunca y prefiere estar sola en su habitación, donde no llegan las voces y las risas de mis hermanos. Y parece que nadie le hace daño, que nadie puede tocarla. Y, sin embargo, a veces veo caer alguna lágrima sobre su rostro inmóvil, porque tal vez le llegan los ruidos del mundo a veces y disturban el sueño en el que vive. Una pequeña muñeca de porcelana, eso es lo que parece mi abuela.

Caminé durante media hora mientras terminaba de salir el sol para dar paso al día; tenía que volver al hospital para atender las últimas cosas. Volví, solo porque quería irme lo antes posible de ese enorme edificio con tantas pequeñas habitaciones de muros impregnados de enfermedades que las pequeñas vidas que allí yacían trataban de derrotar.

Tenía la sensación de que la muerte me perseguía. Me parecía estar condenada a la inmortalidad que contempla a los mortales.

Cuando una vez intenté quitarme la vida fue sobre todo por un cierto sentimiento de culpa para con todos aquellos que habían muerto. Después me arrepentí, no porque hubiera aprendido a vivir, solo por respeto. Tenía que respetar a los que habían muerto sin quererlo, pero lo han hecho para permitirme vivir a mí. Y entonces he pensado que la muerte no podía ser una solución razonable, tenía que haber alguna lógica. No todo es caos.

Terminé lo que tenía que hacer; entré a despedirme de la tía, pero la cama ya estaba vacía y limpia y no quedaba rastro alguno de la vida que se había ido. ¡Cómo puede suceder todo tan rápido! La muerte llega y se va a escondidas tan fácilmente...

Salí casi corriendo y me refugié en el abrazo de Alice, que había venido al hospital miles de veces al día durante toda la semana. «Ha terminado» pensé, pero en realidad todo tenía que volver a empezar de nuevo. Por suerte no sabemos qué nos depara el mañana.



De la naturaleza

Estoy irremediabilmente apegada a la tierra, a la naturaleza, a todas las cosas que me sorprenden cuando miro un árbol, un pedazo de cielo, la superficie de un lago o el curso de un río. Adoro la naturaleza porque consigue conmoverme sin decir nada, sin hacer nada, tan solo siendo ella misma.

El periodo que pasé en Bosnia durante la guerra ha acentuado mi apego a la naturaleza. No es amor por el medio ambiente lo que siento, es más simple y primitivo. La naturaleza se convirtió en algo que me protegía. Me arrastraba entre la hierba alta para que los serbios no me vieran cuando iba a buscar el agua. Me encaramaba sobre el cerezo y desde allí arriba, escondida entre las ramas y los frutos, comía y los veía más allá de la colina. Los árboles protegían al abuelo mientras gritaba: «Traedme las gafas que no he visto bien dónde ha caído esa última granada». Y la abuela, cabreada, respondía: «¡Maldito seas! ¿pero es que quieres que te caiga en la cabeza?» Pero el abuelo no la escuchaba, entraba en casa con expresión de fastidio para coger él mismo las gafas y como diciendo: «estáis haciendo que me pierda lo mejor del espectáculo».

La naturaleza era hermosa hasta contaminada de todos esos metales, esos trozos grandes o pequeños de granadas que habían caído sin haber resultado mortales para nadie. Arrastrándome entre la hierba los veía, los recogía para coleccionarlos en casa. Los había de mil colores distintos y formas rarísimas.

La noche era maravillosa, iluminada por las luces de la explosión. En el horizonte algo se encendía, el cielo se iluminaba y por un momento parecía que era de día, y las montañas aún más negras se recortaban contra el cielo, mientras todos admiraban esa visión con la boca abierta.

Inmediatamente después volvíamos a decir: «Pero mira tú esos animales, nos están destruyendo hasta la naturaleza». Vale, después decíamos eso, pero lo cierto es que esas imágenes nos dejaban a todos sin aliento.

Tumbada en el suelo leía y jugaba con el ruido de la guerra. El primer estallido significaba que habían lanzado la primera granada,

después venía el silbido angustioso del artefacto volando. Entonces canturreaba para mis adentros: «Quién sabe dónde caerá, acá o allá». Si caía cerca la explosión destrozaba las ventanas y durante un rato nadie decía nada. Si caía más lejos, los adultos empezaban a decir: «¡Ay, ay, ay! ¿habrá caído en la casa de Fatima?»

«No, no, por allí está la casa de Mujo».

«Que no, que la casa de Mujo está donde la farmacia».

«Habrá caído donde Zuhra».

Y así se tiraban una hora discutiendo, después el abuelo se largaba para ir a ver dónde había sido.

A veces, cuando los serbios estaban especialmente “en forma”, los bombardeos duraban toda la noche. Entonces tenía miedo. Tenía miedo de que mamá, mis hermanos y yo no muriéramos juntos. Esta idea me angustiaba. Los imaginaba a todos bañados en sangre y yo viva. Entonces me aferraba a mamá todo lo que podía para estar segura de que moriría con ellos. Pero no tenía miedo siempre, la mayoría de las veces solo tenía curiosidad. Y no lograba entender cómo era posible que los adultos estuvieran cada vez más embrutecidos por la guerra y, sin embargo, los paisajes que me rodeaban fueran cada vez más maravillosos.

En los días que siguieron a la muerte de mi tía me descubrí amando aún más la naturaleza, me aferré a ella como si esta pudiera salvarme de toda la tristeza que albergaba en mi interior. Pero esta se reía de mí; sentía reír al viento mientras intentaba perseguirlo por las callejuelas, pero él, eternamente, lograría huir de las manos que querían acariciarlo. La naturaleza se reía de mí y de mi miedo a la muerte porque ella es eterna; permanecería siempre ahí y vería cambiar a las generaciones, vería al mundo modificarse. Esta idea me volvía loca, era una idea disparatada, pero odiaba pensar que había que morir, no quería morir, en absoluto. Y luchaba contra la presencia de la muerte en mi cabeza. Pero era una lucha desequilibrada. De todos modos, ganaría ella.

En aquella época todo me parecía insensato. Como si el velo que cubría el mundo se levantara ante mis ojos y yo viera la nada y ya no pudiera ponerme la careta de felicidad, hacer como que las cosas tenían sentido. Intenté volcarme en los estudios y en el tra-

bajo para no pensar, pero soy una paranoica obsesiva (conclusión a la que llegué sin ayuda de psicólogos) y si se me mete una idea en la cabeza la desentraño, la deshago en mil pedazos y me obsesiono casi hasta la locura. Iris y Alice intentaron por todos los medios sacar algo de alegría de mi rostro sombrío. Pero quienes realmente me ayudaron a despertar de la pesadilla fueron Arthur y Sophie.

Creo que siempre hay un primer motivo que te lleva a establecer una relación con una persona. Con Arthur y Sophie fue nuestro modo de ser unos soñadores sin remedio; este siempre fue el hilo conductor, el *leit motiv* de nuestra amistad y lo que me salvó del miedo a la muerte. Pasé con ellos casi todas las tardes durante los años de la universidad y no he podido soñar tanto con nadie más. Cada tarde encontrábamos algo sobre lo que fantasear, un objetivo que alcanzar, un sueño que construir. Así durante años sentados en nuestro *pub* favorito hemos soñado con nuestro futuro, haciendo maravilloso y lleno de vida nuestro presente. Hemos pasado días enteros revolcándonos entre las hojas otoñales de los parques, recitando poesías, jugando a ser otras personas e inventarnos nuevas identidades. Pero después, puntualmente, volvíamos a ser los paranoicos de siempre en busca de un aliciente que nos hiciera salir del mundo de los sueños y nos empujara a hacer algo en la realidad.

Arthur es realmente tan guapo hoy como lo era cuando lo conocí. Siempre un poco inseguro y vago, pero se ríe de todo. Siempre sin dinero y sin coche, inseguro sobre qué hacer, pero, a estas alturas, concienciado y feliz de su homosexualidad. Un poco como una mariposa que vuela de flor en flor, incapaz de soportar el peso de otra vida junto a la suya. Un poeta de estilo dieciochesco o un cómico dialectal. Nunca es mordaz, incluso las críticas más crueles brotan de sus labios como una caricia. Un poco incómodo en cualquier sitio, no hay un mundo que lo pueda entender, que pueda acoger su originalidad y su locura. Algunas de las tardes más bonitas de mi vida las he pasado con él, embriagados con una botella de vino y muchas palabras. Algunas de las mejores llamadas de teléfono son las que en tres cuartos de hora hablábamos de un inexistente criadero de canguros, del que habían escapado algunos y teníamos que salir de viaje para encontrarlos. Lo que más me gusta de él es su entusiasmo para estar con la gente; lo hace adorable.

Cuando viene a mi encuentro y me coge en brazos y me rompe los huesos de los hombros con un abrazo, toda tristeza me abandona mientras dura ese abrazo.

Sophie es espectacular: siempre que creo que la conozco bien, ella me muestra una nueva faceta. Está llena de máscaras. Pero bajo todas esas máscaras hay una criatura maravillosa, tan sola y tan perdida en su propia lucha contra la soledad. Está ahí dentro, justo dentro de sí misma, donde está tan sola que es también muy fuerte. Lo que más me gusta de Sophie es su capacidad espontánea y natural para demostrarme su cariño. Es gracias a lo que Arthur y Sophie representan para mí cómo he logrado liberarme del hedor de la muerte de mi tía. Es gracias a nuestro soñar juntos cómo he encontrado un sentido a las cosas, cómo he vuelto a vivir sin la sombra de la muerte constantemente sobre mí.

En la época en la que murió mi tía Miguel se encontraba en Suecia. Decidí buscarlo, para refugiarme en algo que estuviera años luz de mi sufrimiento. No lo encontré.

Lo vi un par de veces antes de que se fuera a México. Escuchaba continuamente a Cranberries, *Wake up and smell the coffee*, inquietante el álbum.

Volví un par de semanas a casa con la familia y mamá se hizo cargo de mi malestar interior, me hizo dormir en la cama con ella y fue un poco como volver a estar en su tripa, calentita y segura. Y me pareció que me había curado, no veía la muerte en cada cosa, no me obsesionaba con las mil enfermedades que podía coger o, peor aún, que podía haber cogido ya.

Puntualmente, como había hecho siempre en el último año, cuando enloquecía por las ganas que tenía de Miguel iba a alguna cabina y marcaba su número, escuchaba su voz risueña que gritaba: «¿Diga?, ¿diga? No oigo». Esperaba a que colgase y me colmaba de felicidad por haber oído su voz.

¿Una psicópata? No, es que lo peor para mí es olvidar la voz de una persona. Es horrible recordar a una persona y no ser capaz de ponerle una voz. No lo soporto. Ya no recuerdo la voz de mi padre. No sé cómo sonaba. No logro que me vengan a la mente las particularidades de su pronunciación, de su acento. Tampoco

recuerdo la voz de mi tío. Recuerdo sus bobadas de siempre, pero ya no tienen sentido porque no consigo relacionarlas con una voz. A veces sucede que una sensación o una situación hacen que me venga a la mente las voces de mi padre y de mi tío; me esfuerzo por aferrarlas, pero se desvanecen antes de que pueda retenerlas. Algunas veces oigo como un murmullo en la cabeza, una infinidad de voces que me llaman desde el pasado y que no puedo entender, no puedo reconocerlas.

Un mes después de la muerte de mi tía, Iris se mudó a otra ciudad. Hacía tiempo que tenía que mudarse, pero yo no me había parado a pensarlo seriamente. Ese día, mientras se llevaba las últimas cajas, yo estaba escuchando a Bob Marley fumando un cigarrillo. Ella se estaba yendo y todo parecía terriblemente normal. Mi comportamiento hacia ella estaba tan impregnado de cariño y amistad real que podía casi palparse. Sin embargo, también se apoderó de todo un sentimiento de nostalgia por las cosas que habíamos vivido juntas, una cierta melancolía provocada por la idea de la lejanía. Es más cabrona de lo que uno pueda imaginar. Y el tiempo es una puta: prostituye todo con tal de continuar su camino sin que nada lo moleste.

Iris cree en las relaciones a distancia, yo no. Tengo miedo de que se olviden de mí, tengo miedo de no valer lo suficiente como para que me busquen. Pero, sobre todo, odiaba ese extraño destino que de repente me quitaba las cosas más importantes de mi vida. Sucedió continuamente desde que tengo uso de memoria, sucedía cíclicamente, repetidamente, y no era capaz de imaginar nada duradero, porque todo llevaba ya implícito la fecha de caducidad.

Iris se fue y en los días siguientes me resultaba extraño no oír sus pasos inconfundibles por casa, era extraño no beber café y estudiar juntas, no tenerla ahí a mano para salir dar una vuelta al centro. Pero me demostró que la distancia no era más que un límite mental mío y al menos dos veces por semana volvía a verme y pasábamos nuestras estupendas noches por ahí, a veces solo leyendo poesías de Stefano Benni y riendo, riendo y sintiéndonos aún más comunistas. Algunas tardes, cuando me ponía triste porque ella no estaba y tampoco sabía dónde estaba Miguel, Iris cogía el primer

tren y llegaba a consolar mis tristezas. Iba a buscarla a la estación y el aire de principios de marzo era ya cálido y los árboles despedían su perfume, y yo, vestida de mil colores, corría a su encuentro.

Llegó el 17 de marzo. Tendría que haber sido un día normal; yo trabajaría de tarde y después iríamos a una fiesta. Sin embargo, en un determinado momento, Alice me avisó de que vendría Miguel. Terminé de trabajar, fui corriendo a la fiesta y me lo encontré por la calle. Sin decir nada, me abandoné a su abrazo y encontré esa paz que nunca tengo. El habló de zapatos rotos, pies ensangrentados y distancias, de México, de enfermedades, de su nuevo tatuaje y de mil cosas.

Yo no dije nada. Llegamos a la fiesta, robamos una tarta y corriendo por las callejuelas se la ofrecíamos a los viandantes.

«No besaré a nadie más después de ti» dijo, y era una auténtica putada, pero tan maravillosa. Solo quería respirar. Después de mil estupideces y bobadas por la ciudad, dimos un largo paseo en coche y encontramos un maravilloso campo de flores rojas. A mí me parecían amapolas, pero no entiendo mucho de botánica.

No dormí. Permanecí sentada acariciando su piel, que parecía de goma, casi sabía a gominola. Hacia el amanecer salí y me senté en medio del prado. Lloré un poco; lloré porque no lo vería más, o, mejor dicho, nunca más habría esa magia. El amanecer estaba disipando las tinieblas de la noche y la luz poco a poco invadió el mundo. El silencio. Mi silencio interior y el canto de los pájaros despiertos. Recogí un ramo de amapolas (hagamos como que eran amapolas) y volví al coche. Dormía. Guapo, con la piel lisa e inaccesible como una serpiente. Lo miraba y tenía ese miedo absurdo a que muriera. Lo miraba y veía un pequeño hombre triste. Apoyé el ramo de amapolas sobre el salpicadero y el ruido que estaba haciendo lo despertó.

«¿Pero no duermes?», dijo casi en sueños.

«No puedo».

«Yo tampoco podía dormir hace algún tiempo si estaba con otras personas. Y entonces cogía trocitos de madera y hacía arcos. Venga, ve a coger unas ramas y haz tú también arquitos. Te presto mi navaja».

Rompí a reír. Eran las cinco de la mañana y él me decía que hiciera arquitos. Yo estaba en plena tragedia personal y él me decía que hiciera arquitos. Me reí un montón y él pensó que estaba loca. Me tumbé a la espera de que se despertase. Lo notaba tan raro, a años luz de mí, asquerosamente ajeno a mí, en un mundo completamente suyo, que no tenía nada que ver conmigo. Sentía que sería un dulce final. Todo se desvanecería así, sin grandes dramas o escenas patéticas. Empezaba a entrever un poco de esa falsedad típica de todos los hijos de papá que se hacían pasar por alternativos.

Iris y Alice me mandaban mensajes y estaban borrachas; lo supe porque el único punto de referencia para explicarme dónde estaban era una excavadora. Otra vez sentí la inquietud, las ganas de irme lejos de él; odiaba ver la agonía de nuestro último momento. Veía sus movimientos nerviosos durante el sueño (¿quién sabe si él también soñaba con hombres de largas barbas y cuchillos de punta?) y el corazón se me partía, se rompía en mil pedazos mientras oía en mi cabeza el tocadiscos con la canción «Lasciati guardare un po' più a fondo finché si può, senti come tremo perché sento che tutto finisce qui...»³⁷ Finalmente, a las siete se despertó, volvimos a la ciudad y una vez allí me inventé una excusa para irme.

Siempre me he inventado excusas y él lo sabía, pero no importaba, no hacía caso. El último beso tuvo el sabor de cosas ya perdidas. Las últimas palabras sonaron como plomo y pesaron como cemento. Me bajé y no me volví para mirar el coche que se alejaba, no me volví a decir al viento hasta pronto. Me puse a caminar y De André empezó a cantar en mi cabeza: «Stanotte Miche' / s'è impiccato a un chiodo perché / non poteva restare vent'anni in prigione senza te... / Io so che Miche' / ha voluto morire perché / ti restasse il ricordo del bene profondo che aveva per te...»³⁸ La ciudad estaba en movimiento, yo en las nubes.

37 Versos de la canción de Subsonica "Lasciati" publicada en 1999 en el álbum *Microchip Emozionale*: «Déjate mirar un poco más a fondo mientras se pueda, siente cómo tiemblo porque siento que todo termina aquí...»

38 Versos de la canción de Fabrizio De André "La ballata del Miche": «Esta noche Miche' se ha colgado de un clavo porque / no podía estar veinte años en prisión sin ti... / Yo sé que Miche' ha querido morir para que / te quedara el recuerdo del amor profundo que sentía por ti...»

De Miguel me quedó su honestidad sentimental, ese decirlo todo siempre y a pesar de todo, aunque hiciera daño. La sinceridad que me había encadenado había hecho que se convirtiera para mí en un término de comparación con el resto de los hombres existentes sobre la faz de la tierra. Y su imprevisible locura, su capacidad para vivir fuera del mundo como vivía yo. Después de la última noche con Miguel lo que me dolió fue la pérdida de un cierto sentido cíclico en mi vida. En realidad, solo había perdido eso; nunca lo tuve a él ni él a mí. Lo que me había regalado era la espera de su regreso, la espera del cumplimiento del sueño del amor. Él había sido la perfección, lo más inmaculado porque nunca se había llegado a llevar a término, nunca me había colmado completamente, sólo la parte de mí misma que era una criatura de Miguel.

La primavera continuó sin dolor; siempre había una fiesta, un concierto, un libro, una poesía o algo en el teatro. Iris, Alice, Sophie, Arthur vivían constantemente conmigo. Pero también estaba ella: Emilia. Es una de las personas que más he amado y amo en mi vida. Anna Karenina y Juana de Arco al mismo tiempo. Perfeccionista y artista, paciente e impulsiva, pero sobre todo cínica, cínica, cínica. Siempre ha sido la mejor compañera de cigarrillos y discusiones de alto nivel. Hemos analizado todas las religiones, llegando a conclusiones cuando menos discutibles. Hemos puesto patas arriba el mundo político sin lograr entrar ni una pizca de pureza, hemos diseccionado las relaciones humanas hasta verle el lado más patético. Fue Emilia quien hizo que me enamorara de las pequeñas calles de Génova, su pasión por los años de plomo mantuvo despiertas mis ganas de revolución. Vivió conmigo la historia de Miguel, su fin y la entrada de Gabriel en mi vida. Desde aquel primer momento creyó que yo también fuera domesticable. Sin embargo, yo no lo creía posible; durante años había vivido como una salvaje. Nunca nadie había traspasado el muro que me protegía. Miguel no había querido domesticarme porque mi mayor atractivo para él era mi esencia salvaje. También para mí buena parte de su atractivo residía en su esencia inaprensible.

Aquella primavera, después de Miguel, tenía aún el sueño del periodismo, aunque se estaba desvaneciendo un poco. Cuando hablaba con mi profesor de historia del periodismo de lo que quería

hacer, describía más o menos al protagonista de la película *El muro de goma* de Marco Risi. Pero es demasiado tarde. Los periodistas ahora viven detrás de la pantalla de un ordenador, me decía. ¡Vaya! siempre llego tarde. Yo quería buscar la verdad, ir al fondo de las cosas, descubrir los mecanismos del mundo, pero era demasiado tarde. Quería vivir en los años setenta, pero ¡llegaba treinta años tarde! Es horrible pensar que ya es tarde, que lo que querías hacer está anticuada, que la tecnología ha entrado de pleno en el mundo y te ha robado tu sueño. Y ni siquiera tenía ya el sueño de Miguel, se había diluido con el paso del tiempo y se había evaporado.

Seguía creyendo en los cuentos que mi abuelo inventaba para mí y para Venesa y pensaba aún en las historias sobre extraterrestres que nos contaba mi padre por las noches mientras caminábamos por las calles desiertas de Srebrenica. Tenía aún la convicción de que el perro lobo que tenía en Bosnia y que usaba los días de nieve para tirar del trineo era un reno y de que Papá Noel era en realidad la reencarnación de Tito. Mantenía viva mi fe en los *guardianes del bosque* que antes o después me indicarían el camino correcto hacia algo puro. Había tantos personajes que vivían en mi mente. El resto era el mundo. Ese mundo real y aburrido que era mejor evitar, del que había que huir para no acabar domesticado, para seguir siendo salvaje. Ese mundo que años atrás me había herido de muerte y aún no me había permitido curarme.



Gabriel

(I can fly but I need his wings)

Hoy es 16 de junio de 2005, mi terapia de grupo para superar los ataques de pánico está a punto de terminar.

Dos sesiones más y tal vez pase a las individuales. De todos modos, desde hace tres semanas estoy bien; para ser exactos veintidós días, los he marcado en el calendario.

Ya no tengo miedo. Es lo que más me destruía: tener siempre miedo a morir. Despertarme y pensar en eso, durante todo el día esperar eso, ir a la cama por la noche y obligarme a permanecer despierta toda la noche por miedo a dormir durante el sueño. El miedo me consumía, como un gusano penetraba en mi cerebro y caminaba por mis nervios hasta hacerme enloquecer.

Solo existía el miedo, la angustia constante que me pellizcaba en la boca del estómago, después me oprimía las sienes, hasta llegarme a ahogar, hasta llevarme a la muerte. Sentía continuamente el presagio de una catástrofe, de una tragedia inminente y el corazón comenzaba a desbocarse y tenía la sensación de que acabaría por explotar en breve. Sentía que estaba al final, al borde del precipicio, al inicio de un viaje a oscuras. En mi mente había una yo que, sin embargo, no era yo misma. La vida se alejaba dejándome a merced de esta que no soy yo, de este otro yo que se había apoderado de mi mente y me castigaba a cada paso por culpas que no entendía. Y no me hablaba, no quería desvelarme el secreto de ese miedo, quería solo volverme loca de una angustia constante y terrible.

Pero ahora parece que se haya pasado, al menos de momento. A lo mejor es gracias a las pastillas de serotonina o a lo mejor gracias a mis nuevos objetivos. Creo además que mi nuevo e inestable bienestar puede ser debido al hecho de que dentro de mí he empezado a abrir ciertas cajas que había precintado y he empezado a mirar a mi pasado a la cara.

Y además está Gabriel, que me ha puesto en la mano la espada para cortar la tela de araña en la que me escondía de nuestro amor. En una película suya Woody Allen sostiene que lo contrario de la

muerte es el deseo, lo que mata a la muerte es el deseo. Este es el principio en el que me inspiro cada vez que siento que el torbellino de la angustia llega para embestirme de pleno. Cuando la vorágine se abre dentro de mí y un temblor general bajo la piel comienza a cosquillearme, el corazón se desboca, un sudor frío me hace castañetear los dientes y mi mente se separa y decide irse por su cuenta, entonces me aferro a mis deseos inmediatos, me mantengo lo más cerca posible del atisbo de positividad que encuentro y poco a poco el cuerpo se calma, el corazón recupera su ritmo normal. Y tengo que decir que estoy aprendiendo a esquivar los golpes, he descubierto algunos truquillos nada malos para sostenerme cuando el suelo tiembla bajo mis pies y la materia comienza a desintegrarse y a crear formas que solo existen en mi obsesión.

Conocí a Gabriel en el trabajo. La primera vez que salimos quedamos delante del teatro; llegó tarde, como siempre en los años que siguieron. Odio a la gente que llega tarde, pero con él en un determinado momento se hizo divertido; apostaba conmigo misma a que llegaría puntual o no. Aquella primera cita estuvimos en mi bar preferido y bebimos vodka con zumo de naranja. Por otra parte, debe de haber sido la última vez que bebí vodka: ¡me da verdadero asco!

No dejé que me acompañara hasta casa, sino que nos despedimos en la esquina de mi calle. Que viera el portal de mi casa significaba dejarlo acercarse demasiado a mi mundo. No tenía ganas. Así que volví a casa sola, riendo para mis adentros de su timidez. Entré en casa, me fumé un cigarrillo en la ventana mientras escuchaba Modena City Remblers y un aire de primavera me acariciaba dulcemente la piel y acompañaba mi noche de estudio.

La segunda vez que quedamos hablamos de la película de Aleksandar Petrović, *Il maestro e Margherita*. En aquella época yo me “drogaba” con literatura rusa y, en cuanto encontraba alguno que me hiciera caso, vomitaba todo mi saber, todas mis teorías. La velada transcurrió lenta sobre nuestra piel, mientras saboreábamos el aire húmedo y cálido de plena primavera sentados en un bar.

Se estableció entre nosotros una extraña relación de desapego: yo no lo llamaba, no le pedía que nos viéramos y prefería vivirlo

todo de modo lo más distante posible. Siempre he sido demasiado impulsiva y pasional, pero nadie se ha dado cuenta de esto nunca, porque, en cuanto era consciente, mataba ese apasionamiento antes de que naciera. Escondía siempre lo profundo de mi sentimiento mostrando una fingida indiferencia para protegerme de los otros y para salvarme de mí misma.

Gabriel siempre se ha guardado bien de exigir algo, hacía uso de esa teoría de De André: «Dammi quello che vuoi, io quel che posso»³⁹.

Él se movía en círculos grandes a mi alrededor, no invadía mi espacio y tampoco me dejaba invadir el suyo. Giraba en torno a mí con cautela, sin presiones, ni prisas, pero con determinación. Después de nuestras primeras dos citas que habíamos pasado en diferentes locales, inició nuestro peregrinaje. Pasábamos las tardes caminando por las calles de la ciudad, llamábamos a puertas y ventanas y salíamos corriendo, fumábamos mil cigarrillos y hablábamos de grandes ideales. Él hablaba poco, yo, en cambio, era un torrente de palabras. Era descarada y alocada y le contaba todo lo que se me pasaba por la cabeza. Le hacía morir de risa cuando me echaba a reír y no conseguía parar. Abría los ojos de par en par cuando me aventuraba a la exposición de mis absurdas teorías sobre la vida o sobre el mundo y adoraba mis rarezas. Mi auto ironía lo divertía y mi imaginación le hacía estremecerse. Creo que amaba también mi frenesí, esa energía vital que hacía que quemara cada etapa y me obligaba a hacer miles de cosas sin llevar nada a término. Después descubrió mi inconstancia y se enamoró, porque él siempre ha sabido amarlo todo de mí.

Una tarde de junio en la que yo llevaba puesta mi falda larga morada y el pelo recogido, llegó con un ramo enorme de margaritas robadas del jardín de sus abuelos. Fuimos al castillo y me hizo una corona de margaritas; me la puso en la cabeza tal y como hacía mi madre cuando era pequeña. Mientras arrastraba la falda por las escaleras del castillo, me sentía verdaderamente una princesa. Nos sentamos en un banco de piedra y él se acercó y comenzó con ese juego

39 Dame lo que quieras, yo lo que pueda.

eterno de las manos. Todo contacto con su cuerpo me provocaba escalofríos y me hacía cosquillas en el estómago. Gabriel hablaba de la dirección que toma la mirada cuando miramos fijamente algo. Era un discurso interesante, pero a mí me hubiera gustado besarlo, sentir su sabor después de dos meses de citas absolutamente pasadas de moda, pero terriblemente románticas. Nunca he deseado a nadie como me ha pasado con Gabriel, nunca antes me había dado tiempo a ello. Con los otros todo sucedía rápido, la primera noche o, como mucho, la segunda. Con Gabriel el tiempo se diluía en un líquido suave e inconsistente, el tiempo no tenía ni principio ni fin.

Nos hicimos compañeros de ventana, aunque nuestras ventanas distaban cien kilómetros la una de la otra nos parecía que estaban juntas cuando, por la noche, fumábamos el último cigarrillo y nos mandábamos mensajes de una ciudad a otra. El espacio no tenía sustancia ni materia; era la nada que se extendía a nuestro alrededor y parecía que se nos metía en la cabeza.

Después llegó julio y la época de los grandes viajes. Yo tenía que ir a Berlín con mi hermano para introducirle en el rito de iniciación al viaje autónomo. Una vez que hubiera vuelto de Berlín partiría para Croacia y mientras tanto Gabriel se iría un mes a Londres.

La última tarde la pasamos hablando del verano que se nos estaba echando encima, conscientes ambos de que ese verano podía ser fatal para esa cosa frágil que había entre nosotros. Esa tarde mi acompañó hasta el parque que había delante de mi casa, yo me armé de valor y lo abracé. Era el primer contacto real con su cuerpo, era un abrazo rígido y embarazoso, pero deseado. Volví a casa, puse Marlene Kuntz y esa canción que decía: «Prima o poi prendo coraggio e ti abbraccio»⁴⁰.

La mañana del 11 de julio salimos para Berlín mi hermano pequeño y yo. Era un viaje alucinante, todo en autobús porque era la única cosa que me podía permitir. El autobús llegaba a Viena, nos teníamos que parar allí un día y después volvíamos a salir para Berlín.

Viena... ¡qué ciudad tan extraña! Parece un caballero activo y potente de día, al atardecer se relaja, casi dulce, casi romántica y de

40 Antes o después me armo de valor y te abrazo

noche asume la expresión severa de una reina insomne. Por todas partes cascadas de agua, fuentes, el Danubio. Todo fluía en mi pecho y me agitaba. Me parecía un ensueño verde y blanco. Mis imágenes mentales recorrían desde las esculturas de mármol hasta los prados verdes, desde el azul del río hasta el agua blanca de las fuentes.

Viena... Me relaja, después me emociona. Hay en ella un poco de mi Este, en el Danubio hay un perfume a infancia, a cosas que se han ido, a cosas que nunca he tenido. Me recuerda al Drina; esas tardes de picnic, días de baños y sol y comida hecha por mamá. Esas largas historias sobre mujeres-pep y las mil leyendas sobre los remolinos del Drina. Desde nuestra orilla saludábamos a la gente al otro lado del río. Aquello era ya Serbia.

Yo aprendía a nadar y se me congelaba el cuerpo, exactamente como el Danubio hacía con mis pies. Corría sin fuerza bajo mis pies, un flujo continuo, armónico, que contrastaba tanto con mi modo de ser inquieta, impaciente, buscando siempre algo, siempre con esa tristeza y esa alegría en el alma, ambas convulsas.

Me pregunto: ¿cómo fue posible? ¿cómo fue que al final esas orillas acabaron siendo almacenes de cuerpos sin vida?

Hay días en lo que soy buena conmigo misma, me entiendo y comprendo mi obsesión paranoica con la muerte. Tal vez no puede ser de otro modo cuando cada recuerdo de tu vida de alguna manera está embarrado de muerte. Y a cualquier lugar donde vaya el corazón se desgarrá, la mente se pierde en recuerdos irrepetibles y mis manos se quedan vacías. Sólo podía recoger muertes, vidas truncadas violentamente. La muerte no me abandona nunca.

En realidad, mi hermano y yo no llegamos nunca a Berlín, nos quedamos en Viena. Y todo por una estúpida negligencia burocrática, porque nos faltaba un visado para entrar en la República Checa que estaba justamente tocando las narices entre nosotros y Berlín. Así fue como nos quedamos en Viena y volvimos a Italia algunos días antes de lo previsto. Justo a tiempo para ver a Gabriel una vez más antes de su partida. Se rio de lo desorganizada y despreocupada que era para los detalles. Justo antes de despedirme me dio un beso, un beso de verdad, el que hacía meses que esperaba. ¡Dios! No es gay, pensé con alivio, porque empezaba a temerme eso. El

beso me provocó vértigo y palpitaciones, una especia de primer beso absoluto. Algo nuevo, fresco y único, algo fuerte por lo que habría renunciado a mi viaje a Croacia. Pero no era momento de renuncias, aún no era necesario atar nuestras existencias a nuestros sentimientos. Teníamos aún mucho que aprender por separado, cada uno por sí mismo. En realidad, luego el tiempo de las renuncias con Gabriel nunca llegó.

Era una triste tarde de finales de julio; el cielo no tenía nada de estivo, de hecho, era como si amenazara lluvias otoñales. Me tumbé sobre la cama, encendí un cigarrillo y releí la primera poesía que había escrito para Gabriel.

*¿Es una cruel ilusión?
Tus palabras como
armónica melodía
sinfonía nunca oída
ritmo apremiante
violento, relajante.*

*¿Es mi imaginación sedienta?
Tus manos
no son pesados golpes
sobre mi carne masacrada,
no son disparos ensordecedores
sobre mi guerra apagada.*

*¿Y tú lo percibes?
Este espacio indefinido.
¿Lo sientes?
Este soplo de sentimiento en curso.
Sobre pasos conocidos camino,
aquí, dentro, donde reine el caos.*

*Los fantasmas del pasado
bailan músicas antiguas.
La gitana dice
que no serás la llave,*

*no serás la salida de emergencia.
El caos despierta la locura.*

*Y mañana...
Tú maravillosamente lejos
de mis ocultos deseos,
de mis miedos ilógicos.
Tú, libremente lejos
de las telarañas de mi sueño.*

*Y no sabes el momento
cuando he alzado el velo
de esta agitación enérgica,
esta inquietud infantil.
¿Eres tú el guardián
del jardín de las margaritas?*

*La botella de fuego explota,
el azul se desgarra,
se viste una tarde dócil
y yo de nuevo frágil.*

Me dormí con la sensación de un final inminente, pero intenté no hacer caso y esperé un bonito día de sol al despertar. Pensé mucho en las frases: «No eres la salida de emergencia. El caos despierta la locura». Comprendí hasta qué punto Bosnia y la guerra estaban dentro de mí.

Gabriel se fue a Londres, yo fui al concierto de Bregovic con Iris. Fue algo inolvidable. Lloré escuchando *Ederlezi*, bailamos como “obsesas” escuchando *Get the money*. Con nuestras faldas larguísimas y de vuelo y los pies descalzos teníamos la sensación de volar. Iris parecía una diosa maliciosa, yo una *hippie* auténtica. Parecía que no tocáramos la tierra y estuviéramos en un mundo solo nuestro.

A principios de agosto llegué a Croacia, a la playa a casa de *teta* Dalma y *barba* Branko. Solo que él ya no estaba y su ausencia se hacía verdaderamente real cuando me sentaba en su banco del jardín e imaginaba que podía hablar con él. Me hubiera gustado contarle mi

vida en Italia; se había preocupado tanto por mí, por el hecho de que fuera una pequeña mujercita en un país extranjero. Me hubiera gustado decirle que mientras tanto me había hecho una mujer y sabía cómo mantener a raya la vida la mayoría de las veces. Pero él ya no estaba. Y así el viaje a la tierra natal era un cuarto de viaje. Primero, como mucho llegaba hasta Sarajevo, nunca me atrevía a ir hasta mi ciudad, Srebrenica. En segundo lugar, aparte de mis primos, no encontraba a nadie de mi infancia y, después, no estaba *barba* Branko. El viaje al pasado no me llevaba nunca al destino al que me hubiera gustado llegar, me dejaba siempre a merced de una nostalgia que no me permitía reconstruir lo que una vez hubo.

Gracias a la existencia de Gabriel y a su *carpe diem*, me di cuenta de algo muy superfluo, creo. Está bien, igual la digo: no he sabido nunca vivir el presente. No es culpa mía; la culpable es mi mente: siempre pensando, rumiando, y el presente pasa y yo pienso en otras cosas.

En Bosnia era diferente. En Bosnia solo existía el presente; ponerse a pensar en el futuro era una locura.

En realidad, el problema no era la guerra en sí. Meses sin agua, sin luz, siempre bajo los bombardeos, me parecen de alguna manera adrenalínicos. Había una sensación de nervio de que había que proteger la vida. Aunque no se hiciera nada en todo el día salvo esperar algo, parecía que se hicieran grandes cosas.

Como decía, no era la guerra el problema real. La cuestión vino después, cuando todo se calmó, cuando llegó el “futuro”.

Ni siquiera era una tragedia estar en el campo de refugiados. De verdad, no lo era, a veces era agradable, divertido. Algunos días he llegado a pensar: «Esperemos que la guerra no termine en seguida, así me quedo un poco más aquí».

Vale, sí, es verdad, me avergonzaba un poco delante de los croatas; eran tan guapos, altos, rubios, esculpidos por el mar. Nosotros para ellos éramos solo la mierda bosnia. También ellos para nosotros eran escoria. Y las chicas croatas eran guapísimas. Inalcanzables. Serenas. Radiantes. Orgullosas. Altivas. De algunas era, como decirlo, amiga, pero después del episodio del colegio me daba aún más vergüenza. Así que he vivido durante un año en mi gueto bosnio. También el gueto era un desastre, porque nos con-

siderábamos escoria entre nosotros, ya que vivíamos musulmanes y católicos. Pero tengo que decir que el campo de refugiados fue divertido; era un poco como una gran comuna donde podías hacer lo que querías. Normalmente solo había madres con hijos, casi todas psicológicamente inestables, obviamente a causa de la guerra, y muy complacientes. En la escuela organizada para nosotros los profesores también eran refugiados y no les importaba nada nuestra educación ni la disciplina; por lo tanto, más que a la escuela he ido a la playa. Algo que adoraba tanto de la guerra como del campo era esta situación de inestabilidad, de alojamiento temporal. Había un estado casi histérico de ansiedad, expectantes ante algo que, cuando llegara, nos salvaría. Adorable. Sí, estuvo bien el campo de refugiados, hasta que se volvió peligroso y tuvimos que irnos a Italia.

El problema no fue tenernos que ir a Italia. Todo sucedió de un día para otro. Podíamos elegir entre Italia y un país árabe, que acogía sin problemas a sus hermanos musulmanes y los haría auténticos fieles y no de medio pelo. A mamá no le hacía mucha gracia la idea y por eso optamos por Italia. Viajamos durante doce horas en *ferry*, después atravesamos Italia y llegamos a un pueblecito del norte profundo. Me enfrenté a la pronunciación de todas esas vocales a pesar de mi natural predisposición hacia las consonantes. Durante meses no entendía una mierda de lo que la gente me decía y en el colegio ni siquiera me enteraba del cambio de hora: era toda una larga cantinela de cinco horas. En un determinado momento me di cuenta de que entendía la televisión, pero no a la gente del pueblo y es entonces cuando he descubierto los dialectos. «¡Madre mía! Pero ¿dónde se habla el italiano?» me preguntaba.

Tampoco me sentí mal cuando durante meses fui el objetivo de todo el colegio porque era estupendo divertirse tomando el pelo a alguien que no te entendía. Lo cual me excluía de su mundo y esto mismo los ha acabado por excluir a ellos del mío.

Te estarás preguntando entonces dónde demonios estaba el problema.

Pues bueno, el drama llegó cuando firmaron el tratado de paz y todo lo que no había sido un problema hasta ese día porque de todos modos era una situación provisional se mostró como algo definitivo. Ya no había ninguna esperanza en el fin de la guerra y nosotros

tendríamos que quedarnos en Italia aún por mucho tiempo, a lo mejor para siempre; a los ojos de la gente seríamos refugiados bosnios y probablemente se compadecerían un poco de nosotros toda la vida. Nuestra casa de Bosnia ya no sería nuestra, se la habían dado a los serbios y papá... y el tío... y Venesa... Y la infancia... todo desaparecido... todo perdido.

Así que la guerra no era el problema. Es verdad, era la causa, pero el después, el después fue la peor parte. La acción, sea la que sea, antes o después termina. Es el estado mental que la acción provoca lo que nos acompaña y tortura el resto de la vida.

Pasé dos semanas en Croacia y después volví a Italia para preparar los exámenes de septiembre. Gabriel ya había vuelto de Londres, pero solo conseguimos vernos una vez porque estaban siempre los cien kilómetros que nos separaban. Quedamos para el concierto de Macaco. Pasamos el día descubriéndonos, saboreándonos, destruyendo las barreras que había entre nuestras dos fisicidades. Por la noche bailamos, saltamos y reímos en el concierto. Hasta las cinco de la mañana nos quedamos sentados en su balcón, con los pies colgando, la luna grande, cercana y brillante, nuestras palabras y besos al aire. Todo era tan fresco, nuevo y experimental que no parecía posible que pudiera sucederme a mí. Dormimos en dos camas separadas porque ninguno de los dos tuvo el valor de proponer otra cosa. Por la mañana me desperté, el dormía aún y pude espiarlo un poco. Su cuerpo delgadísimo yacía inmóvil, los ojos marrones, a veces verdes, estaban cerrados. El rostro estaba cubierto por una cerrada barba que se unía al pelo negro y abundante. Era tan tierno verlo dormir; siempre he percibido en sus expresiones algo típicamente infantil, algo que lo hacía perennemente inocente e indefenso.

Intentaba vivir nuestra absurda relación lo más serenamente posible, pero no era capaz. Había algo dentro de mí que se rebelaba, un extraño miedo, una devastadora necesidad de confirmaciones que en realidad no me atrevía a pedir. Él siempre parecía tranquilo y distante. Nunca pedía nada y nunca exigía nada, viajaba por sus propios raíles y vivía independientemente de mi existencia. Era justamente lo que siempre había buscado: alguien que no me cargara con su propia vida, sus propias necesidades, sus propias exigencias.

Sí, era lo que siempre había buscado, y, sin embargo, tampoco así era feliz. Quería ser el centro de su vida. Total, nada.

He tenido siempre dos grandes miedos: necesitar a alguien y ponerme enferma. Siempre he considerado esto dos grandes debilidades para una persona. Ser débil no era un problema para mí, sabía que lo era. Pero lo más inaceptable era mostrar mi debilidad a los otros. La vida me había enseñado muy bien la soledad. Ya no me pesaba, no me provocaba delirios como después de los primeros abandonos, las primeras pérdidas. La vida había decidido que, sobre todo, yo tenía que salir a la luz; lo que estaba bajo la piel tenía que ser sólo mío. Mi debilidad era más fuerte que yo, pero se escondía bajo una capa espesa de fingida indiferencia. No podía permitirme bajar la guardia; allí abajo, donde estoy escondida, justo ahí abajo se me puede matar con una brizna de hierba.

Siempre he creído que, si hubiera estado papá, no me habría sentido así, habría sido más real, menos cruel conmigo misma. Puede ser que me hubiera cuidado bien de matar mis sentimientos, como he hecho siempre con tal de no mostrarme vulnerable, con tal de no estar como todas esas veces en las que se vencía el suelo bajo mis pies. Si hubiera estado él, las bofetadas del mundo no me habrían llegado tan directas a la cara y no habría temblado como una hoja en algunos días terribles. Creo que tampoco hubiera elegido algunos hombres desde que era una niña y seguro que no les hubiera permitido lo que les permití, siempre con el miedo a irme y estar aún peor de lo que estaba con ellos. Y quizás no me habría equivocado tanto. ¿Pero quién puede saberlo? Papá no ha estado y después de un poco de tiempo he aprendido el truco: me he cambiado por él. Me he convertido en él sobre la piel para protegerme a mí misma bajo la piel.

Así coexistían dos yo: la que se mostraba, auténtica solo en parte; y la otra que se escondía, también esa solo en parte auténtica.

Vivía en conflicto permanentemente; caminaba por la calle y me decía: «A ver, si el semáforo está en rojo, dejo a Gabriel». Luego quizá el semáforo estaba realmente en rojo, pero yo seguía andando buscando el siguiente. Algunas noches esperaba sus mensajes, establecía una hora, si antes de esa hora no había dado señales de

vida, como condena lo abandono. Y lo dejé un millón de veces, casi cada semana. Me volvía loca por cualquier cosa y había descubierto que las rabietas con él funcionaban. Era la primera vez que alguien se sometía a mis caprichos. Estaba loco, me seguía mientras yo escapaba de él, me suplicaba, a veces se ponía de rodillas delante de mí y yo sabía que lo tenía en mis manos, sabía que me amaba, si no, no habría hecho todas esas cosas. Por otro lado, sin embargo, sus sacrificios no eran suficientes y mis rabietas no tenían fin. En cuanto me separaba de él, la duda volvía a reconcomerme y no podía evitar idear nuevas estrategias para poner a prueba su amor. Le he exprimido a fondo, hasta robarle todo el oxígeno que tenía en el cuerpo; lo he martirizado hasta verlo llorar y he sentido placer en su dolor por solo así creía ver el amor. Y creía que lo amaba, y de hecho lo amaba, pero de un modo tan negativo que nos destruía y no nos llevaba a ninguna parte. Lo he enjaulado dentro de mis miedos haciendo de su amor una cárcel para él mismo, haciendo de mi presencia en su vida una inconcebible e inútil locura. Pero él no se rendía ante mis miedos, no me dejaba marchitarme en los laberintos en los que me encerraba de tanto pensar. Permanecía a mi lado y soportaba lo que no podía comprender.

Gabriel era completamente puro, yo lo era en parte espiritualmente. El mío es un mundo de muerte, de inseguridad, de ausencias y de inestabilidad. El suyo es un mundo hecho de vida, afecto, de cosas normales naturales y obvias. Yo soy la exageración de cada sentimiento, soy la tragedia más sangrienta y la comedia más burlesca. Él es la eterna primavera, un estado de constante serenidad.

Para Gabriel las cosas son mucho más claras, mucho menos complejas. Para él las cosas son así como realmente son y no tiene la necesidad absoluta de hacerlas difíciles y tortuosas. Sus sentimientos son transparentes y sus dudas no son nunca tormentosas. A veces lo he odiado cuando percibía con qué facilidad me amaba y era como si me echase en cara mi incapacidad para amar.

Pero lo he amado. Gabriel es el primero al que he conseguido amar a pesar de que no tenga una historia devastadora a sus espaldas. No creo que pueda amar nunca más a una persona como él. Requiere mucho compromiso, mucho dolor y rabia y envidia e incapacidad para comunicar.

Curarse en Srebrenica

No sé bien cómo sucedió. Tal vez estaba latente en mí desde hacía algo de tiempo, tal vez he psicosomatizado tanto que he acabado por volverme loca. No sé en qué preciso instante nació ese monstruo dentro de mí. Puede que todo comenzara cuando, con doce años, iba con la bici dando una vuelta cerca del hospital y una ambulancia llegó con cuatro cuerpos jóvenes llenos de proyectiles y cubiertos de sangre. O quizás iniciara antes, cuando tenía más o menos cinco años me despertaron voces de mujeres y vi a la amiga de mamá completamente ensangrentada porque el marido le había roto un cenicero de cristal en la cabeza. Incluso puede haber sido una cosa genética, algo innato en mí, porque recuerdo que, por la noche, hacia las once, cuando era pequeña y terminaban los programas en la televisión y en la pantalla aparecía la bola en blanco y negro de la que salía un sonido continuo, ensordecedor e insensato, yo me angustiaba y empezaba a temer el sinsentido, el vacío, la muerte del día y, por lo tanto, el sueño. No sé, a lo mejor la raíz está en mi nacimiento, puede ser perfectamente que saliendo del útero haya percibido el miedo y se me haya quedado adherido.

Recuerdo la primera vez que tuve la sensación de estar a punto de enloquecer. Era una noche de primavera. Vivía desde septiembre en la casa nueva. Había pasado diez meses en hospitales. Eso es, sí, creí que me volvía loca mientras pasaba las noches con mi abuela en el hospital y ella me sometía a sus visiones imaginarias.

Una noche, durante tres buenas horas hemos revivido el funeral del abuelo y mientras tanto ella corría el riesgo de un fallo renal porque no quería hacer pis. Yo le suplicaba que lo hiciera, pero ella se enfadaba porque decía que era inmoral y vergonzoso que la quisiera obligar a hacer pis durante el funeral de su marido. Y entonces intentaba entrar en sus alucinaciones e inventar árboles, o el final del funeral, pero ella se reía y me decía: «¡Crees que soy estúpida o que estoy loca! Sé que estamos en un funeral así que deja de hacerme quedar en ridículo». Y yo, desconsolada, me sentaba en el sillón al

lado de la cama y me decía a mí misma: «A tomar por culo, abuela, yo no puedo modificar tus alucinaciones, así que, si quieres morir de un fallo renal, problema tuyo». Pero la abuela no se murió; me torturó durante meses con sus alucinaciones, perdió la vista a causa de un glaucoma y cada vez parecía más una muñeca de porcelana, una criatura perdida en un mundo que no le preocupaba mínimamente. Un día, mientras la veía dormir, le escribí una especie de poesía:

*Y el mundo se apagará.
Sentirás de este el olor;
oirás de este el rumor.
Tus pasos caerán en la oscuridad,
los escucharás retumbar
en el vacío absoluto.
Y respirarás el aliento
de la vida apagada.
La respiración será lenta,
débil,
silenciosa.
Y te miraré
y mirarte me partirá el corazón.
¿Y cómo será para ti?
Como apagar las luces
y solo recordar,
solo sentir nostalgia
de un camino libre.*

Pero volvamos a aquella noche en la que me pareció que había llegado al límite de la normalidad. Estaba sentada en casa intentando escribir el trabajo de fin de carrera. Hojeaba documentos y artículos de periódico de los que sacaba mis conclusiones de que la guerra, el odio y la xenofobia en la desaparecida Yugoslavia habían salido de los periodistas y los intelectuales para poner en práctica después su acto final en el verdadero y propio combate. El trabajo me hacía daño, me herían todas esas palabras escritas y dichas, perfectas para demoler la humanidad de los bosnios y para mostrarlos como seres primitivos y bárbaros. Me trasladaba a otros tiempos,

cuando los insultos se gritaban a la cara, cuando hombres que miraban como poseídos alzaban los tres dedos en señal de victoria.

La vida en general me hacía daño, en esa época; las enfermedades, las inseguridades, el caminar siempre sobre el filo de un cuchillo, esperando la caída inminente, me destrozaba los nervios. Mi fantasía macabra lo desentrañaba todo y me llevaba a un delirio insomne casi todas las noches.

Esa noche en particular tuve la sensación de estar atrapada en un laberinto, un túnel cerrado y oscuro y cada paso que mi mente daba, lo percibía como si pudiera ser fatal. Estaba intranquila, no lograba estarme quieta, seguía fumando y sentía un nudo en la garganta, algo que me ahogaba lentamente.

Los pensamientos se sucedían, uno detrás de otro llegaban y yo sudaba. Temblaba. Caminaba delante y atrás y no entendía nada. Estaba a punto de caer; sentía que me iba a caer. Me puse los zapatos y me lancé a la calle. Estaba a punto, era el momento, en breve me volvería loca de verdad. Mi mente ya no pensaba de modo lógico, se diluía en nervios incomprensibles y dolorosos. Me dolía la cabeza y tenía taquicardia. ¡Dios, qué paranoica me había vuelto! Ya no sabía pensar. Vivía y me consumía en una paranoia.

Caminaba por las calles desiertas de la ciudad, sin miedo a los peligros, simplemente angustiada por mi interior fragmentado. Me concentraba en los escaparates de zapatos, leía los carteles de espectáculos teatrales y cinematográficos solo para intentar controlar mi mente y alejarla de la locura corrosiva. Me puse a correr y el esfuerzo físico me salvó; la percepción del cansancio en las piernas y la respiración sofocada me trajeron de vuelta a la materia, al mundo palpable. Seguí corriendo hasta casa y cuando entré creí que podría dormir.

No sé cómo ocurrió, en qué preciso momento todo comenzó; solo sé que desde aquella noche en adelante ya no he vuelto a estar viva durante más de un año. Se sucedieron las estaciones: primavera, verano, otoño, invierno y después otra vez la primavera, pero yo no las he vivido, ni siquiera las he notado. Las he visto, sentada en el sofá en pijama, mientras pasaban y herían mi deseo de eternidad y me echaban en cara mi apatía, mi hipocondría, mi angustia de no vivir, mi ansia de no morir. Y ha sido un poco como marchitarme, día tras día, morir por una sequía esperada y consciente.

Ha sido un contemplar cómo se apagaban las luces de los edificios, una a una, y quedarme a esperar la claridad del alba.

Y las noches se han sumado: una detrás de la otra han hecho un año de noches.

He llorado sentada en la silla.

He bebido, he fumado y he mirado fijamente el vacío.

He lanzado vasos contra las paredes, después he recogido los cristales.

He releído las viejas cartas, algunas las he tirado.

He mirado la única foto de familia, mientras tiraba fotos inútiles.

He caminado adelante y atrás por casa buscando una solución.

He luchado por la salvación, pero he seguido haciéndome daño.

He tenido miedo, mucho miedo de mí misma y me he refugiado en otros, sintiéndome siempre fuera.

Me he desmayado haciendo viajes alucinantes.

Me he conocido muy bien; yo sola, mis ataques de pánico, los fantasmas, las muertes, mis enfermedades imaginarias.

La primera vez que me desmayé estaba en el hospital, a la cabecera de mi abuela. Mientras estaba sin conocimiento, he visto con los ojos de la mente mi cuerpo que se deslizaba a una velocidad alucinante por un túnel mientras Alice e Iris me tendían las manos para que me agarrara a ellas. Cuando los médicos me han despertado, tenía las uñas clavadas en los muslos. Siempre que he perdido el conocimiento he hecho viajes angustiosos, hasta el punto de que he llegado a pensar que todos eran viajes hacia la muerte. La veía, la muerte. No era nada nuevo. Llevaba vestidos conocidos, me miraba con los ojos inyectados en sangre, me sonreía, con ese modo suyo socarrón. No era natural, no era una amiga que me acogía; era el enemigo conocido, una pesadilla muy temida. Y tenía miedo; me arrastraría al abismo, terminaría en la tierra con muchos otros huesos, esos huesos que nunca nadie había encontrado. Así que el peligro más inminente de mi vida era ahora el desmayo. Sentía los síntomas continuamente y estaba perennemente en alerta.

Lo más horrible del desmayo es el momento en el que empiezo a recuperarme. Normalmente no logro coger aire en los pulmones y lucho y me ahogo. Abro los ojos, veo las caras sobre mí y por un momento no sé dónde estoy. Después soy consciente y me pongo a llorar, desesperadamente. Ahogo mis propios sollozos, tiemblo y no puedo entender ni siquiera qué es lo que me hace estar así.

Después mi psicólogo me dijo que mis desmayos son una huida, un querer anular, escabullirme de las situaciones insoportables. Mantuvo (con razón) que yo era una magnífica estrategia. Tengo mil estrategias que, dependiendo de la relación o de las personas, cambian. Nunca soy exactamente lo que me gustaría ser, no digo lo que quiero decir. Me contengo. Toco los puntos más delicados sin parecer estúpida. A la gente le gusta, a mí misma me gusta. Engaño y me engaño con estrategias. Es fascinante. Lo único es que había agotado todas mis estrategias y solo me quedaba morir durante algunos instantes. Desaparecer. Esconderme en mi inconsciente sin temer al mundo.

Debido a mis perversas paranoias había dejado de ir a muchísimos sitios: antes que nada, hospitales, después farmacias, supermercados, trenes, metro, locales hasta llegar a tener miedo de estar en la cama, de quedarme dormida y de despertarme. En el mes de agosto había pasado tres noches durmiendo en el jardín en una tumbona porque las paredes de la habitación me oprimían la cabeza hasta asfixiarme. Gabriel intentaba ayudarme, pero no había manera de estar cerca de mí. Cada comportamiento suyo me hacía explotar de rabia porque él no sabía comprender qué me sucedía. Para ser completamente sincera, ni siquiera lo sabía yo. Me licencié a finales de septiembre. Fue un día estupendo. Alice e Iris vinieron a mi casa por la mañana pronto, pusimos los Subsonica, después Bregovic.

Bailamos toda la mañana, mientras me peinaban, me maquillaban y me vestían. No veía la hora de hacer la defensa para quitarme el peso del miedo de encima. En realidad, no tenía ese típico miedo a las preguntas, temía desmayarme, sufrir una crisis, ponerme a temblar... no sucedió nada de eso; la defensa fue muy bien, la opinión del tribunal positiva. Saqué mi sobresaliente y el día prosiguió entre bromas, alcohol y risas y concluyó a las cuatro de la mañana con Sofie y Arthur. Cuando volví a casa y me tumbé en la cama

pensé en mi madre. Había visto en sus ojos lo orgullosa que estaba, lo mismo que pensaba yo. A lo mejor también ella ha pensado: «¡A tomar por culo todo! Aquí estamos nosotros a pesar de todo». Yo lo había pensado. Había permitido que la mente hiciera un breve recorrido por mi vida y me había tomado la revancha sobre quienes habían querido *limpiarnos étnicamente*. Después había pensado en mi padre y en mi tío y la idea me había sacudido el estómago: por más que quisiera fingir que había vencido, ¡no era verdad! Ellos ya no estaban. Podía estar orgullosa de lo que había hecho, pero ellos lo habían pagado con su vida. Justo antes de caer en un sueño profundo vino mi abuelo y me puso las manos sobre los ojos. Con el cigarro entre los labios y las manos que olían a tabaco fresco sonrió: era un buen día para mí.

Creí que, después de licenciarme, todos mis problemas acabarían, que la angustia de morir se apagaría permitiéndome vivir. Porque todo tenía que ser una cuestión de estrés. Pero no fue así. Seguí empeorando.

La mayor parte de las noches las pasaba mirando el techo y muriendo de miedo a la oscuridad y a la muerte. La vida me pesaba mientras seguía caminando con mi asesino dentro de mí misma.

Podría morir si decidiera morir, podría volverme loca si dejara circular libremente al miedo sin combatirlo. La mente hace todo, la mente sabe ser mi único dictador y mi único enemigo.

Siempre he tenido la obsesión de la eternidad; quiero la eternidad. No, no ese sucederse años, estaciones, vejez; no quiero esa eternidad inútil y repetitiva. Yo, a diferencia de Fausto, he vivido y vivo momento en los que digo: «¡Tiempo, detente, porque este instante es maravilloso!»

Y así, todo lo que quería y no podía obtener se convertía en una obsesión. Vivir se convertía en una obsesión, hasta el punto de no dejarme vivir. Ni siquiera el sueño estaba a resguardo del miedo. Soñaba continuamente cosas horribles y angustiosas, tan reales como para despertarme en plena noche y no poder volver a dormirme. Una noche soñé con mi parto. Veía claramente al doctor che extraía el feto de mi cuerpo y lo apoyaba a mi lado. El niño estaba morado y no lloraba, le preguntaba al doctor qué sucedía y me res-

pondía con indiferencia: «Está muerto». Yo hablaba, pero no tenía voz. Intentaba gritar y preguntar cómo era posible, pero el doctor no me escuchaba y seguía. Su voz me caía como granizo sobre el cuerpo desnudo y me hacía daño, me cortaba la carne a trozos. «Todo fruto de tu ser lleva implícita la muerte. Todo en contacto contigo se seca». Me desperté con estas palabras en el oído, vomité hasta el alma y empecé a temblar como una loca. Aunque eran las cinco de la mañana, tuve que llamar a Gabriel. Me estrechó entre sus brazos y me quedé dormida, con la absoluta convicción de que no podía morir en su presencia. Pero la culpa, ese sentimiento mío de culpa, esa idea de que todas las muertes de mi familia eran de alguna manera culpa mía, *esa culpa* se quedó a dormir conmigo.

A veces creo que los ataques de pánico han sido solo expresión de mi egoísmo, la afirmación absoluta de mi papel como centro de la vida de otra persona y la total abolición de mi ser como persona independiente. Consigo soportar todo: la rabia, el dolor, la podredumbre, pero la culpa no; esta no me deja vivir. Es complicado ser egocéntrico y no tener la seguridad de ser el centro y es terrible ser independiente y adulto cuando el alma quiere seguir siendo adolescente. Las responsabilidades... eso de contar solo con uno mismo, construir la vida y no tener las espaldas cubiertas, sentirse siempre en la cuerda floja me ha vuelto loca. Y eso que creía que era fuerte; he caminado durante años por el borde del precipicio convirtiéndome en una magnífica acróbata. A veces he llegado a dar saltos sin caerme, sin hacerme mucho daño. Y, sin embargo, después, han llegado los ataques de pánico y han borrado todo mi recorrido, han frenado mis progresos y yo me he sentido Baudelaire; ¡era como si tuviera cien años! Para curarme tendría que excavar en el pasado, pero un siglo es largo y la memoria es cruel y retorcida.

En mi mente se había creado un mundo paranoico que no tenía nada que ver con el real; me sentía encerrada en un mundo frío, gélido, en el que nadie podía ayudarme y en el que nadie me encontraría jamás si estuviera muerta. El mundo de mi mente estaba hecho de enfermedades y guerras y tragedias inminentes y continuas. El mundo de mi cabeza era sobre todo un mundo de soledad. Mi mente no podía percibir la realidad, eso era algo que le sucedía a los demás, pero no a mí.

A menudo, cuando cerraba los ojos y acababa en un estado de extraño duermevela, me encontraba en una habitación con los muros viejos de color del cemento. Estaba sentada en el suelo frío, envuelta en una manta azul, vestida con un pijama gris lívido. La habitación era pequeña y oscura, con ventanas pequeñas y muy altas a las que nunca podría llegar para abrirlas. No había puerta alguna. Me sentía físicamente mal. Siempre había sangre, me cortaba y miraba mis heridas. Enloquecía.

El más mínimo movimiento me provocaba dolores atroces. Cuando abría los ojos no lograba entender si había sido solo un sueño o mi imaginación enloquecida. Mis pesadillas eran tan reales que muchas veces no sabía si eran reales o no. Y mi lucidez mental no era envidiable y no me ayudaba a entender si vivía o soñaba.

Odiaba ver a las personas, incluso a mis mejores amigos, porque no lo entenderían, intentarían convencerme de una realidad que no me pertenecía. Me escondía continuamente detrás de mi vida, diciéndoles que no sabían nada de la guerra, de la muerte, de las huidas. Histérica no aceptaba consejos de quien había nacido con el culo a buen recaudo. Mi mundo paranoico me mantenía alienada, distante de la verdad e inmersa en mi macabra imaginación.

La guerra – en algunos aspectos – me ha hecho una persona peor. Me he hecho despiadada con las personas “demasiado afortunadas” y, cosa rara (en un determinado momento, los perdedores han dejado de tener interés para mí, total, la normalidad no era algo que entrara dentro de mis posibilidades), últimamente me he rodeado siempre de personas con suerte, como si inconscientemente tuviera que castigarlas.

El hecho de haber vivido la guerra, mi condición de refugiada y extracomunitaria me daban derecho, en mi opinión, a maltratar a las personas, a considerarlas inferiores. Infravaloraba todo lo malo que les sucedía comparándolo con mi vida.

Gabriel sufría continuamente los presagios de mis enfermedades y de mis muertes inminentes, pasaba días y noches convencíendome de que no tenía leucemia, un tumor o un infarto. Cuando fuimos a recoger los resultados de los análisis de sangre y no había ningún rastro de enfermedades mortales me llevé tal

sorpresa que tuve que celebrarlo. Había días en los que se despertaba el humor melodramático, típicamente bosnio, y entonces me reía de mis propios miedos. Pero mi esencia bosnia se mostraba cada vez menos.

Fue sobre todo mi madre quien me hizo darme cuenta de que mis problemas eran mentales y no físicos. Tuvimos una charla en la que recordó la historia de mis paranoias; la primera había sido cuando tenía cinco años y de ahí, poco a poco, se fueron sumando otras.

A los cinco años me convencí de la existencia del *monstruo de los pies* que vivía debajo de la cama y que me comería los pies en cuanto diera con ellos. Llegué a no bajar de la cama por miedo al monstruo. Cuando tenía más o menos siete años descubrí una cobra que vivía en mi habitación y todas las noches antes de ir a dormir tenía que comprobar que se hubiera ido, así que para ello movía los armarios, camas, juguetes y cortinas. Todos me decían que ese tipo de serpiente no vivía en Bosnia, pero yo no me lo creía. Lo que para los otros era válido, para mí nunca ha tenido valor.

Mil paranoias más me acompañaron mientras me hacía mayor. Soy tan testaruda y obstinada que en la adolescencia rocé la anorexia. La gente podía decirme que estaba delgadísima, pero yo veía con mis propios ojos; y justamente mis ojos son el problema. Siempre he visto la realidad distorsionada, he cogido la realidad como inspiración para transformarla en mi imaginación.

Mi madre me recordó todo lo que me había inventado durante años para complicarme la vida y comprendí que quizás era el momento de ponerme en lista de espera para psicoterapia, y así lo hice.

A la primera cita me acompañó Gabriel porque tenía miedo de morir dentro del hospital. Si lo pienso ahora, no hay nada más difícil que morir dentro de un hospital porque si hay algún lugar en el que te pueden salvar es precisamente allí. Ante Gabriel me había desnudado de todas mis máscaras, me había revelado como una ridícula paranoica. Ni siquiera sabía cómo podía quererme porque de aquella yo enérgica y viva no quedaba más que el esqueleto. Ya no escuchaba música, porque tenía que prestar toda mi atención a los pasos silenciosos de la muerte. La única canción que tenía siempre

al alcance de la mano era *Zeta reticoli* de los Meganoidi porque el trozo que decía «brucia ancora che prima o poi ritornerò, conservo sempre di nascosto lo stesso smalto»⁴¹, me daba esperanzas. Caminaba por la calle con los auriculares en las orejas y me autoconvencía de que antes o después encontraría mi *smalto*.

Durante aquel período solo leía a Pessoa y las cartas desde el manicomio de Artaud. Lo sé, estas lecturas no me ayudaban nada. Siempre he tenido esa tendencia a leer cosas difíciles. Durante la guerra y el tiempo que estuve en Croacia leí cientos de libros, todos maravillosos: Sartre, Kierkegaard, otros existencialistas y poetas constantemente deprimidos. Cuando un día, en Croacia, leí el himno a la angustia de Shelley, pensé que era un buen día para suicidarse. Se lo dije a una amiga que se rio de mí. «A ver, por supuesto que eres autodestructiva. Vives en un campo de refugiados, vienes de una de las ciudades más desafortunadas del mundo y lees historias sobre la angustia. Normal que este espléndido día soleado te parezca perfecto para quitarte de en medio». Tenía razón, pero no por ello perdí la propensión a autolesionarme. Mi madre pensaba que tenía una hija loca; en plenos bombardeos leía *Los viajes de Gulliver* y creía que, pobre, le sucedían cosas peores que a mí. Durante todo el tiempo en Croacia soñé con ser Robinson Crusoe y con construir un nido seguro en alguna parte lejos de las locuras del mundo. Qué desilusión cuando en la universidad hice un curso sobre Crusoe como exponente máximo de las ideas capitalistas. Me decepcionó de verdad.

Durante todo el año de los ataques de pánico no viajé nada. Yo que era capaz de tener dos trabajos para viajar y podía dormir en parques con tal de ver tierras nuevas.

En definitiva, no había quedado nada de mí, o quizás estuviera aún todo, solo que lo había enterrado por un tiempo. Gabriel sostenía que volvería a ser la de antes, pero yo sabía que eso no pasaría. A decir verdad, ni siquiera lo quería; solo quería conseguir una especie de hábito por lo que se refería a mi angustia. Quizás era posible visto que había logrado acostumbrarme a la guerra, a los bombardeos y otras mil desdichas.

41 Continúa ardiendo que antes o después volveré, aún conservo escondido el mismo barniz

El hombre se acostumbra a todo; incluso las cosas más emocionantes terminan por ser ordinaria normalidad. Tenía que ser así también con las desgracias. Esperaba que eso me sucediera también con la ansiedad.

Más o menos a mediados de marzo tuve la primera cita con el psicólogo. Tuve que contarle todo sobre las vicisitudes de mi vida. Me preguntó cómo vivo las relaciones amorosas o las de amistad y pensé: «¡Buena pregunta! Respondí de modo genérico diciendo que soy muy frágil e inestable. Quiso saber la razón de mi inestabilidad y lo que me hacía frágil. Me habría gustado decirle que ciertos tonos de voz, la caída de las hojas de los árboles, las palabras bruscas, los abrazos fríos y ciertas tonalidades del cielo eran suficiente para hacerme frágil, pero no lo hice. Permanezco siempre alerta cuando hablo con los psicólogos para no decir algo que pueda interpretarse como para internarme en un centro. Así que respondí de manera vaga y pasamos a hablar de mis ataques de pánico. Yo insistía en preguntarle si me ayudaría, pero él decía que la respuesta estaba dentro de mí. A ver, yo quería curarme enseguida, me había imaginado que saldría de la consulta habiéndome liberado un poco de mis miedos, que habría conseguido una poción mágica contra la angustia, pero él seguía manteniendo que todo estaba dentro de mí. Así que salí de su consulta deprimida porque dentro de mí yo no veía nada, ninguna posibilidad de salvación. En las manos llevaba solo la tarjeta de visita y el horario de la primera sesión de grupo, que sería la semana siguiente.

Llegué al primer encuentro presa de una absoluta ansiedad. Conocí a los otros chicos del grupo y mientras nos presentábamos unos a otros creí morir al menos un par de veces. Tuve sudor frío las dos horas que duró la sesión, mientras miraba a los otros y sentía que lo mío era lo más grave. Sus miedos me parecían banales comparados con mi miedo a la muerte.

La terapia a la que nos sometieron era de tipo cognitivo conductual y nos enseñaba trucos para controlar el ansia. Comprendí que todo estaba en mi cabeza y si me esforzaba lograría luchar contra ello, aunque no vencerlo. Lo que no conseguí hacer fue eliminar el estado primario, la angustia. Dormía siempre con la luz encendida, el cd de Tracy Chapman y la puerta del pasillo abierta para escapar

más rápido (¿de qué?, no se sabe). Cuando me iba a la cama y cerraba los ojos, sentía que se acercaba una sombra gigante. No me daba la vuelta porque sabía que era solo una proyección mental. Me quedaba en la cama y mientras la sombra se apoyaba en mí hasta aplastarme, hasta ahogarme. La sombra no tenía rostro ni nombre, era enorme y asumía mil formas diferentes. Si me levantaba y encendía la luz, desaparecía.

Una noche, la sombra no se fue hasta la mañana, se quedó ahí velando mis pesadillas. Soñé que caminaba por la nieve que me llegaba hasta la cintura (algo parecido a la nevada de 1985). Buscaba algo, pero no recordaba qué. Caminando encontraba rastros de sangre; al principio gotas hasta llegar a un lago todo rojo de sangre. Sentía que estaba a punto de desmayarme, sentía que perdía el sentido, pero me hacía pequeña hasta convertirme en una niña y una mano fuerte me sacaba de la sangre. Entonces, caminaba de nuevo sobre la nieve, solo que me costaba mucho porque calzaba unos zapatos enormes desatados. Alguien me cogía la mano y me ataba los zapatos, abría los ojos y era mi padre. Vestido como aquel maldito 16 de abril, el rostro sereno y sonriente. Me pesaba caminar, pero él me animaba. Dentro de mí pensaba: «Dios mío, no está muerto» y le sonreía. «Entonces no está muerto, ¿cuántos años han pasado? ¿Diez? Sí, diez desde su desaparición, pero no ha muerto». Él me sonreía con tristeza y me decía: «No te hagas más daño. ¡No sigas matándote! ¡Tú no tienes la culpa!» La nieve ahora estaba inmaculada, no había sangre, su voz era dulce y reconfortante, pero yo me sentía culpable de todos modos. «No lo hemos buscado lo suficiente», pensaba. «No hemos hecho lo suficiente. ¿Cómo hemos podido dejar de buscar? ¿Cómo hemos podido pensar que estaba muerto?»

Me desperté en plena noche y logré percibir la sombra que dormía a mi lado. Hacía años que no soñaba con él y esta era la primera vez que aparecía vivo. Había soñado muchas veces con su cuerpo inmóvil flotando en el Drina. Una vez se me apareció agujereado por las balas mientras caía encima de otros cuerpos sin vida. Otras veces había tenido como visiones. Sucedía en los momentos más absurdos; mientras cocinaba se me presentaba su rostro delgado y muerto de hambre.

Cuando estaba entre mucha gente para subir al autobús o al tren, veía su imagen mientras los soldados le obligaban a subir sobre un camión para ser deportado a saber dónde. A veces, simplemente como un flash, mi campo de visión se teñía de rojo donde él yacía.

La verdad no la sabía, nunca la descubriría. La verdad permanecía custodiada en su última mirada, en la fotografía que ha hecho al mundo antes de llevarse el mundo con él y dejar el vacío de su presencia en nuestras vidas.

Así que, la terapia cognitivo conductual era útil, pero no podía curarme. Estaba siempre mal y la paranoia reinaba en toda mi vida. Iris me animaba a buscar inspiración en la muerte, me recordaba que el arte de la escritura es mi vida y que tenía que cristalizar el miedo y lo efímero para ganar la eternidad. Arthur mi psicoanalizaba, colando sus ideas puras en mi patología. Me miraba con ojos soñadores y llenos de alegría y yo dejaba de morir, me alimentaba de su esencia espectacular. Con Arthur y Sofie pasaba los días bebiendo e inventándonos nuevas identidades, fingiendo ser otros y no nosotros. Éramos lo que quisiéramos ser y con ellos el pánico se deshacía reduciéndose a un ligero malestar hasta que desaparecía. Por breves momentos yo era otra de verdad y esa otra no me hacía daño.

Y, sin embargo, en la cabeza algo no funcionaba. Conseguía descifrarlo todo, pero no ese núcleo de miedo, ese ladrillo que se me ponía en el estómago. A pesar de que estaba en contra de los psicofármacos, decidí ir a un psiquiatra. Me asignaron una mujer. Me puse contenta. ¡Mujeres! Las mujeres son espectaculares y yo no soy feminista así por casualidad. Mi psiquiatra me vio en todo mi conjunto enseguida. Rubia, con los ojos azules y enormes, con curvas, como una madre. Me habló con palabras fuertes y dulces, me miró con ojos límpidos y yo decidí aceptar su tratamiento. Con pocos discursos intensos y acertados me quitó de encima el peso más grande: el sentimiento de culpa. Yo había nacido con sentimiento de culpa, sucediera lo que sucediera yo pensaba que era culpa mía. Me pasaba la vida mal porque intentaba reparar errores que yo no había cometido. Antes de cualquier otro sentimiento estaba el de culpa. La psiquiatra encontró el método y en pocas horas me devolvió mi vida sin la mugre de la culpa. No me parecía

verdad. Todo empezó a tener un sentido diferente, una perspectiva más amplia. Por supuesto, el sentimiento de culpa no se desvaneció completamente, simplemente empecé a tener ideas diferentes e inicié un proceso de liberación.

Cogí las recetas, fui a la farmacia y los psicofármacos entraron en mi vida, en mi cuerpo. Lo primero que hice fue leer el prospecto y en menos de diez horas tuve todos los efectos secundarios, hasta tal punto que Arthur y Sofie tuvieron que llevarme al hospital. Gabriel se quedó a vigilarme tres días, cuidándome de mi malestar y animándome por cada pequeña mejoría.

Después de una semana sucedió el milagro; me desperté una mañana, encendí la radio y puse la Bandabardò que cantaba: «vento in faccia, alzo le braccia, pronto a ricevere sole... Anima in pace quando tutto tace...»⁴² Me duché, abrí el armario y elegí la ropa más vistosa. Estaba de pie y no sentía presagios de muerte, no pensaba en el miedo. Estábamos a finales de abril. Todo estaba renaciendo, el sol parecía más cerca, el aire ligeramente primaveral, cálido y húmedo y la vida se me apareció en todo su esplendor. Las pastillas de serotonina me venían bien. Y, sin embargo, cada vez que me las metía en la boca me sentía vieja, terriblemente consumida. Pero esta sensación no duraba mucho, en parte porque tenía la urgencia absoluta de retomar más de un año de vida perdida, la necesidad de recuperarme a mí misma. Empecé de nuevo a amar mi físico, mi ser, el hecho de ocupar un espacio en el mundo, el hecho de ser transitoria pero única. Quería lograr entender mi esencia eterna a pesar de la caducidad de todo, porque dentro de mí había una pizca de infinito, solo tenía que limpiar mi alma y volver a verlo transparente.

Para arrojar claridad en mi vida tenía que enfrentarme sobre todo a Bosnia. Tenía que volver a Srebrenica, retomar aquel pedazo de mi pasado, mirar esas calles, esas casas tras doce años de ausencia. Durante un tiempo pensé que nunca volvería, pero no era la solución más sabia. No quería admitir que el origen de mi malestar estaba allí. No tenía ganas de ponerme a hablar otra vez con mis fantasmas, desempolvar viejos dolores, restaurar recuerdos archivados. Habría

42 Con el viento en la cara, alzo los brazos, listo para recibir al sol... Alma en paz cuando todo calla...

prescindido de eso. Creía que había pasado página y sí, quizá había pasado página, pero sin haber entendido nada.

Con Gabriel decidí que haríamos el viaje contrario al que había hecho para llegar a Italia: iríamos a Croacia, después a Bosnia, a Sarajevo, y finalmente a Srebrenica. Buscaba algo, no sé qué, pero tenía la sensación de que ese viaje aliviaría mi espíritu. No me esperaba nada milagroso o sensacional, pero estaba segura de que llegaría al centro de mi malestar y, sobre todo, finalmente volvería al único lugar que me provocaba una nostalgia incurable y constante.

Decidimos irnos a mediados de julio, mientras esperaba reunir fuerzas suficientes para poder afrontar el viaje. Quería que fuera Gabriel por su carácter moderado, su comprensión que iba más allá de cualquier cosa, la paz y la alegría que sabía transmitirme incluso en los momentos más trágicos de mi vida. Gabriel ha sido siempre mi puerto, mi refugio, del que me alimentaba de vida y en el que no tenía miedo a las muertes que me perseguían. Si pienso en él pienso en esa canción de Lamb que dice: «I can fly but I want his wings. I can love but I need his heart. I'm strong even of my own but from him I never want to part... my angel Gabriel»⁴³.

Pasé la primavera y el comienzo del verano por ahí con Iris, Arthur y Sofie. Finalmente, después de un año de estancamiento de la vida sobre el lago muerto de mis miedos, tenía de nuevo la energía y el dinamismo propios de mi naturaleza.

Arthur se licenció en julio; también Sofie se licenciaría dentro de poco tiempo. Yo había decidido cambiar de ciudad; aquella pequeña ciudad de provincias ya me había dado todo lo que podía darme. Sentía que estábamos a punto de tomar caminos separados y de alguna manera el idilio universitario estaba llegando a su fin. El futuro sería diferente, nos alejaría físicamente y tal vez también espiritualmente.

Alice ya había desaparecido después de su coma etílico en la fiesta de mayo. Ya no hablábamos nunca y extrañamente no la echaba de menos, ya no era lo que en otro tiempo había sido para

43 Puedo volar, pero quiero sus alas. Puedo amar, pero necesito su corazón. Soy fuerte sola también, pero no quiero separarme jamás de él. Mi ángel Gabriel.

mí. Ahora era otra vez una sombra, como cuando la había conocido. Una sombra sin peso ni consistencia, pero muy dolorosa.

La noche antes de partir nos emborrachamos los tres, bebimos mojitos hasta la saciedad.

Me fui a la cama, puse el despertador porque saldríamos bastante temprano para Ancona y allí cogeríamos el *ferry* para Split. Soñé con la casa de mi abuela. Entraba y todo era igual, estaba incluso mi columpio en el jardín. Subía las escaleras, entraba en la habitación que había sido de mi madre, me subía para abrir el altillo del armario y encontraba lo que estaba buscando. Estaba todo allí. Sonreía y me maravillaba de haberlo encontrado todo como era antes. Pero sonó el despertador, cogí la mochila y me fui a la estación a encontrarme con Gabriel.

Así empezó nuestro largo viaje en busca de la “casa”. El día después llegamos a Croacia. *Teta Dalma* se puso a llorar al verme. Faltaba *Barba Branko*. Me hubiera gustado que conociese a Gabriel, me hubiera gustado que me viera así: mayor y segura, aparentemente. Pasamos los días entre playas y cenas a base de pescado, nos divertimos un montón haciendo el tonto. Bosnia estaba aún lejos y tenía todavía tiempo para no pensar en ella. Podgora es un pueblo pequeño y acogedor, pero en mis recuerdos tiene siempre algo desabrido e incluso cuando estoy allí es como si tuviera unas gafas que me hacen ver la realidad de un modo diferente. Podgora no es nunca lo que es ahora, está siempre empapada del recuerdo de una imagen diferente que se remonta a los tiempos en lo que allí solo éramos refugiados.

Después de una semana en Croacia salimos para Sarajevo. Es de locos, pero hay una línea clara entre Croacia y Bosnia. Cuando se sobrepasa la frontera, se percibe inmediatamente. Han pasado años desde el final de la guerra, y sin embargo en ciertos aspectos es como si no hubiera acabado aún. Caminando por Mostar Este uno se da cuenta de que no tiene nada que ver con Mostar Oeste. Los que venimos del extranjero presumimos de ser cosmopolitas, pero es realmente fácil para los que no tenemos que vérnoslas cada día con la crueldad de la memoria y del rencor.

La naturaleza de Bosnia es maravillosa; el verde es psicodélico, el cielo es bajo y azul, los ríos veloces y claros. En Sarajevo

hay vida, un va y viene continuo de locos. Hasta parece una ciudad normal. A Gabriel lo enamoró. Para mí Sarajevo no es que significase mucho; me hace pensar solo en Venesa y Ado, mis dos primos. Mientras Gabriel la descubría, la fotografiaba en todas sus facetas, nosotros hablábamos de guerra, de muertes y miserias.

En cuanto llego a Sarajevo y veo a Venesa, suelo sentirme mal de un modo absurdo. La veo tan distante, me abraza, pero es un abrazo veloz, como algo que hay que hacer cuando recibes a alguien en la estación. No siento calor.

El primer día normalmente no conseguimos acercarnos ni sintonizar y siempre pienso que la he perdido. Después me pongo a hablar de nuestros recuerdos comunes y entonces ella empieza a reírse, me mira con ojos menos distantes, me ve y de repente se da cuenta de que soy yo, sigo siendo yo, de que podemos seguir siendo nosotras dos. Durante los días que estoy con ella imagino que he estado siempre con ella, imagino que hemos crecido juntas y que estaremos siempre juntas. Pero el sueño no dura mucho; me doy cuenta de su tristeza, de su angustia, de los sentimientos de culpa que la devoran y entonces paso el tiempo intentando salvarla. Imagino que la llevo conmigo, que la cuido, que intento hacerla feliz y a veces incluso le cuento mis planes, pero ella detiene todo. Se refugia en sí misma y me dice que todo va bien, que está muy bien y me elimina de su mundo, me cierra las puertas y yo no encuentro las palabras exactas para decirle cuánto la quiero y que no es compasión, sino solo amor. Me gustaría encontrar las palabras como la psiquiatra hizo conmigo, me gustaría liberarla de su sentimiento de culpa y hacerle ver lo fácil que es sentirse más ligero.

Después de algunos días con Ado y Venesa llegó el momento de irnos a Srebrenica. No había tenido más ataques de pánico, pero de pronto temí tener uno. Comencé a imaginarme a mí misma mientras moría en la ciudad de la que procedía y me pareció estúpido.

Precisamente unos días antes, el 11 de julio, había sido el aniversario de la masacre que tuvo lugar en mi ciudad diez años antes. Habían pasado diez años desde que mi padre, mi tío y otros 8000 hombres habían sido masacrados, deportados o quién sabe qué. No se sabe qué sucedió exactamente; la única certeza es que esos hombres ya no están entre los vivos. Tenía en la cabeza las imágenes de

televisión, las tardes que pasamos llamando a unos y otros a Bosnia para preguntar si sabían algo de papá o del tío. Pasamos días alimentando esperanzas, buscando una verdad que nunca nadie ha podido decirnos. Luego, días en los que se imponía la desesperación y el dolor nos afligía, casi hasta matarnos. También hubo días en los que la vida volvió a manifestarse en su cotidianeidad y poco a poco el tiempo alejaba el drama y la mente, para no morir, iba por otros derroteros. Y todo se hacía costumbre otra vez, hasta la injusticia, la violencia, la mentira. Todo se transformaba en aceptable, sólo faltaba un pedazo de nosotros mismos, ese pedazo que se había ido el 11 de julio y que ya ningún tiempo podría devolvernos.

Subimos al autobús; me aferré a Gabriel intentando beneficiarme de su presencia. Allí en mi tierra lo veía diferente. ¡Ah! Bosnia siempre sabe cambiarlo todo. Había aprendido alguna palabra en mi lengua dura y áspera y se divertía intentando pronunciar todas esas consonantes juntas; había aprendido la filosofía bosnia del *nema problema* y se había enamorado de las cosas, de las personas, de la vida que fluía lenta y ligera, como si la sombra de la guerra estuviera lejos. Yo sentía que había conciliado algo: había conciliado nuestros dos mundos, esos mundos que al principio me habían parecido tan lejanos e inaccesibles el uno del otro, se habían fundido y sentía que éramos indivisibles, unidos en nuestra maravillosa diversidad.

El viaje duró unas cinco horas. Pasé por la República Serbia y sentí un poco de miedo. A medida que me acercaba a Srebrenica el mundo parecía desaparecer, parecía que estábamos en el tercer mundo europeo. Me esforzaba por reconocer algo de la calle por la que había pasado mil veces de pequeña, pero no reconocí nada. Gabriel miraba alrededor, me preguntaba qué estaría pensando mientras miraba a mi gente y mi tierra devastada. ¡Cuántas veces había soñado con este regreso y el sueño siempre era una mierda! Empezaba siempre en un punto alejado y yo recorría la calle hacia casa, pero en el momento exacto en el que estaba segura de haberla visto en la esquina, el sueño terminaba. Lo había soñado tantas veces que el sueño se había convertido en una terrible frustración.

Era casi imposible para mí ser consciente de que esta vez realmente estaba casi en casa. Observaba a las personas en el autobús

y sabía distinguir a los serbios de los musulmanes y tenía miedo. Hacía años que no tenía nada que ver con estas diferencias. Tenía miedo de tener un nombre musulmán en un lugar donde los musulmanes habían sido masacrados. Miraba por la ventanilla a la espera de divisar el cementerio memorial donde estaban las víctimas de ese horrible día. Supe que estábamos cerca porque dos mujeres, cubiertas con un fular, se levantaron y se pusieron a susurrar oraciones.

Al poco vi un prado verde cubierto de lápidas de madera verde. Seiscientos eran los cuerpos que habían exhumado de las fosas comunes, seiscientos cuerpos que pocos días antes habían tenido una digna sepultura. Entre ellos no estaban mi padre ni mi tío. No tenían nada, solo una muerte inútil.

Era bonito el reflejo del verde sobre el mármol del memorial. Todo alrededor era pacífico, como si solo fuera naturaleza, como si solo fuera normalidad. Temblaba, pero no me salían las lágrimas, no había; había solo una tristeza incurable que no sabía manifestarse de ninguna manera. Un sentimiento de dolor, de irremediable dolor me cortaba la respiración y sentía que ya nunca más volvería a respirar libremente. Pero no fue así, al final todo pasa.

Siempre me acompaña en mi vida la idea de irrepetible, sobre todo cuando vuelvo a Bosnia. El pasado casi siempre me tiene prisionera en las telarañas de la nostalgia. Me es totalmente imposible arrancarme el sentimiento de melancolía y la idea de la ausencia de cosas que no volverán, perdidas.

Lo que más echo de menos en el mundo es un sentimiento que tenía de niña. Sucedió cuando caía la primera nevada sobre la ciudad.

La tarde antes, normalmente, se percibía un cierto olor particular, el aire olía peor. Me iba a dormir y por la mañana me despertaba con el ruido de palas retirando la nieve. Me asomaba a la ventana y veía a papá en el jardín lleno de nieve, que intentaba quitar justo lo necesario para llegar a la puerta. Yo lo miraba, él alzaba la mirada, lo saludaba con la manita a través del cristal de la ventana y él me sonreía y me hacía un gesto para que bajara.

Entonces yo corría a la cocina; allí encontraba a mi madre preparando el desayuno y había un olor a casa muy bueno.

Me deslizaba por la pared para que no me vieran, pero ella se daba cuenta. «¡Eh, no!» me gritaba. «¡Ve a vestirtelo!» Pero yo me ponía de prisa las botas y me quedaba con el pijama. Cogía la chaqueta y salía corriendo fuera. Me tiraba a rodar por el suelo, papá me llenaba el pijama de nieve y entonces me enfadaba con él porque tenía frío. «No sabes jugar- me decía eres una caprichosa». Y no había mejor manera de hacerme enfurruñar que decirme la verdad. Después de diez minutos jugando ya me aburría y volvía a casa. Después llegaba papá y me tomaba el pelo. Yo me hacía la ofendida un rato, pero después me hacía reír y se terminaba la rabieta. Nos sentábamos a la mesa, uno de mis hermanos sobre cojines para poder llegar, el otro en la cuna. Papá y yo poníamos la *MTV*, mamá servía el desayuno y fuera los copos de nieve caían lentos y yo era realmente feliz. No recuerdo si he sentido alguna vez tanta plenitud como en aquellos días. Creo que no. Después crecía y me volví demasiado patológica como para poder vivir una felicidad realmente pura. Y en general, de todos modos, en nuestra familia no ha habido más días así. Por supuesto que días felices sí, muchos, pero no como aquellos en Bosnia. Faltaba algo para siempre y por más que todos supiéramos fingir muy bien, ese algo que faltaba dolía.

Pasamos el cementerio infinito y después de cinco minutos llegamos a Srebrenica. Creía que le daría una sorpresa al abuelo, pero mi madre ya le había avisado de mi llegada. Así que bajé a la estación, la misma de la que habíamos salido doce años antes, y antes de cualquier otra cosa vi a mi maravilloso abuelo. Lo abracé fuerte, fuerte, fuerte y lloré por dentro por todas aquellas arrugas. Diferenciaba claramente las de la vejez y las del dolor. La abuela también había muerto y él ya solo tenía a su hija y a nosotros, sus nietos. A pesar de sus casi ochenta años cogió mis maletas y las llevó él, porque las mujeres no tienen que hacer esfuerzos. Nos dirigimos hacia casa, llegamos y no la reconocí. El abuelo se paró, lo miré. «¿Es esta?» le pregunté. «¿Ya no te acuerdas?» dijo riendo. «Mira la dirección» dijo, indicando la casa. Leí *calle Mariscal Tito*. Aún la llamaban así. ¡Dios mío! Aún quedaban rastros del pasado, nuestra calle todavía llevaba el nombre de Tito. Así que era posible

volver a ser nosotros, rastrear esa nostalgia que me obsesionaba y revivirla como si fuera presente.

Entré en el jardín de la casa y todo era pequeño. Allí donde un tiempo crecían las flores de mamá, ahora había solo tierra estéril. En la primera planta no había nada; habían robado hasta el parqué. Ni un mueble, incluso el wáter habían arrancado. Ni siquiera entré. Subí a la segunda planta, en la que el abuelo había intentado poner un poco de orden, hacer la casa más habitable.

Al día siguiente bajé a la primera planta. ¿De verdad que la guerra había terminado hacía diez años? La casa parecía una celda miserable. Las paredes estaban sucias y llenas de moho; en lugar de un suelo había solo cemento y tierra. Recuerdo perfectamente cada objeto de esa casa. Y ahora, en cambio, ni siquiera tenía que esforzarme en buscar algo: no había nada. Vacío. Y la luz clara que entraba por las ventanas se volvía lívida y dañina y me destrozaba los ojos.

Me había hecho ilusiones. No se podía volver atrás. El nombre de la calle no era nada, era una gilipollez que, nada más llegar, me pareció un sueño. Me encendí un cigarrillo, cerré los ojos y los recuerdos volvieron, me engulleron como un remolino. Los volví a abrir y vi en qué se había convertido Srebrenica: en un espectro.

Hacía un calor insoportable. Julio. El mismo mes. Quién sabe si también hizo ese calor aquel día de julio. Quién sabe lo difícil que habrá sido para mi padre morir con ese calor. Tal vez ha soñado con un baño en el mar, tal vez ha puesto sus esperanzas en el mar, él que nunca lo vería, nunca abandonaría su cuerpo a las corrientes de agua. Me senté en el balcón a beber un café bosnio con el abuelo y me abstraí mirando la carretera. Pasaban sin parar. ¡Imbéciles! Paseaban como si nada. No podía hacer otra cosa que cabrearme. Y sentir un pinchazo en el corazón como un sentimiento mixto de miedo, rabia y odio. Detestaba ser una víctima, mi orgullo balcánico no soportaba esa condición.

Quería ver la casa de la otra abuela como fuera. Allí era donde había pasado mi infancia bosnia. Por la tarde nos adentramos a dar una vuelta por mi pasado. Caminamos por calles que recordaba ligeramente diferentes; llegamos a los campos de baloncesto y de fútbol que había delante de mi colegio. Despejadas como si perte-

necieran al ayer, me vinieron a la cabeza imágenes de mí misma jugando allí, imágenes de mis enamoramientos infantiles.

Echaba de menos el colegio; había soñado tanto con el día del baile de final de curso. Había pensado robar el vestido azul a mi madre y que me llevara al baile mi padre con su magnífico coche rojo.

Quise subir la escalera que llevaba a la entrada del colegio a todo coste. Gabriel se perdió mirando algo y yo subí sola. Sucedió algo absurdo, algo como una despersonalización o una pérdida de concepción del espacio y del tiempo. Mientras subía las escaleras me preguntaba dónde estaría el aula en la que me había graduado y dónde estarían esas en las que había hecho los exámenes y donde estaría el aula de bachillerato. Durante un momento breve fue como si aquel fuera el colegio por excelencia. No sé, me pareció un símbolo de la escuela en general, un deseo inconsciente de todo estuviera ahí dentro. Fue como eliminar todo lo que había sido en cualquier otro lugar. Esta sensación desapareció en el momento en el que llegué a la entrada y, espiando dentro, vi los retratos de los héroes nacionales serbios. Me dieron ganas de llorar al ver esos rostros en lugar de las fotografías de Tito, de nuestros dibujos y de las fotos de los alumnos. Ya no era mi colegio, solo un edificio que no tenía nada que ver con mi pasado. Incluso el letrero enorme *Centro de Educación infantil, primaria y secundaria de Srebrenica* esta solo en cirílico, como si nosotros, los otros, no hubiéramos existido, como si la limpieza étnica hubiera sido verdaderamente absoluta y hubiéramos desaparecido de la ciudad sin dejar ningún rastro.

Me apoyé en la barandilla oxidada. Cerré los ojos y ¡sorpresa!... sentí el perfume de la nostalgia, el olor agradable del pasado. El viento me acarició el cabello, el enorme árbol que había delante del colegio hizo vibrar las hojas; estaba aún ahí, tranquilo, escultural. Cerré los ojos, podía sentir las risas, los gritos. Tuve la sensación de volver a verlos a todos, pronunciaba nombres que creía olvidados desde hacía tiempo. Todo era de color; el colegio, los trajes de los alumnos, los puestos. Las maestras bebían café, los niños se pegaban, las niñas jugaban con la goma. Yo estaba sentada delante de las escaleras hablando con mi buen amigo Elvis. Era muy menudo

y delgado, con gafas enormes y dedos largos y finos que tocaban divinamente el piano.

Entonces los colores han empezado a desvaírse. Estaba en clase, éramos pocos, solo musulmanes. Se decía que los serbios se habían ido porque iba a empezar la guerra. Las maestras fumaban. Los niños seguían pegándose. Yo estaba sentada sola, porque Elvis estaba enfermo.

He abierto los ojos. El mundo era en blanco y negro. Ningún niño alrededor del colegio, ninguna maestra... y Elvis, a saber dónde habrá ido a parar. Aún espero encontrar su nombre en alguna revista de música clásica, estoy seguro de pronto o tarde leeré una noticia sobre él.

Gabriel estaba tomando fotografías. Bajé las escaleras y no pensaba en nada, solo el vacío. Recorrí la calle que llevaba a la oficina de mi madre y, tal y como el destino había querido, lo que había sido un edificio del partido comunista ahora era la sede del partido nacionalista serbio. No me acerqué, simplemente me eché a reír. El sinsentido y la estupidez humana no tienen límites. Tenía razón mi padre cuando no quiso ser de ningún partido y se reía de la exagerada fe comunista de mi madre. Me gustaría ser como él, creer solo en mis ideales, en la literatura, en la música.

La primera vez que en el colegio me llamaron *balia*, volví a casa preocupada. Pregunté a la abuela qué era un *balia* y elle me explicó que era un insulto para referirse a los musulmanes: «¿Y qué son exactamente los musulmanes?» le pregunté entonces.

Ella se puso a contarme una historia sobre Mahoma y cosas del paraíso. Pero yo no entendía que tenía que ver yo con eso. «¿Mahoma es pariente nuestro?» Y resulta que no lo era; tenía que ver con Alá, al que habíamos rezado por el abuelo. Bueno, pues yo, aun así, no entendí nada: el abuelo, Mahoma, Alá y los niños del colegio que me insultaban... ¿qué tenía que ver unas cosas con otras?

La abuela sacudía la cabeza y decía: «¡pues un poco de religión en el colegio podrían enseñarte!»

¡Ah, que era eso! Solo tenía que decírmelo. Yo sí sabía qué era la religión. Me lo decía siempre papá cuando quería gastar una broma a mamá. Decía: «hoy es una fiesta religiosa y tú tienes que ir a

besarle la mano a tu madre; ella te dará dinero. Estará muy feliz».

«¿Pero, por qué tengo que besarle la mano?» preguntaba.

«Es lo que se suele hacer».

Yo iba y mi madre me gritaba: «¡Te ha mandado tu padre, ¿eh?!»

Volvía donde estaba él y le preguntaba por qué se había enfadado mamá. Él respondía que porque era comunista.

«¿Y tú qué eres?»

«Yo nada»

Entonces, sabía que la religión era: nada de dinero de mamá; pero de todos modos papá me pagaba por hacer esas bromas y yo quería ser como él, nada.

Continué paseando por mi ciudad. Pasé cerca de la guardería. «¡Mira! Mi guardería» le dije a Gabriel. Se rio de mí que siempre he considerado patético este tipo de cosas y he hecho siempre como si me fuera indiferente. Reconocí muy poco de lo que veía, todo había cambiado irremediablemente. Todo por lo que había sentido nostalgia en los últimos doce años se me revelaba en toda su fealdad. Sentía un enorme desprecio por los rostros que encontraba. Los miraba mientras pasaban cerca de mí y solo podía pensar: «¡Cabrones!» Me molestaba su corporeidad, el hecho de que estuvieran vivos mientras mi gente había sido masacrada. ¡Qué raro! Era la primera vez que era consciente de la imposibilidad de que hubiera una reunificación del pueblo yugoslavo; no podía volver a existir, no después de todo lo que había sucedido, no en una ciudad donde los libros de historia ensalzan al general Mladic, no en Srebrenica donde ese Mladic ordenó el genocidio.

Llegué a la calle donde estaba la casa de la abuela. Miré alrededor y esperé que el pasado se materializase, que la infancia viniera por mí para hacerme revivir todo de nuevo. Pero la calle estaba silenciosa y desierta. Las casas en muy mal estado. La hierba crecía por todas partes, todo parecía abandonado. No salió nadie a preguntarme si jugábamos al escondite. Los nombres de los compañeros de juegos interrumpieron mis recuerdos. Algunos sé que están en el extranjero; otros en Bosnia y aún viven como refugiados. Otros no, ya no viven, sus huesos yacen en alguna parte en esa tierra negra.

Llegué ante la verja de la casa de la abuela; oxidada y desvencijada, abierta porque cualquier intento de moverla habría sido fatal. El estrecho y breve caminito que llevaba hasta la casa terminaba donde yacía estático el chasis del viejo *Lada* de mi tío. La casa de la abuela era un espectáculo devastador. Estaba llena de agua porque la instalación hidráulica estaba rota; como una sandía madura parecía a punto de explotar. Las paredes permanecían en pie de cualquier manera, pero ya no había ni puertas ni ventanas. Dentro no había nada: crecía la hierba y merodeaban perros callejeros. El olor a excrementos era intenso. Quise subir al segundo piso fuera como fuera y ver la habitación donde jugaba. Ilusa, esperaba entrar en la habitación de mamá y encontrar su armario y subirme para abrir el altillo y encontrar lo que más buscaba. Subí mientras las escaleras crujían y el cemento parecía pluma. Solo paredes y pavimento inestable, ningún rastro de lo que una vez fue la casa de mi abuela, ningún rastro de mi infancia. No hay cosa más horrible que la Nada. Es terrible mirar alrededor y no vislumbrar ni siquiera una señal de lo que se ha vivido. La casa ya no era una casa, sino una construcción llena de peligros. Y el olor, insoportable, aún persiste en mi memoria. Esa mierda allí donde había comido mil veces hizo que me vinieran lágrimas a los ojos. Habían querido que nos sintiéramos como animales y después de tantos años aún lo conseguían. Qué diabólica maestría.

Busqué algo, aunque fuera simplemente un detalle insignificante que me hiciera volver a sentir un poco de amor por ese lugar, pero nada. Alcé la vista hacia la colina donde estaba enterrado mi abuelo, pero las lápidas ya no estaban. Ni siquiera habían respetado a los muertos. No me habían dejado ni muertos ni vivos. Fui a llamar a las puertas de algunos parientes a los que quería saludar; no encontré a nadie. Estuve un rato llamando a casa de la tía de mi madre. Me habían dicho que estaba siempre en casa pero que había perdido un poco la cabeza después de que la mataran a sus dos hijos y al marido. No salió a abrir: no había nada fuera de su casa que pudiera interesarme. Vi al primo de mi madre: en tiempos fue una persona alegre, un poco payasete. Me abrazó y se puso a llorar. «Aunque hayan muerto tú no tengas miedo, si alguien se mete contigo, aquí estoy yo. No vuelvas, mi niña, aquí te toca bajar la cabeza

ante nuestros verdugos» me dijo. No lloré; había conseguido ser buena gestionando las lágrimas.

¿Sabes? Es extraño que la gente piense que, una vez firmado el acuerdo de paz, todo vuelve a su lugar y las heridas desaparecen. A veces he intentado contarle a alguien que en Srebrenica viven aún los que han formado parte de la masacre y a la gente le parece imposible.

Bajar la cabeza ante el verdugo... Hacer como si nada... Continuar viviendo y quizás hasta saludarlo cuando vas a comprar el pan, te encuentras con sus ojos y te preguntas qué demonios saben esos ojos que tú nunca podrás saber. ¿Cuántos han cogido? No sé la cifra exacta, pero es irrisoria, porque los acusados de crímenes de guerra en Bosnia son más de 18000. Y algunos europeos se creen la historia de que «muchos serbios no sabían nada». Entonces me pregunto qué coño hacen en Bosnia esos europeos si ni siquiera han leído las actas del Tribunal de la Haya, las declaraciones y algunas (pocas) admisiones de los soldados serbios respecto a sus operaciones de limpieza étnica. El mundo nos querría tolerantes siempre y en cualquier caso; el mundo nos querría condescendientes. Por lo que ahora habría que sonreír, mientras el once de julio se recuerda el aniversario del asesinato de 8000 personas y poco más allá los serbios recuerdan el suyo. Sin atenuantes, todos libres de celebrar sus aniversarios cuando quieren, ¿pero no es ridículo? Quiero decir: elegid otro día. ¿Por qué tenéis que jugar siempre a esto?

Lo mejor es que conozco europeos que no sabrían a cuál de los dos aniversarios ir. Las tres partes implicadas en la guerra. Pero ¿alguien ha hablado alguna vez de una Bosnia reconocida independiente en 1992? ¿Alguien ha oído alguna vez decir que, si un país ataca a otro, que ha sido reconocido independiente, tal acción se llama *Agresión*?

Se cree que es suficiente con dejar pasar el tiempo, qué sé yo, diez años, y después volver a empezar todo como antes. Unos pocos (gente valiente) se han tomado la molestia de llevar un poco de justicia a Bosnia durante estos años. No es posible construir la paz mientras bajas la cabeza delante del verdugo de tu padre. Se construye solo temor, lo cual provoca un rencor silencioso, que se

acumula poco a poco hasta convertirse en puro odio y después... Después los Balcanes vuelven a ser más sangre y menos miel⁴⁴.

Existe esta lógica perversa en nuestro mundo: pensar que se puede construir la paz haciendo otras guerras, creando otros criminales. Hemos perdido la idea de que la paz se basa en la justicia, en el castigo a quienes provocan la injusticia. Pero quizás sea también una cuestión de ignorancia. Nos defendemos o acusamos en función de cómo sople el viento, de lo que sostengan nuestras ideas políticas. Me he sorprendido a menudo cuando algunas personas me hablaban de Slobodan Milosevic (¿descanse en paz?) como el último comunista yugoslavo. No, no, el único comunista, mejor dicho, socialista con un rostro a veces casi “humano” de la antigua Yugoslavia, es Tito. Pero la gente confunde fácilmente nacionalismos y comunismos...

Fui a saludar al mejor amigo de mi padre y especialmente a su madre, que había cuidado de mi padre durante la guerra, hasta aquel fatídico día. «Aquí no se puede vivir, mi niña», respondió él a mi pregunta: «¿Cómo estás?». «Aquí no se puede vivir, uno intenta resistirse a la tentación de matarse. Mi hermano está muerto, lo encontraron, uno de esos seiscientos cuerpos enterrados es suyo. Tu padre está desaparecido. Nuestra generación, la de los que ahora tendrían 45 años, está muerta y los que hemos quedado solo pensamos que quizás habría sido mejor morir».

Izet me miraba con los ojos llenos de lágrimas y percibía profundamente que no lo decía por decir, sino que él habría preferido morir de verdad. Casado con una serbia, tenía dos hijas adolescentes que salían con sus primeros chicos y los chicos eran hijos de los que habían asesinado a su hermano, a su padre y a sus amigos. Entré en casa a saludar a su madre, la dulce y querida *teta* Zaha. La encontré sentada en el suelo, temblaba y hablaba sola. De aquella mujer activa y enérgica no quedaba nada. Me senté en el suelo y la abracé. «Niña, querida mía, has pasado a saludarme» logró decir y se puso a llorar.

44 La palabra Balcanes proviene de una curiosa etimología turca según la cual *bal* significa miel y *kan* sangre. Según algunas teorías los turcos quisieron referirse así a la determinación la que sus habitantes defendieron estos territorios.

«¿Cómo quieres que no llore, pequeña? Ellos ya no están, ya no están», repetía.

«Pero *teta* Zaha, mira, al menos Izet está vivo».

«Yo solo pienso en aquel día: tu padre y mi Kiko han cogido sus mochilas y han dicho: “Vamos donde está la ONU”. Nos bombardeaban desde hacía un día y una noche, los serbios; ya habían conquistado toda la parte sur de la ciudad y solo quedaba nuestra calle para avanzar hacia abajo tres o cuatro kilómetros, hasta los cascos azules. Muchos habían escapado por el bosque y yo se lo dije: “Huid por el bosque, por abajo os matarán”. Pero ellos, cabezotas, se fiaban de los europeos. Estábamos todos aquí, más de 15000 personas, y las granadas caían en medio y veíamos morir gente, trozos de carne que volaban. Hemos bajado hacia la ONU. Nos hemos quedado allí mientras llegaba el ejército serbio. Llegó también Mladavic, había cámaras de televisión y ha fingido que no sucedía nada. Mientras esperábamos he visto cómo degollaban a un recién nacido porque lloraba y la madre que lo tenía en brazos se volvió loca. ¿Has bajado a la fábrica? ¿Has visto qué dibujos han hecho esos animales de la ONU? Hemos estado allí todo el día, en un recinto cerrado. Mladic y los de la ONU brindaban por la conquista de Srebrenica, mientras nosotros estábamos en el recinto y los soldados separaban a los hombres de las mujeres. Después han empezado a llevarse a algunos. Se los llevaban detrás de la fábrica y oíamos solo disparos. Luego han empezado a cargar hombres en los camiones y he visto a tu padre, a mi marido y a mi hijo subirse y me saludaban, me sonreían. Ay, mi niña, ¿qué hago? Para mí no han pasado diez años, no ha pasado ni un día: ya no he vivido, desde ese día».

Lloró durante mucho tiempo, siguió temblando, tenía una enfermedad rara, muy probablemente debida al *shock* que no había superado. A menudo tenía alucinaciones, veía hombres que la querían matar; entonces se la veía dar vueltas por la casa como una sombra, cuchillo en mano para defenderse.

Dijo que tenía que dormir; yo me salí, me encendí un cigarrillo y me pregunté qué habría sucedido después, después de que los hubieran hecho subir a los camiones. ¿Dónde los habrán llevado, qué habrán hecho, de qué habrá hablado mi padre por última vez? ¿Ha-

brá sido el optimista de siempre? ¿Qué habrá sentido por dentro? Se me pasaban miles de preguntas por la cabeza; miles de verdades permanecían ocultas y no existía ningún lugar al que pudiera acudir y preguntar para saber.

Hacía años que coleccionaba artículos de periódico, vídeos, historias que había escuchado o que otros me habían contado. Hacía años que hacía ese puzle. ¡Odio los puzles! No tengo paciencia. Ese era el único puzle que querría terminar para encontrar la verdad, no el sentido. El sentido no existe. Se trató solo de odio y pura locura inhumana.

Fui a ver también al mejor amigo de mi madre. No podía creer lo que veían sus ojos, me había convertido en una mujercita. En lugar de aquella pequeña delgada, indecisa, tímida e insegura se encontró delante de una joven fuerte, decidida, que se le acercó y le dijo quién era y lo abrazó con firmeza. Él lloró; detrás de su mirada cansada había un rastro de alcoholismo que lo arrastraba al fondo aún más que la rabia o la desesperación. «Me gustaría que uno solo de ellos probase a decirte algo, aunque fuera una sola frase para echarme sobre él y darle una paliza» me dijo.

Sentía venganza en el ambiente; esperaban solo un pretexto para volver a empezar a matarse.

La primera noche en Srebrenica Gabriel y yo nos quedamos sentados en el balcón mirando la calle y hablando durante horas. Cada media hora pasaba un policía a pie para vigilar la situación. En la calle reinaba el silencio total; por la noche no era aconsejable que los musulmanes salieran, las condiciones no garantizaban su seguridad. Gabriel estaba cabreado; no lograba entender cómo podía permitirse que los verdugos estuvieran ahí tranquilamente observando a sus víctimas. No podía aceptar que el mundo no hiciera nada para rendir justicia al menos ahora que la guerra había terminado. Yo no me sorprendía; había terminado la época en la que tenía la esperanza de una intervención del mundo. Esa época murió en el momento en el que desaparecieron mi padre y mi tío; ellos tenían una gran fe en esa Europa que debería haberlos salvado.

Miraba la calle y me venían a la mente los primeros días de la guerra, cuando los hombres del barrio encendían fuego en los cubos y velaban nuestros sueños inquietos. Volvió vivo y claro el recuer-

do de mi padre un día que llegó a casa con un *kalashnikov*, lo situó en medio de la habitación y me dijo: «Si llega alguien y no estoy yo, cuida tú de la casa». Pero yo solo tenía 12 años y esa arma me parecía enorme y mamá, como buena pacifista, no quería oír nada de tenerla en casa e hizo una de esas escenas por lo que papá tuvo que terminar por deshacerse de ella.

El policía pasó de nuevo. Yo sonreí recordando mi actividad como pacifista, en ese periodo antes de la guerra en el que iba de puerta en puerta con otros niños recogiendo firmas por la paz. Volvía a casa con mis cuadernos llenos de nombres y encontraba a mis padres viendo los programas de política; decía: «No os preocupéis, han firmado todos por la paz, ¡no habrá guerra!». Ellos me miraban y hacían como que me creían o tal vez eran tan ingenuos como yo y lo creían de verdad.

Los días en Srebrenica pasaron en un abrir y cerrar de ojos. Me lancé a buscar los jardines de la nostalgia, los lugares encantados de mi infancia, pero nada tenía ya el mismo sabor, el mismo perfume, la misma consistencia. Todo parecía tan pequeño ahora que había crecido y todo parecía tan distante y ajeno después de que el vórtice de la destrucción lo hubiera engullido. Sabía que ya no sabría apreciar las puestas de sol, los perfumes y colores otoñales porque los amaba en función de la nostalgia que me provocaban. Había perdido completamente mi tierra, mis orígenes. Había perdido Srebrenica porque lo que unía a ella era su imagen intacta en mi mente, era la nostalgia de esa imagen. ¡Pero esta había dejado de existir!

Vinieron a saludarme muchas personas, a contarme sus dramas y yo pasé horas escuchando historias de desesperación. Mientras estaba sentada hablando con dos abuelas me di cuenta de que no había tenido ni un ataque de pánico. Me sorprendí al descubrir que todas esas personas me hacían recordar mi infancia. Me recordaban a mi abuela, a mi abuelo, a toda mi familia. Me vinieron a la mente los días en los que después de haberme subido a los árboles y haber saltado mucho me dolía el estómago. Entonces mi abuela me ponía en el sofá, mi abuelo presionaba la mano sobre mi ombligo y, escuchando el pulso concluían que había perdido el equilibrio, lo que

significaba que el pulso que debería estar en el centro del ombligo se había desplazado un poco. Entonces me envolvían en compresas calientes y me tenían a cubierto hasta que el dolor pasaba. Hablando con esas abuelas sentí de nuevo el calor de las compresas y me di cuenta de que me transmitía seguridad; era como volver al útero de mi madre, entre las alas protectoras de mis abuelos.

Encontré algo muy valioso en Srebrenica y fue la idea, o más bien la sensación de hogar. Volví a ver otra vez la casa de mi abuela. La miré con ojos diferentes, vi todo lo que había sido un tiempo, sentí el calor de las mantas, entreví las brasas de la chimenea, oí las voces de otros tiempos. Sonreí porque entre todos esos hierbajos crecían margaritas, mis flores preferidas.

De pronto recuperaré todo, todo lo que un tiempo era mío y que creía haber perdido en la pérdida material de los símbolos que lo representaban. En realidad, no había perdido los primeros doce años de mi vida. Es verdad que no tenía nada que los representase, pero la vida no es vida porque haya algo que la recuerda. La vida lo es porque dentro de nosotros todo lo que hemos vivido continúa habitando y nosotros somos lo que esa vida ha hecho que fuéramos.

Cada paso que daba por las calles de Srebrenica desencadenaba miles de recuerdos y yo no los ahuyentaba; tal vez no fuera yo quien tenía el valor, quizás eran las pastillas de serotonina que me servían de escudo. Dentro de mí lloraba, después me reía, después lloraba y así hasta el infinito.

Salimos de nuevo para Sarajevo; yendo a la estación pasé a saludar a *teta* Zaha que lloró al verme ir. El abuelo nos acompañó, cogimos el autobús y pasamos otra vez delante de la casa de *teta* Zaha, después por delante de la mía como aquel 16 de abril de años antes. Aquella vez *teta* Zaha nos había saludado desde la ventana; ahora, sin embargo, estaba sentada en casa sin poder moverse.

La última vez que había cogido el autobús en Srebrenica mi mundo estaba todo allí y estaba a punto de ser destruido. Ahora en cambio mi mundo estaba en otra parte, en una tierra que no era mía. Gabriel me cogía de la mano mientras el crepúsculo caía sobre el cementerio memorial y los muertos descansaban, quizás en paz, y yo en paz me olvidé de mis pensamientos y estaba mal y estaba bien.

Mi gran sentido de culpabilidad me machacaba de nuevo. Mi gran culpa consiste en no estar allí muerta con ellos.

Es estúpido, ilógico, sin sentido, y sin embargo me machaca. Nunca soy completamente feliz y no porque crea que la felicidad es una quimera. Ser feliz es fácil. Yo no lo soy porque en cuanto estoy a punto de serlo me autodestruyo a causa de la culpa.

Me prohíbo sentir todo, probar la vida completamente, porque es como si la hubiera robado, esta vida, como si debiera rendir cuentas a alguien por estar viva porque es como si le hubiera quitado el aliento a alguien.

Una vez, mientras hablaba con papá a través de un aparato de radio para aficionados, él me dijo: «No te vas a creer lo que tengo en casa... ¡una naranja! Me la han traído los de la ONU. En cuanto la he visto he querido comérmela; hace un año que no veo una naranja. Después la he acariciado. ¡Era perfecta! La naranja más redonda que jamás hayas visto. La he dejado en la mesa. Es bonito: en el frutero hay una naranja que me hace sentir un hombre normal, que tiene fruta». Durante mucho tiempo ver una naranja me hacía daño. Podía entenderlo perfectamente, cuando estábamos en Croacia mi hermano pequeño iba a menudo a la playa, recogía envoltorios de caramelo y los chupaba. Pero esto es una tontería comparado con la gente de Bosnia que excavaba en la nieve para comer las raíces.

Por puro masoquismo, muchas veces pongo la canción *Coming back to life* de Pink Floyd. La voz ronca, triste y cabreada alimenta mi sentimiento de culpabilidad; es como si fuera mi gente quien me preguntara: «Where were you when I was burned and broken / While the days slipped by from my window watching / Where were you when I was hurt and I was helpless / Because the things you say and the things you do surround me / While you were hanging yourself on someone else's words / Dying to believe in what you heard / I was staring straight into the shining sun»⁴⁵.

45 Dónde estabas tú cuando yo estaba quemado y roto / Mientras desde mi ventana veía los días pasar / Dónde estabas cuando estaba herido y desvalido / a causa de lo que dices y lo que me rodea / Mientras tú te aferrabas a las palabras de otros / Muriendo para creer en lo que oías / yo miraba directamente al sol resplandeciente

A medida que dejaba Srebrenica todo estaba más claro, era más visible en mi mente, aunque no sabía nada de ellos, aunque aún no había descubierto el misterio de sus muertes.

Llegamos a Sarajevo y pasamos la noche por ahí con Ado y Venesa. Los vi serenos, me parecieron desnudos de una cierta pesadez. Venesa y yo ya no nos vestíamos igual, ya no nos podían tomar por hermanas gemelas. Me habría gustado que ella formara parte de mi mundo, habría querido llevarla conmigo y vivir todo con ella, pero ya no era posible. Habíamos crecido de modos diferentes y sería una crueldad tanto para ella como para mí. Dejé de pensar en la manera de salvarla de su propia vida; no había ninguna necesidad, se las apañaría sola. No la había perdido, toda ella estaba aún delante de mí y yo estaba orgullosa de lo íntegra y honesta que era. Seguía siendo tranquila y serena mientras que yo, como siempre, era un terremoto. Me habría gustado ser como ella. Cada vez que conozco chicas así de tranquilas, “equilibradas”, me siento incómoda. Siento esta forma de ser mía tan impetuosa, exasperadamente eléctrica, exageradamente excesiva, por decirlo de alguna manera, fuera de lugar. Me fascinan las personas tranquilas, a las que durante una velada no notas porque están sentadas en su sitio hablando a media voz, bebiendo moderadamente, bromeando de modo sereno, bailando moviendo lo justo las caderas. Yo no consigo estar realmente tranquila. Yo siempre monto jaleo; no bailo, yo salto. Gasto bromas que permanecen en la cabeza de la gente que las ha sufrido. Consigo llamar la atención vaya donde vaya, pero no soy un incordio, vamos, no lo soy casi nunca. La gente normalmente se divierte conmigo, soy graciosa, hago reír. Y sin embargo me fascinan las mujeres tranquilas. En mi opinión ellas sí que sienten la vida. Yo no la siento, yo tengo que forzarla, tengo que llevarla a niveles elevados para poderla sentir, tengo que hacer uso de todas mis energías para sentir que vivo, para apagar la inquietud y el ansia en el movimiento. Mi histeria habla de mí a través de mi exagerada exuberancia, del ansia que tengo de vivir, un ansia que no sé saciar. Y de verdad que me gustaría ser tranquila como Venesa.

El día después salimos para Podgora. Nos dimos un baño en ese mar fantástico y cálido. Nadamos durante bastante tiempo, has-

ta estar muertos de cansancio. El agua templada acogió mi cuerpo, se dejó penetrar por este y tuve la maravillosa sensación de estar en mi hábitat natural. Me sentía toda una con el mar. Toqué con un pie el cuerpo de Gabriel que flotaba en el agua junto a mí y me pareció que había un vínculo cósmico entre el mar, él y yo. Nos miramos bajo el agua, nos daban ganas de llorar y el mundo estaba fuera, lejos. Me sentía a salvo. Como si hubiera podido esquivar un peligro increíble. Solo era una sensación. Racionalmente no sabía de qué peligro se trataba. Podrían suceder cosas que no sabría gestionar, que podrían enterrarme.

Nos despedimos de *teta* Dalma y salimos para Split. Recorrimos toda la costa dálmata en autobús. Miraba el mar y ya lo echaba de menos. Los rayos de sol brillaban sobre la superficie cálida y azul, movida por las corrientes. Me venían a la cabeza algunas canciones de grupos bosnios y croatas que escuchaba siempre que iba a Croacia. Sentía todo como si fuera mi tierra, en todo había un trozo de mí. Mi alma estaba diseminada en cada tramo de carretera desde Bosnia y Croacia a Italia. Llegamos a Split con la puesta de sol; dimos una vuelta por los mercadillos y después cogimos el *ferry*. Gabriel corría de un lado a otro y yo con la mirada me despedía de Split. Es la ciudad que más sabe de mí en el mundo. Es la ciudad de todas mis idas y venidas, todas mis despedidas y todas mis “bienvenidas de vuelta”. Casi me dieron ganas de reír ante el recuerdo de aquella noche cuando, después de horas de viaje a través de Bosnia, bajo las bombas, llegamos a Split. Tenía doce años, mis hermanos respectivamente dos y cuatro y mi madre alrededor de los 35. El autobús nos dejó allí a las cuatro de la madrugada. Los tres teníamos diarrea y mamá pensó que iba a volverse loca por los llantos de mis hermanos. Allí estábamos con nuestras dos maletas y un miedo irracional al mundo, a los soldados de los que acabábamos de escapar. Mientras mamá y yo intentábamos calmar a mis hermanos, dos soldados se acercaron. Cuando nos miraron nos pusimos a temblar; mis hermanos se pusieron a gritar. Los soldados hablaron con mi madre y yo percibí una sonrisa en su cara. Se fueron y al cabo de pocos minutos volvieron con téis calientes al limón para la diarrea. Nos dejaron dormir en su furgón, nos compraron los billetes para

Podgora y fueron realmente amables con nosotros. Mientras nos miraban con caras de entusiasmo, llenas de guerra y de drogas, nos dijeron: «Por cada uno de vosotros tres, pequeños niños de Srebrenica, nosotros cortaremos el cuello a diez serbios». A decir verdad, por un instante pensé: «Genial, por fin no la toman con nosotros». En aquella época croatas y bosnios musulmanes eran aliados contra los serbios. Me pregunto si nos habrían cortado el cuello a nosotros si nos hubieran encontrado seis meses después, cuando croatas y musulmanes terminaron también por declararse la guerra. Vete a saber... La guerra es tan insensata y la gente tan frágil que no sabes nunca que puedes esperar.

El *ferry* de Split salió hacia las diez de la noche. Me desperté al alba. Gabriel aún dormía. Subí al puente de cubierta y observé el sol que salía para iluminar y calentar Italia. A lo lejos veía el perfil de la ciudad de Ancona.

Me pareció bonita.

La primera vez que desembarqué en Ancona la odié. Detesté también la autovía que me llevó al norte de Italia. No hablé con nadie, seguí mirando por la ventanilla buscando algo conocido. No hablé prácticamente con nadie durante un año y odié Italia no tanto por sí misma como por no ser Bosnia. Eché toda la culpa a mi madre que nos había llevado allí y durante meses no hice otra cosa que llorar y querer volver al campo de refugiados, a la guerra, con tal de estar con mi gente. El regreso, mes tras mes, se mostró cada vez más una posibilidad ficticia y comencé a alejarme de Bosnia, quise ser algo diferente para no tener que sufrir más. Me alejé todo lo que pude de lo que había sido, y sin embargo no me hice más parecida a la gente que me rodeaba. Un híbrido.

En Italia la vida volvió con sus ritmos de siempre. Sin los estudios, echaba de menos una parte importante de mi vivacidad intelectual. Había vuelto a leer mucho, a estudiar la literatura serbo-croata y a inventarme posibles técnicas de investigación. Había descubierto que solo la enseñanza, la investigación y la escritura me entusiasmaban. Tenía una enfermiza necesidad de tocar los libros, de tener algo que ver siempre con las palabras, las historias, las teorías, la poesía del lenguaje.

Tenía en mente trasladarme a Roma y buscar fortuna en la ciudad del arte. Roma sería un cambio fuerte y quizás sería una nueva etapa en mi cíclica huida. No me preguntaba la real y profundamente psicológica razón de mi necesidad de abandonar la ciudad en la que ya vivía desde hacía un tiempo; simplemente era consciente de mi necesidad de cambio, de transformar mi vida en algo nuevo y desconocido.

Decidí esperar la primavera para trasladarme y mientras tanto trabajé para al menos ordenar un poco mi psique. Volví a la psiquiatra e intentamos hacer frente a mi miedo obsesivo a la muerte. Intentamos desentrañar los diferentes aspectos de mi vida, nos adentramos en mis tragedias e hicimos muchas hipótesis. Por otra parte, es que solo se podía hacer hipótesis, no había nada seguro en las consecuencias que conllevan ciertos dramas o *shocks* psicológicos.

Esa conmoción que no se había expresado a través de las típicas formas de lágrimas y desesperación, se estaba revelando a través de mis ataques de pánico. Había pasado años obligándome a alejar mi mente de la guerra y de las muertes. En raras ocasiones había hablado de lo que me había sucedido en mi interior cuando desaparecieron, cuando los muertos me despertaban y las pesadillas estaban pobladas de gente con largas barbas y cuando los nervios de las personas a mi alrededor han dado rienda suelta a la locura y la desesperación. Y ¿qué habría dicho? Nada. Solo había vacío en mí, el triste convencimiento de haberme vaciado completamente. Y no lloraba, no me reía, no sé, me perdía obsesionándome con cosas inexistentes y la mente se enrocaba en sensaciones que no sabría explicar. Y si a veces me he abandonado a ellas ¿tendría que haber dado explicaciones a oídos que no escuchaban? ¿Decir qué? Era más fácil no tener que ver ojos inexpresivos, más fácil no tener que sentirse siempre un ser patológico, tan complejo...

Ahora sé cómo sucedió, cómo llegaron y me tomaron presa los ataques de pánico. Lo que sucedió es que perdí “equilibrio” y la abuela y el abuelo no estaban para ponerme las compresas. Sucedió que en un determinado momento dejé de escucharme a mí misma y comencé a rechazarme, a rechazar lo que había vivido. Deseé con todas mis fuerzas ser alguien menos intenso, no impregnada de sig-

nificados tan fuertes, tan irrevocables. Quise olvidarme de Bosnia, las alegrías y las pequeñas penas, las risas y los disparos y el campo de refugiados y la sangre y la comida en lata que llegaba de Canadá. No quería ser todo eso. Sucedió que quise olvidar, pasar página sin haber hecho frente, sin haber luchado. Sucedió que estaba latente en mí el monstruo de la angustia, que se alimentaba de mí y de mis miedos ocultos, hasta que fue tan grande que pudo atacarme y pedir que fuera tenido en cuenta.

Una vez que hube descubierto el motivo inicial de mi ansiedad, no había mucho que hacer aparte de buscar un pensamiento positivo y renacer. Gabriel era mi pensamiento positivo, me sacaba de cada vórtice de negatividad y me enseñaba lo fácil que podía ser renacer sin tener que matarse del todo.

Por suerte también me dejó sola, sin dejar que mi enfermedad condicionara su vida. Lo he odiado, creyéndolo un egoísta, pero fue algo bueno.

«El amor los resucitaba», decía Dostoyevski al final de *Crimen y castigo*. Y yo busqué durante mucho tiempo alguien con quien inventar un amor que nos pudiera resucitar. En realidad, no es el amor de Gabriel lo que me resucitó, sino simplemente el amor que siento por mí misma.

La psiquiatra me hizo entender que todo lo que me sucedía no era debido exactamente a los episodios de estrés, sino a algo más sutil, más profundo. «Tu vida se ha saltado fases. No has vivido ni una del modo correcto», me dijo la psiquiatra. Yo protesté. No era verdad. a fin de cuentas, solo me había sido robado un poco de infancia. El resto lo había vivido. «¿Estás segura? O quizás es solo que te quieres convencer. ¿Sabes qué coñazo tener que sentirte siempre culpable por tu propia vida? Deberías quererte un poco y decirte a ti misma: “A la mierda con todo, hago lo que quiero” ¿no crees?».

Mientras estaba sentada en casa haciendo castillos con terrones de azúcar, esta frase resonaba en mis oídos. Quitó el primer terrón y todos los demás cayeron al suelo. Tal y como alguien había hecho con mi vida: me han quitado los juegos a los doce años y la época de vivir sin preocupaciones. A los catorce años tenía ya responsabilidades de adulto y luego, poco a poco así... hasta que todos los

terrones se desmoronaron. ¿Y ahora? Ahora, en teoría, tenía que convertirme en una mujer joven, pero ya estaba cansada de partida. Además, me sentía culpable por no querer ser adulta, por no querer crecer.

«Cuando entiendas que las fases de tu vida no están en orden, lo que no debes pensar es: “¡Oh! Pobre de mí, qué vida tan echada a perder”. Y tampoco: “Venga, vale, hay que seguir adelante. Ahora estoy aquí”. Lo justo sería que vivieras la edad que no has vivido. ¿Por qué no puedes ser adolescente? ¿Por qué no puedes ser una niña? ¿Solo porque tienes 24 años? No importa cuándo, lo importante es pasar por todas las fases de crecimiento», me había dicho la psiquiatra.

Le tomé la palabra. Incluso ahora que estoy escribiendo llevo aún una vida de adolescente, duermo con muñecas, juego con azucarillos y busco siempre columpios. Vale, sí, es verdad, también hago cosas de adulta, como el trabajo, las facturas, ideas constructivas respecto a aspectos como las relaciones humanas, etc. No salgo por ahí con coletas; tengo mis límites, por suerte. Pero lo que cuenta es que he aprendido que el dolor no te hace madurar. Todo el mundo dice que las personas que han sufrido son más sabias. Yo no lo creo. Creo que esto nos lo dicen para hacernos vivir una vida de sacrificios. Es el legado de una determinada educación. El dolor te desgarrar, abre una grieta y ves y entiendes cosas que otra gente de tu edad no puede. Pero el dolor bloquea el proceso de crecimiento y de madurez porque te ahoga y te sofoca en tu yo interior, sin darte la posibilidad de avanzar.

Yo he comenzado a crecer de modo sano y equilibrado solo cuando el mal me ha abandonado.

Epílogo

Vivo en Roma desde hace unos meses. Estoy pasando una buena racha por lo que parece. En pocas semanas he encontrado trabajo y casa. E incluso me ha parecido fácil. Se ve que Dios ha empezado a compensarme.

Pocos días antes de irme a Roma tuve un sueño de locos. Estaba en la playa en Croacia. Venesa tenía miedo de meterse en el agua y yo intentaba explicarle que no sucedería nada grave, que ya sabía nadar; solo tenía que intentarlo. Sentado en la playa estaba mi tío y me hablaba. Yo le decía que desde que había vuelto a Srebrenica todos mis sueños estaban ambientados allí. El sonreía y me decía: «Sin embargo yo no he regresado jamás, me he quedado en el bosque». Aunque era un sueño sabía perfectamente que estaba muerto, que estaba muerto en el bosque. Me desperté con la extraña sensación de que había hablado desde otro mundo.

Estoy pensando en ello ahora, en ese sueño, mientras estoy aquí sentada. Con las ventanas abiertas, el olor a mar y calor que penetra en la nariz. Veo la imagen *online* de lo que está sucediendo ahora al otro lado del mar.

Otros quinientos féretros que van a enterrar en el Memorial de Srebrenica. Mujeres con pañuelos en la cabeza rezan inclinadas sobre los ataúdes verdes. Mi madre está allí; tendrían que haber enterrado al tío, pero no han encontrado aún su cráneo y un brazo. Cuando me ha mandado un mensaje mi hermano contándomelo me he quedado helada. La mirada perdida en la nada e imágenes mentales en movimiento. Veo a mi tío, su cuerpo grande, mientras vuelve de pescar con las botas altas verdes. Sonríe. Lo veo correr, sacar a los perros. Intento oír su voz, pero ya no la recuerdo. Es como si un elefante se me sentara sobre el pecho mientras las palabras cráneo y brazo se asocian con esa imagen viva. No es simple dolor lo que siento. Es un sufrimiento físico porque el corazón se agita bajo el elefante y el aire no consigue llegar a los pulmones. Tiemblo. Todo tiembla a mi alrededor. Me cabreo. Golpeo con el puño contra la pared para hacerme daño, para ver mi sangre brotar y ensuciar un poco más este sucio mundo.

Fumo. Nada tiene sabor excepto mi sangre que me chupo de los dedos y siento el dolor de las heridas. Miro de nuevo el vídeo que han grabado los serbios mientras fusilaban a algunos musulmanes cerca de mi ciudad. Era un día soleado. Las víctimas están tumbadas sobre la hierba boca abajo. «Ja, ja, ja, mira este cómo tiembla» dice un serbio. Y los rayos de sol se cuelan entre las piernas de los serbios, entre sus armas, iluminan la hierba que se vuelve de un verde psicodélico, maravilloso. ¿Sabes esa hierba fresca que crece en las orillas de los riachuelos? Pues ese tipo de hierba. Después han comenzado los tiros, se han hundido en la carne de matadero. La batería del serbio que grababa se ha apagado y no he visto cómo ese maravilloso verde se teñía de rojo.

Apago el ordenador, permanezco en la luz ambigua de mi habitación amarilla. Mantengo la mirada fija al frente. No pienso. Solo siento odio. No hay nada que hacer, lo siento. Nunca he creído en el perdón. No es humano. El hombre no está hecho para pasar por encima de sus desgracias. Yo no perdono. Paso página, continúo, pero siento rencor. No es humano exigir el perdón. Hay que dejar que las sensaciones y los sentimientos fluyan libres.

Con esto no pretendo incitar a la venganza. Esta es una cuestión de ceguera más o menos momentánea.

El odio y el rencor son un estado mental, un sentimiento auténtico e inevitable.

No saber es horrible. Acostumbrarse a no saber es lo peor. Yo ahora vivo en la inseguridad, en la pereza de lo no definitivo.

Esperé que ese que habían encontrado no fuera el cuerpo de mi tío. Me avergoncé de mi esperanza. Me sentí una mierda porque la gente espera encontrar a sus muertos, poner sus restos en el lugar sagrado de la tumba y saber que están ahí. Yo sin embargo tengo miedo de los restos. Los restos son definitivos. Los restos te dicen: «Aquí tienes la última respuesta».

Dicen que una respuesta sirve para cerrar un ciclo de sufrimiento, para pasar el luto, para salir del círculo vicioso. No sé por qué, pero a mí me da miedo. Odio las cosas definitivas, no las quiero. Es un comportamiento infantil e ilógico. No tiene sentido. No puedo hacer nada. Me he acostumbrado a no saber y se ha convertido en un modo de burlar los problemas. Prefiero no preguntar; prefiero no

descubrir un problema; prefiero no saber.

Me he acostumbrado también a la inseguridad y no puedo evitarlo. Las cosas a largo plazo asustan, son como los restos: ¡definitivos! Los contratos a tiempo indeterminado, las propiedades, las casas, los matrimonios, los funerales, las fiestas, los ritos me sumen en un estado de profunda paranoia.

Intento continuamente encerrar a las personas en perspectivas ilógicas, únicamente para poder escapar después.

No logro encontrar jamás un lugar donde sentirme en casa; no encuentro nunca un lugar donde consigo quedarme; después de un poco de tiempo viendo los mismos rostros y caminando por las mismas calles siento la necesidad de irme. Es raro porque irme también me hace daño, me rompe algo por dentro. Y sin embargo no hay nada que pueda igualar el sentimiento de nostalgia que siento cuando vuelvo a los lugares en los que he vivido, entre rostros y cosas que he amado, pero que no he vinculado a mí con ese sentido de pertenencia. ¡Soy una coleccionista de nostalgia!

El mundo ya no me da asco. O sea, ya no me da asco totalmente como sucede cuando tienes dieciséis años. Ahora es algo más, digamos, comedido. Las personas a veces me dan miedo. Me da miedo el hastío con el que me acometen, la banalidad con la que cargan a cuestas. Pero ya no me desilusionan, es como si ya lo supiera, como si me lo esperase. Quizás porque no me sorprenden y me pregunto si, cuando ya no existe el factor sorpresa, eso significa que uno es más sabio o simplemente se ha desilusionado...

Escucho a Jeff Buckley, chicos ¡qué voz! Camino por la ciudad y pienso en la letra de una canción... «Let me love you, let me rescue you. Let me bring you where two roads meet. O come back above. Where there is only love. And the ground beneath her feet...»⁴⁶

La música de esta canción me rompe, me causa dolor. Las palabras golpean mi carne desnuda y fresca y me siento sola, maravi-

46 Versos de la canción de U2 *The ground beneath her feet*: «Déjame amarte, déjame rescatarte. Déjame llevarte donde se unen dos caminos. Oh vuelve aquí arriba, donde solo hay amor. Y el suelo bajo sus pies...»

llosamente sola. Una soledad que conlleva progreso, que no mata, sino que hace renacer. Siento los pies que se apoyan en el suelo, pero es como si volara. Me reflejo en una fuente, me siento la criatura de este caos y me gusta. Creo que también les gustaría a ellos si tan solo hubieran podido verme crecer.

Y pienso en Gabriel mientras me pongo el anillo con el que nos hemos casado una tarde de verano en un parque. Solos él y yo y como testigos el cielo, toda la tierra, todo el cosmos silencioso. Y pienso que será amor para siempre pase lo que pase. Siempre sentiré amor por Gabriel, un amor cósmico e infinito. Un amor no humano, che radica en un núcleo de espiritualidad desconocido para el amor humano. El está a años luz de todo lo que es corruptible. Permanece siempre ahí. Imperfecto y límpido.

Pienso en miles de cosas. Adoro la fuerza con la que me sostiene mi madre, adoro que sea una mujer que sabe entender el mundo. Cuando no está histérica es realmente bella. Pienso en ella cada vez que a mis oídos llegan las palabras; «And so it is just like you said it would be, life goes easy on me, most of the time and so it is the shorter story no love no glory no hero in her skies...»⁴⁷

En un escaparate veo un muñeco que le había regalado a Nermín cuando era pequeño y con el que dormía siempre. Siento una terrible ternura. Anaïs Nin dice que cuando en una relación hay ternura es mejor dejarla morir. Yo en cambio creo que la ternura es solo un punto de partida y que a veces puede ser también un punto de llegada, legítimo. ¡Vaya, más que legítimo!

Mis dos hermanos están siempre en mi corazón y pienso en todo lo que hemos visto juntos, en los ojos que hemos adquirido viendo la vida que o se nos echaba encima con toda su dureza o nos pasaba rozando delicadamente.

Arthur y Sofie me han llamado desde Londres. La vida les va bien también allí. El gris del cielo londinense se superpone al sol cálido de Roma y viceversa y en lo que dura la llamada nos sentimos cerca. Camino por Villa Borghese y juego a ser algo que no sé

47 Versos de la canción de Damien Rice *The blower's daughter*: «Así que es justo como dijiste que sería, la vida sigue fácil para mí la mayor parte del tiempo y así que es la historia más corta de no amor, no gloria, no héroes en su cielo».

y escucho a todo volumen *Rebel rebel* de Bowie. Escribo mensajes a Iris e intento llevarla conmigo allá donde vaya. Y ella sigue mis pasos. Yo vivo de sus palabras, ella se alimenta de mi presencia en su cabeza. Camino hacia casa y Villa Borghese hoy me parece sombría, veo un color lívido y triste.

He vuelto a soñar con mi padre. Vivo de nuevo. En mis sueños siempre tiene el pelo largo y esto me angustia, porque en Bosnia dicen que el pelo largo en los sueños es símbolo de sufrimiento, sobre todo físico. Ahora sueño con él a menudo. Por la mañana me despierto con esa sensación de angustia en el estómago; a veces las manos tiemblan un poco y mi cabeza se ve amenazada por sensaciones de horror, pero permanezco tranquila hasta que los nervios se estabilizan, la mente se pierde en otras cosas y las manos preparan el café sin temblar. Mi angustia se ha convertido en una buena compañera de vida, se deja gestionar.

Después de meses de vida en Roma, finalmente me siento fuera de lugar, inquieta. Me digo: «¿Y si me fuera a vivir a Bolonia? ¿O tal vez a Palermo?» Una melancolía conocida me atraviesa el alma, come el sol del atardecer atraviesa las hojas de estos árboles y todo parece como despedazado en mil cristallitos de formas y colores conocidos. De nuevo la nostalgia. Nostalgia de Bosnia, de la vida bajo las bombas, del campo de refugiados y de los rostros que a lo largo del tiempo se han grabado en mi memoria. Tengo nostalgia de ese primer día en Croacia, cuando *teta* Dalma y *barba* Branco nos dieron un desayuno normal, con leche de verdad y no esa en polvo. Esa primera noche en Croacia, cuando mamá nos llevó a la cama podíamos dormir hasta la hora que quisiéramos; ya no habría más alarmas de bombardeo. Por fin podíamos dormir con el pijama, después de meses durmiendo vestidos. Las sábanas olían a sol, a mar y, siempre que estoy muy cansada y me voy a la cama, siento ese olor a sol y a mar.

La imagen de la muerte me ha abandonado, por ahora; el miedo ha dejado sitio a un poco de sabiduría. Los muertos no, esos no me abandonan. Sus voces me acompañan. Pero creo que no puede ser de otro modo.

He encontrado mi dimensión; el sentimiento de culpabilidad desaparece a ratos, después vuelve, pero no son heridas mortales.

Soy consciente, sé que no me abandonarán completamente nunca y quizás el equilibrio nunca será cosa mía; pero ya no es una patología, solo serena consciencia.

Escucho los ruidos en el cielo y no me parece oír guerra, me parece que la he dejado atrás, que ya no tengo miedo. El atardecer cae suave, mientras entro en casa y creo que la siento mía. Cierro las ventanas y la luz entre amarillo y rosa me ciega los ojos; siento un ligero dolor por todo lo que no ha podido ser. Miro alrededor y siento una pizca de alegría por todo lo que podría no haber sido.



